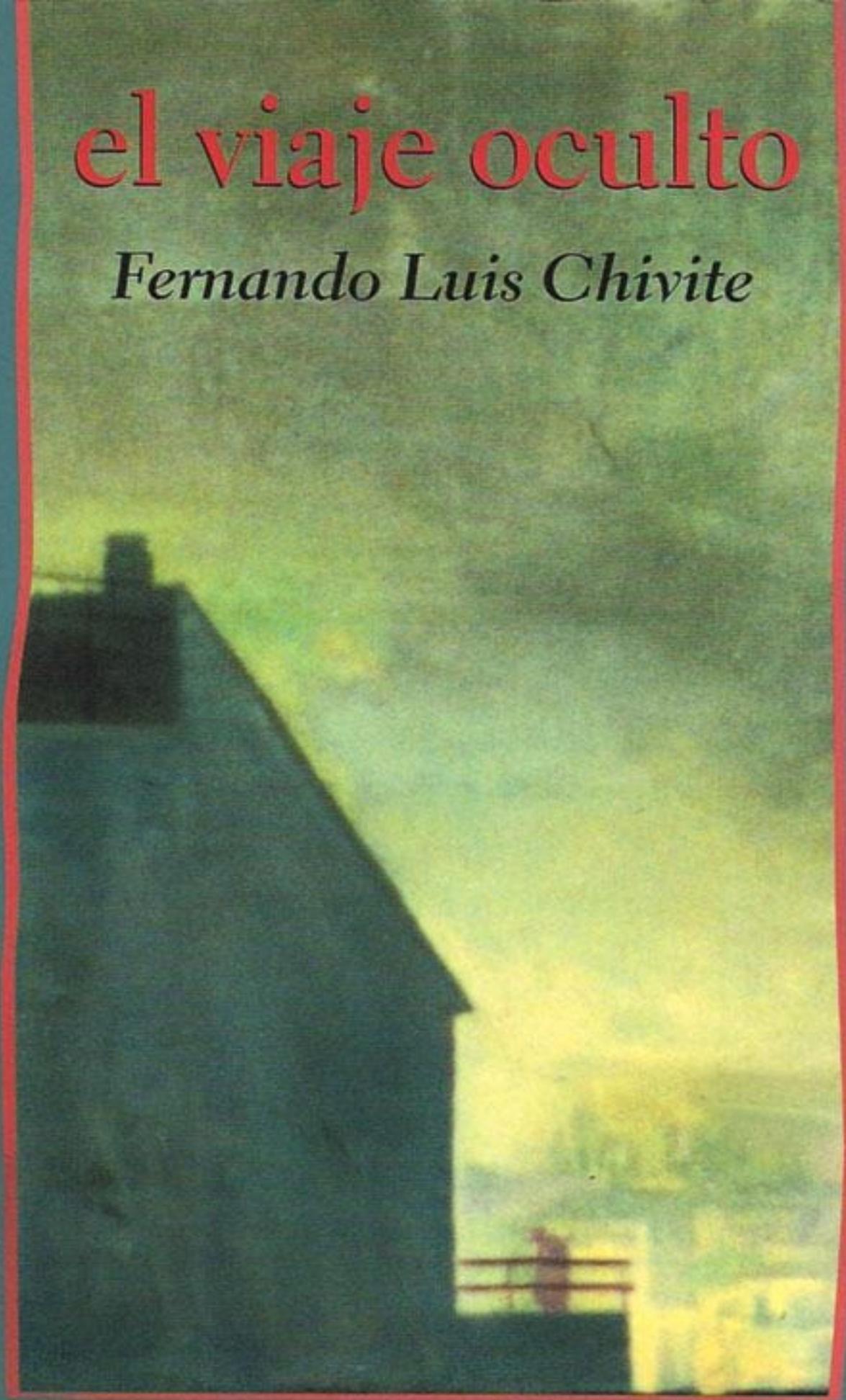


el viaje oculto

Fernando Luis Chivite



Lectulandia

«Se acabó ya eso de la búsqueda del sentido», declara el protagonista de *El viaje oculto* en las primeras páginas. En una época de ritmo acelerado, ruido y atolondrada búsqueda de identidades y objetivos, Fernando Luis Chivite ha instalado a sus personajes en la calma, el silencio y la desesperanza. No sería apropiado decir que caminan contracorriente sino que con sus experiencias descubren el itinerario que casualmente los lleva en sentido contrario a la corriente del río, aguas arriba.

Un hombre que ha perdido traumáticamente a su familia, enfermo y con reputación de loco, Levana, la sabia cuidadora inmigrante, y el joven y enigmático Iker componen este trío de vidas hechas pedazos, abandonadas en el límite del mundo, «el valle de las nieblas perpetuas», conformando un retrato de grupo variado y sólo aparentemente absurdo. «Mi casa está ahí en la niebla. Esa es mi patria», dice el protagonista.

Con un estilo empedrado de sutiles observaciones, dudas inteligentes y reiteraciones líricas, que mantiene con pulso firme el peso de la novela, el autor va extrayendo de los personajes su vida oculta y exponiéndola a los ojos del lector, porque todo el mundo, como dice Levana, tiene «una que puede permanecer al acecho durante años esperando hacerse realidad algún día. Aunque la mayoría de los hombres acaban olvidándola o renunciando a ella».

Lectulandia

Fernando Luis Chivite

El viaje oculto

ePub r1.0

Artifex 29.05.13

Título original: *El viaje oculto*

Fernando Luis Chivite, 2001

Diseño de portada: Alfredo Fermín Cemillán «*Mintxo*»

Editor digital: Artifex

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Isabel

Es curioso —se dijo Montag— las cosas
que uno encuentra en el propio jardín.

HARTMUT LANGE

Septiembre

Empiezo a escribir esto el día once de septiembre de mil novecientos noventa y seis. Son las diez de la mañana, ha salido el sol. La casa está en silencio.

Levana ha ido al pueblo y tardará por lo menos una hora en volver. El joven Iker tampoco está: le he visto salir hace un rato y lo más seguro es que no vuelva hasta la hora de la comida. Estoy solo.

Sin embargo eso ya no es ningún problema. No tengo miedo. No tengo palpitaciones. Ni siquiera tengo fiebre. Me siento realmente bien. Y voy a empezar. Desde hace unos meses (diez o doce a lo sumo), aprecio la vida y no quiero morir.

Durante más de un año he estado viniendo aquí todas las mañanas con la intención de empezar a escribir. Me sentaba ante esta mesa, abría el cuaderno y cogía un lápiz. Pero nunca escribía nada.

De todas formas, las condiciones ambientales son las mejores. Ya desde el principio, desde antes incluso de ser construida la casa, desde la primera visión de los planos, mi abuelo eligió esta habitación para su uso exclusivo. Mandó ampliar los ventanales, colocar una biblioteca de dos paredes y mover la chimenea unos centímetros para que no quedara ni demasiado lejos ni demasiado cerca de donde había pensado colocar su escritorio. Luego la decoró con los mejores muebles y la denominó: el despacho.

Cuando decía: «Voy al despacho», todo el mundo sabía que quería estar solo y que no debía ser molestado bajo ningún concepto.

Más tarde, cuando desapareció el abuelo, mi padre, médico del valle, instaló aquí su consulta sin conseguir sustituir ese nombre arbitrario. De hecho, ni siquiera lo intentó, ya que incluso él mismo seguía denominando despacho a su consulta médica. De este modo, en poco tiempo, la antigua frase «voy al despacho» pasó a tener, en boca de los enfermos del valle, un significado completamente distinto al que le diera mi abuelo.

Ahora yo he recuperado el sentido original y, cuando después del desayuno, en la cocina, pliego la servilleta y le digo a Levana: «Voy al despacho», lo que quiero decir, aunque ella no pueda entenderlo, es que voy a escribir, que es lo que realmente hacía aquí mi abuelo. Pero, como digo, nunca he conseguido escribir nada. Hasta hoy.

El hecho de que hoy haya sido capaz de decidirme por fin a llevar al papel estas palabras me causa una cierta emoción. Al menos en la medida en que alguien como yo pueda todavía permitirse el lujo de hablar de emociones.

Lo que voy a contar a continuación ocurrió hace más de tres años, en Madrid, en uno de esos barrios residenciales de las afueras. Yo vivía allí con mi familia: mi mujer Mila y mis dos hijos. Ella era jefa de sección de un gran hospital de la sanidad

pública y yo trabajaba en un estudio de arquitectos del centro de la ciudad. Llevábamos una vida normal, con horarios apretados pero sin grandes complicaciones.

Una tarde de verano, poco antes de la cena, un hombre llamó a nuestra puerta y le dejamos pasar. No le conocíamos de nada, pero tenía buen aspecto: las manos en los bolsillos, despreocupado, una sonrisa amplia. Dijo que vivía un par de manzanas más abajo y por la forma en que hablaba parecía ser cierto. Además no daba la impresión de que viniera a pedir nada. Parecía, más bien, que quería darnos un aviso, informarnos sobre algo. El caso es que, como digo, le abrimos la puerta y le invitamos a entrar. Y entró. Si no hubiera sido así podía haber sido de cualquier otra manera.

Una vez dentro se transformó en una persona completamente distinta. Incluso físicamente. Nos dimos cuenta en el acto. De eso y de que corríamos peligro. Aunque apenas tuvimos tiempo para pensar en nada más. Hizo un movimiento hacia atrás, sin brusquedad (probablemente estaba nervioso y trataba de no precipitarse) y sin previo aviso sacó un arma de fuego que llevaba oculta entre la ropa y disparó dos veces sobre mi pierna izquierda.

Yo me desplomé sobre la alfombra como un fardo, pero no llegué a perder la consciencia. De modo que pude ver perfectamente todo lo que hizo luego. Supongo que eso era lo que quería, porque en cuestión de segundos asesinó fríamente a mi mujer y a mis dos hijos (un niño y una niña de nueve y cinco años respectivamente), ante mis propios ojos y sin proferir palabra. Y a continuación, con la misma sangre fría, como cumpliendo paso a paso un plan meticulosamente trazado de antemano, provocó un colosal incendio en la casa logrando reducir a cenizas todas mis pertenencias, incluyendo, como es lógico, todos mis libros, mis ropas y, por supuesto, todos mis documentos, manuscritos y fotografías. De haberlo querido, le hubiera resultado igualmente sencillo rematarme a mí también. Pero eso era precisamente lo que él no quería.

Antes de irse se aproximó a mí, que yacía en el suelo, completamente destrozado y anonadado, me arrastró hasta la puerta del jardín y me dijo su nombre al oído: Matías Ochoa. Luego, con una voz susurrada, añadió lentamente las siguientes palabras:

—Ahora ya no serás nada, ahora sólo serás dolor.

El hecho de que yo ahora abra un cuaderno y me ponga a escribir no quiere decir que trate de buscarle un sentido a lo que ocurrió. Se acabó ya eso de la búsqueda del sentido. Durante mucho tiempo he estado cometiendo ese error y no sirve de nada. Mi posición actual es sólo la del que permanece un poco más atrás. O muy atrás.

A mi alrededor todo está todavía bastante oscuro. No hay movimiento alguno.

Hay, eso sí, un agujero, un resquicio. Una especie de túnel por el que se supone que puedo ver. Pero se trata de una visión distanciada, como a través de un catalejo. Lo suficientemente distanciada, por ahora, como para no pretender intervenir en nada.

A veces veo mi propia mano al otro extremo como una mano extraña que escribe algo en un papel. Pero eso no significa que crea demasiado en las palabras.

Naturalmente, creo en las palabras. Lo que quiero decir es que no creo que por medio de ellas vaya a solucionar o a mejorar nada. Ni dentro, ni fuera de mí.

Aunque quién sabe.

Hace un rato ha entrado un perro en el jardín y se ha puesto a ladrar en dirección a mi ventana. Sin excesiva energía, pero con insistencia. Parecía que no estaba muy convencido de lo que hacía. Como si sólo estuviera probando algo. Una llamada en el vacío o algo así.

Al principio me he quedado observándolo desde el otro lado del cristal, sin hacer nada, pero luego he abierto la ventana y le he pedido amablemente que se callara.

—¿Quieres hacer el favor de callarte? —le he dicho en voz alta.

Y lo curioso es que el perro me ha escuchado y se ha callado. Al instante. Seguía allí, en medio del jardín, sin quitarme la vista de encima, pero completamente callado. Y así hemos permanecido durante un buen rato. Aguantándonos la mirada el uno al otro, como si nos desafiáramos mutuamente.

Aunque era un desafío divertido. De hecho, estoy convencido de que ambos sonreíamos por dentro, de alguna manera. Yo aún soy incapaz de reír abiertamente, y dudo mucho que pueda hacerlo algún día, pero sí he recuperado la sonrisa. O al menos una especie de sonrisa interior muy necesaria.

Al final, le he pedido que saliera del jardín indicándole la verja con el dedo, y me ha vuelto a hacer caso de inmediato. Se ha girado, ha husmeado un poco entre las hojas, demostrando que no tenía ninguna prisa en obedecerme, y ha abandonado el jardín sin mirar hacia atrás. Con absoluta dignidad. Cojeaba de una pata, igual que yo, y al verle alejarse he pensado que ese perro se parecía a mí. Pero si me pregunto por el sentido de todo eso, es fácil (y hasta cierto punto tranquilizador) llegar a la conclusión de que no tiene ninguno. De que, en realidad, no tiene por qué tenerlo.

Las palabras pueden servir tal vez para hacer callar a un perro vagabundo o, en el mejor de los casos, para hacerle salir de nuestro jardín, pero no para dar sentido a lo que no lo tiene.

Si de algo estoy seguro, después de todo, es de eso: de que ya nunca más volveré a sentirme turbado por ninguna supuesta sed de trascendencia. Ese es ahora mi sitio y desde ahí me pongo a escribir. El trabajo, en todo caso, consiste en no volverse loco. Recuperar el cuerpo, minuto a minuto; palabra a palabra. Anotar cada frase como si pudiera ser la última.

Después de unos cuantos días en el hospital, me llevaron a un sanatorio de reposo. Era un sitio aislado, rodeado de montañas, en plena sierra. Se supone que mirar las montañas es bueno para todo tipo de convalecientes. Se les dice que es muy conveniente respirar aire puro y se les manda a lugares apartados, donde hay un estanque y cosas así.

No tengo memoria de aquella época. Sólo recuerdo un pabellón amplio y muy luminoso (una especie de gimnasio, tal vez), y un largo pasillo de paredes amarillas con enormes ventanales abiertos, a través de los cuales se veían las cumbres de las montañas. Nada más.

No recuerdo caras. Ni voces. Sólo quizá algunas sombras vestidas de azul moviéndose a derecha e izquierda. Una mano, de vez en cuando, que se acercaba lentamente a mí. Algunos paseos por un sendero rojizo. Cumbres. Pero nada más.

Estuve internado cuatro meses. El tiempo que tardé en recuperarme de las heridas y volver a andar. Luego me enviaron aquí. Supongo que no sabían qué hacer conmigo. Echaron una ojeada a mi vida y vieron que no tenía a nadie. Y eso era un problema. Un hombre solo, absolutamente enajenado, sin familia, sin casa: lo que se dice un verdadero problema. Pero estaba, naturalmente, la casa de la infancia y alguien tuvo la idea.

De modo que decidieron devolverme a la casa de la infancia. Era una solución. Buscarían a alguien que se ocupara de todo y asunto concluido. Y eso fue lo que hicieron.

Levana es todavía una desconocida para mí. Llevamos ya tres años juntos en esta casa, y prácticamente no hemos cruzado palabra hasta este verano. Fue contratada para hacer un trabajo y ella aceptó. Traerme hasta aquí y cuidarme en mi convalecencia. Sin límite de tiempo. Y sin condiciones. Una ocupación que en estos tiempos muy pocos aceptarían: hacerse cargo de un hombre desconocido y enfermo, en una tierra extraña. Y sin dominar siquiera el idioma. Pero el caso es que ella sí lo aceptó. Y a menudo me pregunto por qué.

Quizá no tuviera elección. Quizá atravesaba una mala época y pensó que un trabajo así solucionaría sus problemas. O quizá no le hablaron claro en un principio. Quizá no fue suficientemente informada del tiempo que podía durar. Y del terrible aislamiento en el que iba a vivir. En cualquier caso, ella tuvo que darse cuenta enseguida de que la cosa iba para largo. Y sin embargo se quedó; ella sabrá por qué.

Naturalmente hay alguien por encima de ella. Alguien que, por decirlo así, dirige su trabajo y observa mi evolución. Un supuesto rector, un supervisor, un especialista. Una especie de demiurgo tutelar, en cualquier caso, al que por el momento no tengo la menor intención de nombrar con reverencia. Yo no lo conozco. O no lo recuerdo. No sé quién es, ni dónde está. Ni ha aparecido por aquí, ni Levana ha querido

nombrarlo. Aunque es muy probable que se trate de la misma persona que en su día tomó la decisión de enviarme a esta casa. Pero por el momento no es demasiado importante. Por el momento, no.

Sólo Levana es ahora importante. No duerme mucho. Por las mañanas se levanta a las ocho y prepara el desayuno. Los días son largos pero ella nunca se impacienta. Cuando llegamos aquí los dos solos, yo estaba aun completamente enajenado. No me enteraba de nada. O prefería no enterarme de nada. Ella me lavó, me planchó, me puso al sol y cuidó de mí durante los veinte meses largos que duró mi supuesta enfermedad. Veinte meses de silencio absoluto y de inmovilidad casi absoluta. Los veinte meses de mi gran dolor. Tampoco hemos hablado nunca de eso.

Se ocupó de mí. Se comportó en todo momento del modo más admirable. Pero también se ocupó de la casa. Y sin que nadie se lo pidiera expresamente. Se ocupó de poner en condiciones esta casa, día a día. Esta vieja casa que, desde la muerte de mis padres, nadie había habitado. Esta vieja casa abandonada y fría. Limpió todos los cuartos. Se detuvo en cada detalle. Y todo en silencio. Un silencio que ha durado hasta este último verano, hasta hace un par de meses, más o menos. Empezamos a sentarnos juntos en el jardín, a media tarde, y a comentar pequeñas cosas sin importancia. Las palabras han aparecido lentamente.

Procede de África. De un pequeño país de la República Centroafricana. Salió de allí siendo muy joven y desde entonces no ha vuelto a ver a su familia. Ha vivido en varios países de Europa y creo que habla varios idiomas. Eso es todo lo que sé. Es una mujer culta. No es servil. Hay una cierta elegancia en todos sus movimientos, en todo lo que hace. Y nunca se apresura.

Cuando está sentada tiene un aire muy digno. Además es muy hábil con las manos. Dedos largos, manos muy bonitas, sin anillos. Jamás rompe ni tira nada. Y si lo hace, no se oye. Tiene ese don. Por supuesto, la observo constantemente, pero ella ni se inmuta. Finge que no se da cuenta. Uno de los mensajes que más claramente percibo es el de que yo no tengo ningún poder sobre ella y que todo lo que hace lo hace porque quiere.

De un tiempo a esta parte ha empezado a hacerme algunas preguntas. Preguntas prácticas acerca de la casa y de las costumbres de la gente. Pero también preguntas más personales acerca de mi familia y los primeros años de mi vida aquí. Aunque no es una persona indiscreta. Más bien, todo lo contrario. Lo que quiere saber son cosas sencillas. ¿Cuántas personas vivíamos en la casa? ¿Cómo pasábamos las tardes de invierno? ¿Por qué mis padres no tuvieron más hijos? Esas cosas. Creo que en el fondo todos deseamos que nos pregunten esa clase de cosas. Creo que nos cuesta más preguntarlas que contestarlas. Por eso tengo la impresión de que lo que pretende en realidad es hacerme hablar. Se supone que hablar está bien.

Se supone que hablar es bueno en sí mismo, y que si alguien no habla es por algo:

porque le pasa algo, porque está enfermo. Por eso me parece que lo que intenta es darme una oportunidad para que hable y le cuente todo lo que quiera. Quizá sólo siga instrucciones, no lo sé, pero de todas formas se lo agradezco. Le agradezco en el alma sus preguntas. Ella sabe que aún no puedo contestarlas todo lo bien que quisiera, pero se lo agradezco de igual forma.

Una cosa más respecto a esta mujer: el hecho de que sea una desconocida, o casi una desconocida, no impide, de ninguna manera (esto debo decirlo sin rodeos), que su sonrisa sea para mí como la luz de la mañana.

La ventana, orientada al este y por la que entra, en consecuencia, la luz de la mañana, queda a mi izquierda. Si giro la cabeza en esa dirección, cosa que realmente hago demasiado a menudo (a veces, incluso, durante horas), veo en primer término el jardín, completamente abandonado, y un poco más allá, tras la verja que cuelga de sus goznes, veo la estrecha carretera, ahora asfaltada, que en mi primera infancia recorría día tras día para acudir a la escuela del valle.

Pero si levanto la mirada sobre la colina veo con claridad el cementerio, con sus cipreses negros, y a su lado la ermita y la tapia de piedra que rodea el conjunto. En ese cementerio reposan desde hace ya casi seis años los restos de mis padres. Los restos de mi madre y los restos de mi padre, muertos ambos por causas aparentemente naturales (y en realidad absolutamente desconocidas), con una insignificante, y quizá por eso mismo muy significativa, diferencia de sólo once días.

Que yo quisiera subir a ese cementerio no tiene nada de extraño. Durante toda mi convalecencia estuve pensando en eso: en subir allí en cuanto tuviera fuerzas. Y lo cumplí; hace siete meses. Desde entonces he vuelto en varias ocasiones, pero ahora voy a referirme únicamente a lo que ocurrió aquella primera vez.

Fue una tarde de febrero, una tarde muy fría aunque excepcionalmente soleada, lo recuerdo perfectamente. Levana intentó acompañarme pero yo le aseguré que estaba bien y que no correría ningún riesgo. Quería caminar solo, sentir que no necesitaba ayuda y por supuesto visitar esas tumbas queridas. No lo había hecho desde la misma tarde del entierro, y de eso hacía ya mucho tiempo.

Lo extraño, naturalmente, lo realmente inesperado, fue encontrar allí, en aquel lugar solitario, sentado sobre una lápida, con la espalda apoyada en la tapia y envuelto en un tabardo impermeable, al joven Iker, el muchacho que desde entonces vive con nosotros y del que nada sabemos todavía.

Aún creo estar viéndolo, las manos en los bolsillos y la mirada inexpresiva y vacía, completamente cansado, como enseguida pude comprobar, agotado y perdido, pero con el aspecto del que no quiere regresar a ningún lugar conocido, ni recordar

nada, ni dar explicaciones de nada, sino precisamente huir de todo lo conocido, alejarse y olvidar.

Me costó mucho tiempo conseguir que me mirara a la cara, y más aún que aceptara escucharme y responder a mis preguntas, pero cuando le ofrecí alojamiento no se lo pensó. Probablemente no había comido caliente ni dormido bajo techo en tres o cuatro días. O quizá más. Ni él mismo sabía expresar con claridad cómo había llegado hasta aquí.

Tenía una gran cicatriz en la cara, eso fue lo primero que vi. De vez en cuando la acariciaba con las yemas de los dedos y levantaba el mentón para remarcar su aislamiento.

Los ojos helados del joven Iker, su mirada esquiva y helada, la distancia desde donde nos mira, hacen prácticamente imposible cualquier entendimiento con él, cualquier conversación más allá de las tres o cuatro primeras frases convencionales.

Sus llagas y heridas, sus marcas por todo el cuerpo (quemaduras, pinchazos y toda suerte de cortes de origen diverso, sin olvidar desde luego la gran cicatriz que cruza su mejilla izquierda), dan a entender que su infancia fue, por no decir otra cosa, miserable y amarga, y su adolescencia, de la que evidentemente aún no ha salido (aunque, precisamente por todo lo anterior, no resulte nada fácil calcular su edad exacta), muy próxima a personas y ambientes marginales y abyectos.

Con esto no quiero decir que haya surgido entre nosotros la menor desconfianza hacia él, ni nada parecido.

De ninguna manera. No quiero decir que yo confíe o deje de confiar en él o en sus intenciones. Eso no tiene ya importancia. Confiar o desconfiar: ninguna importancia. Cualquier persona puede hacer cualquier cosa en cualquier momento. Además, qué daño podría temer alguien como yo. Qué nuevo daño que no fuera ya, por otro lado, una bendición. No se trata, pues, de nada de eso.

Ni tampoco de que pretenda hacerle hablar a toda costa, de que tenga necesidad de confraternizar con él, o de que me haya empeñado, por ejemplo, en que me cuente su vida con pelos y señales. Por supuesto que me gustaría saber de dónde procede, qué le ocurrió, de quién o de qué huía cuando llegó hasta aquí en pleno invierno. Pero todo eso puede esperar. En realidad no es su vida lo que más me importa ahora. Una vida, lo que solemos llamar una vida, no es al final nada. Resulta tan sencillo falsearlo todo, cambiarlo todo, confundirse respecto a uno mismo, respecto a las propias percepciones y emociones, que lo que queda de todo eso suele reducirse a una narración habitualmente oscura y fragmentada, llena de cosas mezcladas y envuelta por lo general en una insoportable sensación de insuficiencia, de que falta algo, de que constantemente se está aspirando a algo que no llega, que no se cumple, o que si se cumple, si llega, defrauda siempre.

Lo que me importa, en el fondo, lo único que me importa de él, del joven Iker, lo único que querría saber a toda costa, es sólo si ese grumo frío de dolor que veo día a día en su mirada le sigue atormentando o si por el contrario está ya muerto y ha conseguido olvidarlo. Si se trata de algo pasado o está presente aún. Si le hace sufrir todavía o no.

Por lo demás, yo no pretendo nada. Carezco de propósitos, esa es en todo caso mi única ventaja. Estas palabras (las palabras que he escrito hasta ahora y las que escribiré de ahora en adelante) están dictadas no desde la absoluta desesperanza, no desde un sentimiento de hostilidad o rencor hacia la vida, sino desde un lugar, por decirlo así, en el que la esperanza ya no es necesaria para nada, ni en rigor significa nada, y en el que la vida ha dejado de ser objeto de reflexión. Al final, tanto han acabado repugnándome las fantasías morales como todas esas porquerías psicológicas que abarrotan los hipermercados. La vida está acabada para mí, radicalmente acabada; pero eso, lejos de ser un final, es sólo un principio.

Normalmente paso aquí la mayor parte del día: en esta habitación para estar solo. Para eso fue pensada y, desde luego, cumple su función a las mil maravillas: es el sitio ideal para pasar unas cuantas horas sin necesidad de plantearse nada más. El tiempo pierde importancia aquí. O recobra su verdadera importancia, según. Supongo que podría decirse que transcurre sin problemas, pero no es sólo eso.

Hay lugares en los que el tiempo se hace perverso y hiere. Aquí ocurre todo lo contrario. Si se repara en ello (cosa, por otro lado, bastante inevitable), el paso del tiempo adquiere un cierto tono balsámico. Acaba experimentándose como algo beneficioso. Y estoy seguro de que eso se debe, en gran medida, a la luz: la luz que entra por los dos amplios ventanales orientados a la mañana.

No es que vivamos en una tierra especialmente luminosa. Mi abuelo decía que éste era el país de las nieblas perpetuas. Y llueve casi la mitad de los días. Por eso es tan importante atrapar la luz de la mañana: hacer acopio de luz, como él decía. Para la tarde están bien las lámparas (las lámparas son cálidas, retienen las cosas); pero no para la mañana. De hecho, raro es el día que me veo obligado a encender las lámparas por la mañana.

Mi abuelo, ya lo dije al principio, llamaba despacho a esta habitación, y yo voy a seguir haciéndolo en memoria suya: pensándolo bien, es el lugar idóneo para despachar con uno mismo. Siempre que uno encuentre asuntos que despachar, naturalmente. Porque, a veces, eso es lo más difícil de todo: tener algo que hacer, algo que pensar.

Aunque tampoco hay que volverse loco por eso. Yo puedo perfectamente quedarme aquí sentado la mañana entera, de nueve a una, sin hacer absolutamente nada. Mirando por la ventana. En realidad, eso es lo que hago la mayoría de los días:

mirar por la ventana. De vez en cuando, ojeo libros de grabados y cosas así, pero poco más. La biblioteca está llena de volúmenes de todo tipo. Tanto mi abuelo como mi padre valoraban los libros. Libros de anatomía, libros de historia, libros de todo. Y a mí me gusta ojear los grabados y pasar las páginas.

De hecho, durante mucho tiempo no hacía otra cosa que eso: pasar las páginas de los libros. Con sumo cuidado, desde luego, pero sin prestar ninguna atención a su contenido. Imagino que el mero hecho de pasarlas ya era algo. Aunque, como ahora sé, Levana se impacientaba al verme así. En la actualidad intento leer un poco, pero me canso muy pronto. Pierdo el hilo. No suelo aguantar más de media hora seguida. Y con la escritura me pasa algo parecido: escribo tres o cuatro frases y ya estoy cansado, levanto la cabeza, tengo que dejar el lápiz y mirar por la ventana una vez más, antes de seguir.

Sin embargo, la escritura se ha convertido, pese a todo, en el asunto más importante para mí; aunque no ignoro que conlleva un cierto riesgo. Hace unos días, al referirme a Levana (al escribir sobre ella), pensé que había algo ilícito en lo que estaba haciendo y decidí que debía guardar el cuaderno bajo llave para evitar que lo encontrara y pudiera leerlo. Las palabras que quedan escritas pugnan, de alguna manera, por defender su verdad. Aunque a veces sean falsas, aunque procedan de un error. Ellas siempre hacen fuerza para que quien las lea las encuentre verdaderas.

A eso de la una o una y media nos juntamos para comer. El comedor está en el piso de arriba, al lado de la cocina, justo encima de esta habitación. Es un lugar agradable y muy espacioso, con una mesa grande, muebles oscuros y un par de sofás. Y por supuesto, la chimenea. Al principio comíamos siempre ahí. Aunque en realidad empezamos haciéndolo cada uno por nuestro lado: Levana lo hacía un poco antes o un poco después que yo, ni siquiera lo recuerdo.

Luego nos fuimos acostumbrando a comer en la cocina. Yo entraba en la cocina, intentaba ayudarla en algo, me interesaba por lo que hacía, o me quedaba allí, sin más, observando todos y cada uno de sus movimientos, sin perder detalle. A ella no le importaba en absoluto. Algunas mujeres soportan que las miren mientras hacen las cosas. De manera que nos fuimos quedando a comer en la cocina sin más ni más. Pero eso se acabó con la aparición del joven Iker.

Cuando llegó él, volvimos al comedor y encendimos la televisión. Decía que estaba acostumbrado a comer con la televisión encendida.

—Hay que estar informados —decía.

Eso le permitía no tener que hablar. Hay algo huidizo en él, ya lo he dicho antes. Es su forma de ser astuto: evitar a toda costa ser descubierto.

Aunque su presencia ha traído también algo positivo: una especie de complicidad entre Levana y yo. Esto es algo verdaderamente sutil y no me gustaría equivocarme

con las palabras. Lo que quiero decir es que el hecho de que el joven Iker se haya quedado a vivir con nosotros ha transformado, para bien o para mal, nuestra relación. Nos ha aproximado, desde luego, pero también algo más: nos ha obligado a compartir decisiones, a estar de acuerdo en cosas que ni siquiera tenemos que nombrar.

No es que el joven Iker esté aquí porque Levana o yo lo necesitemos (ni siquiera sabemos muy bien por qué está), pero el hecho de que esté nos convierte a Levana y a mí en sus padres. Así de claro. De momento, no le voy a dar más vueltas a este asunto. Sospecho que tratar de hacer una descripción en términos legales de la clase de familia que formamos entre los tres, podría resultar ligeramente arriesgado. Dejemos, pues, la osadía para cuando haga falta.

Otro cambio reciente: he empezado a fumar con cierta asiduidad. Y lo he hecho prácticamente a la vez que empezaba a escribir. Lo había dejado hace más de diez años, pero ver fumar al joven Iker, verle encender un cigarrillo tras otro a cualquier hora del día, me ha animado a volver. No es que me jacte de ello, pero de repente he vuelto a sentir lo que supone tener un cigarrillo entre los dedos.

Tener un cigarrillo entre los dedos produce un cierto efecto en torno a uno. Tiene algo que ver con el olvido. El cuerpo entero cambia de actitud cuando la mano sostiene un cigarrillo encendido: se pone en disposición de olvidar, o algo así.

Un cigarrillo y una taza de café pueden ser cosas muy necesarias. Yo no lo sabía. Había dejado de fumar y había dejado el auténtico café (por no hablar del té, que siempre me pareció un brebaje de enfermos), y sin embargo ahora he vuelto al tabaco y al café, y Levana me está iniciando poco a poco en los misterios del té.

Después de la comida, una taza de café negro, sin azúcar: y a media tarde un té con una rodaja de limón. Y entre tanto un paseo por el bosque, una caminata de dos horas, por lo menos. Con mi bastón de monte y mi bufanda roja. A los resucitados nos sientan bien los bosques, eso lo sabe todo el mundo. Caminando te das cuenta de que todo concuerda. Y si hay algo que abunda aquí son los bosques. Pequeños y grandes bosques atravesados por una infinidad de senderos en los que demorarse y hasta perderse si fuera necesario. Aunque para eso habría que poner un cierto empeño. Perderse no es tan fácil.

Cuando regreso, a media tarde, encuentro a Levana sentada en el umbral con su libro en la mano. En cuanto me ve llegar, cierra el libro y espera que me acerque y me siente a su lado. Luego se levanta y vuelve con el té. Desde la primavera, lo hemos hecho así todos los días, incluso con mal tiempo. Podemos estar callados y no pasa nada. Podemos hablar de cualquier cosa, siempre que lo hagamos muy lentamente.

Luego están los relojes, cómo no mencionarlos. Levana cree que he vuelto a vivir gracias a ellos, pero yo no estoy seguro. También de eso hablaré más adelante. Se trata de una de las colecciones de mi padre, que sin ser un verdadero coleccionista,

sino más bien un comprador compulsivo, coleccionaba de todo. Desde monedas antiguas, hasta botellas de coñac o de whisky. Pero ninguna de las colecciones que inició se puede comparar a la colección de relojes de bolsillo. En total son treinta y cuatro piezas de las mejores marcas, y en la actualidad, todos, excepto dos, funcionan a la perfección.

Lo que yo hago con ellos es sencillamente destriparlos una y otra vez. Montarlos y desmontarlos durante horas. Limpiar las piezas, corregir desviaciones, compensar desgastes. Lo importante es sumergirse en algo y yo me sumerjo en los relojes. Ese universo de resortes, manecillas, pivotes y esferas minúsculas es tan bueno como cualquier otro. O tan insignificante como cualquier otro. La cosa es mirar. Mirar algo exterior. Y por supuesto cansarse: sentirse cansado al acabar el día.

Leer sin prisa durante largo tiempo, estudiar las plantas de los alrededores, los nombres de los árboles y de las hierbas, y adecentar el jardín o cultivar, incluso, un pequeño huerto, son actividades que me reservo para más adelante. Hay que guardarse cosas para más adelante.

Hace unos días sorprendí a Levana leyendo a deshora y estuve observándola sin que se diera cuenta. Pasé por delante de su habitación y tenía la puerta entreabierta, y al mirar la vi con un libro en la mano, de pie, junto a la ventana, completamente abstraída en la lectura. Normalmente no suele leer ahí. Acababa de entrar en el cuarto por cualquier motivo, pero vio el libro y se detuvo a leerlo. Ni siquiera se sentó porque, en un principio, sólo debía tratarse de un instante. Probablemente buscaba algo que ya había leído con antelación, pero el texto la atrapó y se quedó petrificada junto a la ventana.

En apenas unos segundos había desaparecido toda la agitación que llevaba al entrar. Los lectores se aquietan con facilidad. Son capaces de abandonarlo todo para leer. Da la impresión de que se salen del mundo. Puede que sea un asunto preocupante, pero yo la envidio por eso. Siempre que la veo leyendo, pienso lo mismo: que alguien que lee así está bien protegido. No sé contra qué, en concreto; pero seguramente contra un montón de estupideces peligrosas. Por eso sé que tarde o temprano empezaré a leer. No me importa la clase de libros que sean, aún no lo he pensado. Pero ya soy capaz de verme a mí mismo leyendo durante horas y horas. Verme a mí mismo leyendo, como a través de una puerta entreabierta.

Las gentes del valle, y en particular las gentes de Basart, la aldea más cercana a nuestra casa (gentes de natural cauteloso y reservado, como es lo habitual en quienes viven alejados de las grandes ciudades y rodeados de bosques y montañas), nos miran con cierta extrañeza y, a veces, parecen recelar de nosotros, pero la verdad es que

nunca nos han dirigido un mal gesto, ni hemos recibido una palabra más alta que otra. Se dedican en cuerpo y alma a sus explotaciones ganaderas y lecheras, o a sus explotaciones forestales y madereras, y por regla general no suelen meterse en asuntos ajenos.

Además yo nací aquí. Y me crié aquí. En el fondo soy uno de ellos, y lo saben. De hecho, también mi padre nació aquí y se crió aquí, y luego se casó con una mujer de aquí, vivió aquí hasta su muerte y aquí es donde está enterrado. El que vino de fuera era mi abuelo. Eligió este lugar precisamente por su aislamiento, pero siempre se sintió un intruso. Y no porque sus vecinos le rechazaran abiertamente, sino más bien, todo hay que decirlo, porque él mismo quiso sentirse así; porque él mismo se cobijó y se hizo fuerte, para bien o para mal, en ese supuestamente exacerbado sentimiento de independencia.

Así pues, la mayoría de ellos me conocen a la perfección. Aun cuando yo haya olvidado sus nombres o los nombres de sus casas. Y aunque me haya resultado hasta ahora materialmente imposible dirigirles la palabra y tenderles mi mano como hubiera sido lo correcto. Ellos me conocen. Y no sólo me conocen a mí y conocen la historia de mi familia, sino que lo saben todo, con pelos y señales. Conocen todo lo que pasó desde el principio. Conocen la historia de Matías Ochoa a la perfección. Saben lo que hizo y saben que está preso por propia voluntad. E incluso tienen que saber que, desde hace unos meses, ha empezado a escribirme, pues sus «cartas desde la prisión», como él las llama, llegan puntualmente, una semana tras otra, a la oficina de correos del valle, en Basart. Por eso nunca se permitirían la más mínima burla, la más mínima infamia o el más mínimo desprecio hacia nosotros; si exceptuamos, por supuesto, las idioteces de los ya muy ancianos o los aún inmaduros.

Matías Ochoa desapareció del mundo el día veintiocho de noviembre de mil novecientos noventa. Esa mañana («una mañana lluviosa y bastante desapacible», según sus propias palabras), se despidió de su mujer y de sus hijos y salió de casa a la hora de costumbre. Y ya nunca regresó.

Tenía treinta y siete años y disfrutaba de una posición desahogada. Era un buen arquitecto, al que no faltaban proyectos interesantes, y su mujer daba clases de Epidemiología en la facultad de medicina. Tenían una casa de dos plantas, con sótano, jardín privado y garaje para dos coches. La primera hipótesis que se barajó fue que había sido víctima de un secuestro. De hecho, su coche fue hallado al día siguiente con las llaves puestas en las inmediaciones de su lugar de trabajo.

Nadie creyó que pudiera tratarse de una huida. Su mujer dijo que no había ninguna razón para tener en cuenta esa posibilidad. Que era algo absurdo. Además no se había llevado absolutamente nada. Estuvieron analizando los movimientos de sus cuentas bancarias en los últimos meses y no encontraron ningún indicio de nada. Sin embargo nunca se recibió ningún mensaje, ninguna comunicación de los presuntos

secuestradores, y con el paso del tiempo el curso de la investigación acabó en un callejón sin salida y se fue abandonando poco a poco.

Lo que ocurrió en realidad es muy sencillo. Matías Ochoa aparcó su coche en una de las calles próximas al estudio en el que trabajaba (y del que era socio), enfiló la acera como todos los días, pero al llegar a la esquina tomó la dirección contraria y se fue caminando tranquilamente hasta la estación de Chamartín. Era un viernes. Una vez allí, compró un billete, se tomó un café, se aprovisionó de cigarrillos (lo dice textualmente: «Me aprovisioné de cigarrillos») y subió al tren en dirección al norte; en el expreso Madrid-Irún.

Llevaba un traje de lino con camisa y corbata, zapatos castellanos y gabardina corta, gris perla. Unas cuantas horas después, a eso de las cuatro o las cinco de la tarde, el tren se detuvo en la estación de Pamplona y bajó allí.

No llovía, pero el día estaba completamente nublado y la temperatura había descendido varios grados. Con paso decidido cruzó el andén y se dirigió a la parada de taxis para llegar al centro lo antes posible.

Tenía prisa porque quería comprar unas cuantas cosas. Aunque ni siquiera en eso perdió demasiado tiempo. Compró un pantalón grueso, de pana oscura, unas botas de monte, un par de camisas de algodón, un par de jerseys de lana, ropa interior y una especie de tres cuartos impermeable. Luego compró también un par de encendedores, un cuchillo, unos prismáticos y algo de comida enlatada. Y desapareció.

Lo que quería ese hombre era alejarse de todo. Abandonarlo todo para siempre. No es que estuviera desesperado, o arruinado, ni que llevara una existencia desdichada. Todo lo contrario. Ya he dicho que las cosas le iban bien. Carecía de problemas económicos. Y al parecer se llevaba bien con su mujer, así es como él lo dice. No podía tratarse de una simple huida. No era, desde luego, la fuga de alguien que necesita urgentemente quitarse de en medio para escapar de un peligro inminente.

Además hay otra cosa que resulta extraña: el bosque, el lugar que escogió para ocultarse. Nadie hace eso. He dicho antes que desapareció el día veintiocho de noviembre de mil novecientos noventa. A las seis de la tarde de ese día, cuando ya empezaba a oscurecer, Matías Ochoa, vestido con su nueva indumentaria, llegó a uno de los barrios periféricos de la ciudad, atravesó con decisión la última de las calles iluminadas y se adentró en el descampado perdiéndose en la penumbra.

Cuatro horas después, a las diez de la noche, ya había recorrido cerca de quince kilómetros a través de montes y caminos vecinales. Pero ni siquiera entonces se detuvo a descansar. No paró hasta llegar a los bosques de Basart, a unos cincuenta kilómetros de Pamplona, aproximadamente, en dirección norte. Y lo hizo de un tirón. Sin vacilar un momento. Toda su vida estaba concentrada en ese acto, de eso no cabe la menor duda.

Durante años había soñado con esa travesía nocturna. Había medido prácticamente cada uno de los pasos que iba a dar. Conocía el terreno a la perfección. Y le empujaba una fuerza terrible. Él mismo asegura que no sintió el cansancio en ningún momento.

Matías Ochoa estuvo emboscado en los montes de Basart hasta el veinticinco de junio de mil novecientos noventa y tres. Dos años y siete meses. Ese día repitió la operación en sentido inverso. Caminó durante toda la noche hasta Pamplona y al llegar tomó una habitación en el Hotel Argalde (un hotel de las afueras), adquirió ropa nueva y durmió varias horas. Al día siguiente viajó a Madrid en el tren de la mañana. A las ocho de la tarde estaba plantado ante la puerta de nuestra casa, a escasos metros de su propia familia (que seguía viviendo allí), y pulsó el timbre con insistencia hasta que fuimos a abrirle.

Lo demás ya lo he contado. Supo arreglárselas para que le dejáramos pasar sin el menor recelo. Ignoro de dónde sacó el arma, eso no me lo ha dicho. Probablemente la tuviera desde el principio o la hubiera ocultado en algún lado. Pero en cambio sé qué es lo que pensaba en ese momento, en el momento de disparar. Pensaba en su infancia: en el día que un desconocido, en plena noche, lo rodeó con una manta y lo sacó de su casa para siempre. Y eso fue lo que él hizo conmigo. Después de arrasarlo todo, después de reducir a cenizas toda mi vida, me envolvió en una manta y me arrastró fuera. Y acto seguido se entregó voluntariamente a la policía con la mayor serenidad.

No me ha importado saber. Saberlo todo: no me ha hecho ningún daño. No he revivido nada, ni se me ha revuelto nada en el estómago, ni se me ha roto nada, ni me ha pasado, de hecho, nada de nada. Pero ha sido un saber a mi pesar. Un saber forzado. Porque yo en ningún momento he deseado saber. Ni he preguntado, ni me he esforzado en saber, ni he dado ningún paso para saber. Lo que yo querría, en todo caso, es olvidarlo todo, si eso fuera posible.

Pero ha sido él, Matías Ochoa, quien me ha obligado a saber sin yo quererlo. Su primera carta llegó el febrero pasado, pocos días después de la aparición del joven Iker; justo cuando yo empezaba a sentirme definitivamente recuperado. Se ve que hizo bien los cálculos.

Quizá, naturalmente, mi gran equivocación fue leer esa primera carta. La abrí sin saber lo que hacía, y cuando empecé a leerla ya no pude parar. La leí de un tirón, hasta el final. Y era una carta larga. Pero no pude despegarme de ella. De hecho, nada más acabar intenté arrojarla al fuego, y tampoco pude. Sólo lo logré después de haberla leído entera por segunda vez.

Desde entonces envía una carta semanal. Es un hombre metódico. Y también lo es al escribir: menciona los pequeños detalles. Cuando decide hablar de algo, lo hace

hasta el final, sin emoción. Y yo por supuesto leo, desde entonces, dos veces cada carta y acto seguido la arrojo al fuego con la misma naturalidad.

No he conservado ninguna. Pero las recuerdo perfectamente. Recuerdo fragmentos literales, fechas, días enteros. Sé lo que pensaba en un momento determinado, conozco parajes de estos bosques sólo por la descripción que hace de ellos. Conozco, incluso, aspectos de mi propia vida que siempre había ignorado.

Y eso es terrible, supongo. Por lo que he podido comprobar, el hecho de haberlo sabido todo, o mejor, el hecho de saberlo absolutamente todo de alguien, sea quien sea ese alguien, aunque ese alguien sea, por decirlo así, un monstruo sin entrañas (la persona que te ha expulsado del mundo y te ha separado de todo), es algo terrible. Y lo es por la sencilla razón de que saberlo todo, absolutamente todo de alguien, es empezar a mirarle de otro modo, a verle de otro modo. O más exactamente: es empezar a mirar las cosas por sus ojos, y a verlas por sus ojos, lo que sin lugar a dudas es terrible. O podría llegar a ser terrible. Si bien, por otro lado, ya no hay nada que en realidad sea lo suficientemente terrible para mí, sino solamente, en último término, digno de ser reseñado o no.

Estamos a finales de septiembre, en los primeros días del otoño. Las temperaturas son suaves todavía, aunque los amaneceres empiezan a azularse y las nieblas de la mañana se demoran en el valle. De momento, sigo vistiéndome de cualquier manera, pero pronto será preciso acudir al armario y sacar otra vez la ropa de invierno.

Desde que llegué a esta casa, desde que Levana me trajo, primero en tren, hasta Pamplona y a continuación en taxi desde Pamplona hasta aquí, después de los cuatro meses inmediatamente posteriores a mi gran dolor, los cuatro meses que permanecí internado en el sanatorio, siempre he vestido, como es lógico, prendas ajenas. Chaquetas de lana, jerseys, americanas y camisas de todos los estilos, gabardinas y abrigos de la mejor calidad, que en el pasado pertenecieron a mi padre y que, desde su muerte, nadie había tocado. Todo un vestuario completo para cualquier época del año, la mayor parte en perfecto estado, o incluso recién adquirido y aún sin estrenar.

Como correspondía a un miembro de la entonces denominada clase médica, mi padre siempre fue un hombre muy exigente en lo que se refería a su indumentaria. Para él, vestirse era algo más que vestirse, era una condición para su estado de ánimo. Poseía una infinidad de estuches llenos de cepillos, lociones y todo tipo de artículos de aseo personal. Sus camisas tenían que estar impecablemente planchadas, sus pañuelos ordenados del modo más estricto. La exactitud de sus diagnósticos dependía también de eso. Un botón descosido le debilitaba.

Y sin embargo yo ahora visto su ropa de la peor manera posible. He dejado de afeitarme. He dejado de cortarme el pelo. Las mejores prendas las llevo con la mayor despreocupación.

Pero de no ser así, qué sería yo. Esas extraordinarias camisas de otro tiempo, con

las mangas un poco demasiado largas y sin embargo estrechas de hombros, esos pantalones de hechura antigua, un poco también demasiado largos para mí, esos abrigos demasiado elegantes para este lugar de vacas y leñadores, o esas americanas demasiado inglesas, o esos zapatos de las mejores marcas pero que, desde luego, nadie se pondría para adentrarse en los bosques, todas esas prendas de vestir que son o fueron, sin duda alguna, de primerísima calidad, pero que, pese a todo, me dan, lo sé perfectamente, un aspecto algo excéntrico, me resultan, por eso mismo, muy gratas de llevar, y en lugar de producirme la menor incomodidad, me producen alegría, una especie de alegría perversa que, en el fondo, algo tiene que ver con la sospecha de que me estoy convirtiendo en un extraño incluso para mí.

Ese podría ser, pensándolo bien, el único propósito de quien carece por completo de propósitos: ser un extraño. En lugar de conocerse, desconocerse. Volver a verlo todo por primera vez. Incluso a sí mismo. Tener que mirarse en el espejo para tratar de averiguar qué acecha en esa cara. Por qué sonrío así.

Octubre

Estamos constantemente empezando y volviendo a empezar. Quizá sea eso, después de todo, lo mejor que tenemos: el tener que empezar siempre. O al menos, la posibilidad de hacerlo.

Esta vez hay que retroceder unos cuantos años más. Hasta una noche de noviembre de mil novecientos cincuenta y nueve. Lo que voy a contar ahora también es terrible, de modo que voy a tratar de escribirlo con la mayor sencillez.

Antes de nada, la mujer joven que está ahí, en camión, descalza y con el pelo suelto, es mi madre. Yo, naturalmente, no recuerdo por mí mismo esos detalles, pero siempre que ella se refería a lo que ocurrió aquella noche, decía que salió de la habitación a toda prisa, sin calzarse, y que mientras oía la noticia, entre palabras confusas y cortadas, sentía cómo el frío de los pies le subía por todo el cuerpo.

Era a primera hora de la noche, cerca de las once. Acababan de acostarse hacía unos minutos, cuando llamaron a la puerta buscando a mi padre. Eso no tenía nada de raro. Mi padre era el único médico en veinte kilómetros a la redonda y podían venir a buscarle en cualquier momento del día. Sin embargo, enseguida se dieron cuenta de que en aquella ocasión ocurría algo especial.

Había demasiada gente en el jardín, cinco o seis personas. Y entre ellos el alcalde, que era el que hablaba por encima de los otros. Mi padre escuchó en silencio la noticia y a continuación se vistió con rapidez y se fue tras ellos con su maletín en la mano.

Un hombre había asesinado a toda su familia y acto seguido se había colgado de un árbol. Había ocurrido en el molino de Izarin; un viejo molino aislado en el monte, junto a un arroyo, en la linde de un pequeño bosque. Le había dado un ataque de locura o algo así. Nunca se supo nada más. Probablemente no hubiera nada que saber.

Mi padre pasó varias horas en aquel lugar pero jamás quiso contar lo que vio allí. Imagino que tuvo que ejercer funciones de forense y certificar las muertes ante el juez. Cuando acabó su trabajo, todavía en plena noche, salió por la puerta del molino y emprendió en la oscuridad el camino de regreso. Quería volver a casa lo antes posible y sin embargo caminaba muy lentamente, con un excesivo cuidado, como si temiera tropezar a cada paso. ¿Por qué? Porque llevaba un niño, todavía con vida, en los brazos. El único superviviente. Un niño de aproximadamente cinco años (la misma edad que yo tenía entonces), malherido y desvanecido, envuelto en una manta que apretaba contra su pecho.

Ese niño, en efecto, se llamaba Matías Ochoa. Mi padre lo trajo a esta casa, en principio con la única intención de lograr su completo restablecimiento, pero Matías Ochoa se quedó aquí y vivió con nosotros, con mis padres y conmigo, durante cinco años más. Después las autoridades eclesiásticas y las autoridades militares y civiles dispusieron que fuera apartado de nuestro lado e internado en un hospicio.

Naturalmente, empezamos siempre con una pérdida. En el principio hay siempre

una pérdida, lo que nos hace pensar que al final, tarde o temprano, habrá un hallazgo. Que tendrá que haber inevitablemente un hallazgo. Y aunque, de hecho, no haya, por supuesto, hallazgo alguno (nada de lo que poder decir: esto es un verdadero hallazgo), siempre estamos, por otro lado, dispuestos a llamar hallazgo a cualquier pequeña cosa sin importancia. Eso es vivir cabalmente. Lo contrario es no poder contentarse nunca: algo así como considerarse víctima de una estafa primordial y vivir esperando constantemente una compensación que nunca llega.

Esos cinco años, los años que Matías Ochoa pasó en esta casa, son los años, todo el mundo lo sabe, más importantes en la existencia de las personas. Nada ocurre después de esos años que no haya ocurrido ya ahí. Ni nada ocurre ahí que no nos pasemos el resto de la vida buscando o recordando, o tratando de recuperar, o arrastrando a duras penas. Es decir, que nada llegamos a saber que no lo hayamos sabido ya ahí y nada llegamos a ver que no lo hayamos visto ya ahí, y, en definitiva, nada llegamos a querer, todo el mundo lo sabe, que no lo hayamos querido ya a esa edad. Pues bien, esos cinco años, digo (esto tiene que quedar muy claro), fueron los años más felices para él, para Matías Ochoa, y de ninguna manera los años más tristes o los años más crueles.

Aunque la felicidad, como tal, me importa muy poco. Probablemente no me estoy expresando demasiado bien. Yo no quería referirme a la felicidad. Ni digo que Matías Ochoa tuviera, lo que se dice, una infancia feliz. No sé lo que eso podría significar. Cuando decimos infancia feliz, años felices, no sabemos lo que decimos. Esas palabras no significan nada.

No hay infancia feliz, no hay años felices, ni nada de eso. Matías Ochoa vivió aquí cinco años, eso es lo que he dicho. Los años en los que uno se hace la idea del mundo; los más importantes. Y durante esos años todo fue bien. Podría decirse que no pasó nada malo, no hubo grandes problemas. Mis padres lo consideraron como un hijo desde el principio. Para mí fue siempre como un hermano. No ocurrió nada durante esos años que propiciara un posterior sentimiento de venganza por su parte. Eso es lo único que quería dejar claro.

En realidad, ahora lo sé, lo que ocurrió es precisamente todo lo contrario. Al alejarse de aquí, o mejor, al ser apartado de aquí, idealizó esos años; ahí está el veneno. Durante toda su vida se aferró a esos cinco años hasta convertirlos en algo así como la imagen de la verdadera felicidad.

A partir de cierta edad, pongamos los treinta o los cuarenta años, cualquier futilidad, incluso el sueño más ridículo, puede mantener a un hombre ilusionado y hacerle vivir. Eso no es ningún secreto. Por eso, el hecho de que Matías Ochoa, en una de sus últimas cartas, se haya atrevido a decirme que lo único a lo que aspira ya en este mundo es a volver a subir al desván de esta casa, a pasearse por estas

habitaciones o por el jardín, y a sentarse una sola vez más ante la chimenea encendida, es algo que me resulta, por una parte, de una ingenuidad abrumadora y difícil de creer, pero por otra, pensándolo bien, perfectamente comprensible y hasta conmovedor. Lo terrible es darse cuenta de que todo lo que hizo estaba y sigue estando, de algún modo, orientado a ese fin.

Con todo, esos primeros años, los llamados años de la infancia, los años de la luz, los años de la imagen dorada de la felicidad, son también, por qué no decirlo, los años de la oscuridad y del dolor, los años de la separación y de la muerte, los más azarosos y los más terribles de la vida. Y no sólo porque todo lo visto durante esos años adquiere el valor de lo visto por primera vez y para siempre, y todo lo sospechado durante esos años adquiere el valor de lo sospechado por primera vez y para siempre, sino, sobre todo, porque, como digo, nada de lo que ahí ocurre se olvida nunca. Nada se cura nunca. Nada se cura ni se olvida ya nunca.

Ahí está, por ejemplo, imperturbable y perfecto, el día que se llevaron a Matías Ochoa. El día que lo arrancaron de aquí. El por él llamado «día de la separación». Vinieron por la mañana, todo estaba preparado. Incluso se diría que el viento se había detenido para no alterar demasiado las cosas. Son momentos que no se pueden olvidar, imágenes que quedan por debajo de las palabras. Todavía vuelvo la cabeza y lo veo todo ahí, con absoluta claridad: el umbral de la separación, el sol gélido de la separación, el abrazo forzado con la pequeña maleta en la mano de la separación, el abrigo y la bufanda de la separación, los botones abrochados de la separación, el coche negro y la nieve sucia y deshecha en la carretera de la separación. Todas y cada una de las cosas de aquel día de la separación. Ahí están.

Y todo el día anterior; ahí está también. Todo aquel inmenso día anterior en el que, de alguna manera, estaba incluido ya el día de la separación. Todo ese día anterior en que, desde la primera hora de la mañana hasta la última hora del atardecer, permanecimos escondidos él y yo en el desván de la casa, bajo el tejado cubierto por la nieve que no dejaba de caer, con la espalda apoyada en una de las vigas, sin decir palabra, sin hacer el más mínimo movimiento, escuchando las voces y los ruidos en el piso de abajo, los pasos que iban y venían, el avance del día, sintiendo el peso de la nieve sobre nuestras cabezas y comprendiendo de pronto, para siempre, que ninguno de los dos nos libraríamos ya nunca de todo aquello.

Por eso, cuando, en una de sus últimas cartas, dice que sólo regresando a ese desván y pasando allí un día entero en completo silencio, desde la mañana hasta el atardecer, sentado en el suelo y con la espalda apoyada en la misma viga de madera, podrá encontrar la paz (esas son sus palabras, «encontrar la paz»), yo entiendo perfectamente el verdadero significado de ese sueño. Pero también entiendo, por otro lado, lo delirante e inútil de ese sueño, y lo definitivamente absurdo de ese sueño, y lo

insoportablemente doloroso y aterrador de ese sueño.

Durante toda mi vida estuve pensando en él. Preguntándome qué habría sido de él. Nunca volví a verle. A veces, al entrar en un restaurante, o en cualquier sitio público, me decía: «Quizá esté aquí». Me inquietaba esa idea: la posibilidad de haber coincidido con él en alguna parte sin haber sido capaces de reconocernos.

A veces me quedaba observando a un desconocido buscando algún indicio de su rostro. Quizá sospechaba que acabaría topándome con él, tarde o temprano.

Ahora sé que siempre estuvo cerca de mí y sólo siento frío. La habitación se hiela cuando lo pienso. Hasta el punto de que, aun sabiendo que está encerrado en una celda a cientos de kilómetros y que tardará casi treinta años en salir de allí, cada vez que me inclino sobre el papel es como si notara su respiración sobre mi cabeza. Como si estuviera constantemente parado detrás de mí y se asomara por encima de mi hombro para leer lo que escribo.

Creemos que nada cambiará, que todo seguirá siempre igual, pero naturalmente nos equivocamos. O bien, por el contrario, creemos que nada seguirá siendo lo que es y que todo irá cambiando poco a poco, transformándose en otra cosa, y también nos equivocamos. Tan pronto queremos que todo permanezca inalterable, las mismas cosas a la misma hora, las mismas nueces y los mismos membrillos cada otoño, como queremos que nada se repita y que todo sea distinto para siempre. Tan pronto queremos tenerlo todo en las manos, ser capaces de preverlo todo, sujetar todas las cuerdas, como lo que queremos es, precisamente, soltar de una vez esas cuerdas, no ver, no saber lo que va a pasar con nosotros en el minuto siguiente.

De un tiempo a esta parte he empezado a permitirme pequeñas transgresiones en mis hábitos, pequeños cambios de última hora, demoras y distracciones que hasta hace muy poco me hubieran resultado impensables. Como si inconscientemente echara en falta un cierto grado de desorden, un resquicio. La posibilidad de que en cualquier momento pudiera ocurrir algo que no estuviera ya, por otra parte, totalmente previsto y repetido una y otra vez.

Ayer mismo, de hecho, no hice nada de lo que suelo hacer habitualmente. O lo hice todo al revés. Y la verdad es que no sabría explicar muy bien por qué. Después del desayuno me quedé un rato más en la cocina, con Levana y el joven Iker. Levana estaba sentada ojeando en la mesa el periódico del día anterior. El joven Iker estaba a su lado fumando un cigarrillo. De repente, se levantó, apagó su cigarrillo en el grifo y salió sin decir nada. Yo me acerqué a la ventana y me apoyé en el marco. El cristal estaba empañado, pero a pesar de todo me fijé en el perro que acababa de entrar en el jardín y se movía entre la maleza. Era el mismo perro de la otra vez. Al principio no

me vio, pero cuando limpié el vaho con la mano, levantó la cabeza y se quedó quieto, mirándome fijamente. Parecía sorprendido, como si le hubiera extrañado encontrarme en una ventana diferente. Fue entonces cuando decidí bajar a su encuentro e ir a dar un paseo. Pensé que, de alguna manera, el perro había venido a buscarme y eso fue lo que le dije a Levana:

—Acaba de llegar un amigo y vamos a ir a dar un paseo por el monte —le dije.

Al oírme decir eso, ella levantó los ojos del periódico y me miró con la misma extrañeza con la que el perro me estaba mirando desde el jardín. Durante unos segundos, ambos me miraron con la misma extrañeza. Luego dejó el periódico y vino a echar un vistazo a ese supuesto amigo. Y resultó que ya lo conocía. Lo había visto varias veces.

—Ha venido otras veces —dijo—. Siempre tiene hambre.

El cielo estaba cubierto y podía ponerse a llover en cualquier momento, pero no me importó. Cogí el impermeable, la bufanda, el bastón, y me puse en camino tranquilamente. Y por supuesto, el perro me siguió. A diez o doce metros de distancia y haciendo alarde de una cordial indiferencia, pero sin perderme de vista ni un instante. Supongo que si alguien nos hubiera estado observando (por ejemplo desde una ventana), mientras nos alejábamos, no habría podido evitar una cierta sonrisa ante la peculiar pareja renqueante que debíamos formar.

Durante la primera hora no me aparté de los senderos conocidos. El perro iba y venía a mi alrededor. A veces incluso se detenía a un lado y esperaba. Pero al final siempre reanudaba la marcha por detrás de mí. Hasta que en un momento dado, me adelantó unos metros y fui yo el que empezó a seguirle a él. Y al cabo de un rato me di cuenta de que ya no sabía dónde estaba. Lo curioso es que tampoco me importó demasiado. De hecho, no me importó en absoluto. Continué adelante, siguiendo al perro por caminos desconocidos. Durante mucho tiempo me sentí realmente perdido, pero sin preocuparme por ello en absoluto. Disfrutando de esa sensación. Hasta que aparecimos inesperadamente en el lago.

Es preciso atravesar varios bosques hasta dar con los pilares de la autopista que pasa por encima de nuestras cabezas (a unos veinticinco o treinta metros por encima o quizá más), y una vez allí coger el camino de la derecha, que es en realidad el camino de una antigua mina hace tiempo abandonada, y seguir adelante durante más de una hora. Hay castañas silvestres por el suelo y toda clase de bayas otoñales. Todo está abandonado y por eso mismo vuelve a parecer virgen. Es decir, si no fuera por esas grandes moles de hormigón que sustentan la autopista por la que diariamente transitan miles de coches a la máxima velocidad. Pero todo se olvida rápidamente al llegar al lago.

Es un lago pequeño pero extraordinario. Uno se queda allí, en el fondo de aquel círculo de montañas perfectamente cerrado, mirando el agua quieta y oscura como

una superficie de metal muy frío, y por un momento se olvida hasta de quién es.

Hacía por lo menos veinte años que no había estado ahí. Creía que lo había olvidado, pero no lo había olvidado en absoluto. Sencillamente, no había pensado en la existencia de ese lago, pero ahora, parado ahí, en la orilla, tuve la sensación de que, de alguna manera, siempre lo había tenido presente. Como si acabara de recuperar algo que hubiera estado perdido durante mucho tiempo y, de repente, ese algo cobrara toda su importancia. De modo que un pequeño desvío propició un hallazgo.

El paraje era maravilloso. Me quedé allí parado, como paralizado, casi una hora, sin poder dejar de mirar el agua y los montes que la rodeaban. La verdadera belleza suele ser siempre el resultado de otras búsquedas. Tiene que aparecer de repente. Cuando no se la espera. Y su mera visión aísla. Eso fue lo que al final pensé. Hay cosas que es preciso mirar con poca luz, o que sólo aparecen cuando uno está, digámoslo así, en penumbra. Y hay vidas como lagos; como pequeños lagos de montaña que sólo hallamos de forma inesperada, después de habernos desviado del camino y haber andado perdidos durante un rato. Y las nuestras, probablemente, nuestras vidas, la vida de Levana, la vida del joven Iker y mi propia vida (en la medida, por supuesto, en que podemos decir que estamos vivos), son ya de esa clase de vidas, eso fue lo que pensé: las vidas remotas y calladas.

Tanto Levana como el joven Iker y yo mismo, lo sé perfectamente, somos seres terminales. Nuestras vidas, aun cuando puedan durar, prolongarse en el tiempo durante años y años, son vidas terminales. Están en el final de algo que acaba con nosotros. Nada de cuanto se produzca en nosotros tendrá continuidad. Nada perduraré ni será exaltado. En nuestros ojos queda poca astucia y nuestros movimientos son, por decirlo así, los justos en cada momento. De hecho puede decirse que no huimos de nada ni nos apresuramos ya en pos de nada. Aunque eso no signifique, por supuesto, que seamos desdichados o que la vida nos parezca una desdicha.

Carecemos tanto de esperanzas como de sospechas. Lo que se dice sospechar es algo que ya no tiene sentido para nosotros. Durante mucho tiempo nuestras vidas consisten en sospechar. Cuando se acaban las certezas, a una edad, en verdad, probablemente, demasiado temprana, empiezan las sospechas. Pero ahora ya no hay, por fortuna, nada de eso. Del mismo modo que no hay desafíos, ni tristeza; al menos no una gran tristeza.

No nos vemos obligados a oponer resistencia a nada, ni a pretender nada. Ni el temor a no ser comprendidos, ni el temor a ser, precisamente, comprendidos, tienen ya ninguna importancia para nosotros. Porque el hecho de haberlo perdido todo en el camino (el hecho de haber perdido incluso el camino) es algo que nos sitúa al margen de esos pequeños inconvenientes.

Y respecto al paso del tiempo, mejor dejarlo donde está. A veces hasta llegamos a

olvidarnos de él. Aunque en el fondo nadie quiere salirse del tiempo, lo sé perfectamente. En el fondo, hay algo agradable en el paso del tiempo. Algo parecido a un rumor conocido. O a un ruido de pasos conocido. Una especie de no poder ya engañarse fácilmente. Después de un día viene otro. Pero eso no es terrible, sino lo único que tenemos. Me quedo observando la lentitud de Levana, la esmerada negligencia con que toca las cosas y veo que hay en eso una inteligencia muy necesaria. Nunca rompe ni tira nada. Parece que todo se le ofrece en el momento adecuado. Como si la taza le dijera: «Cógeme ahora», o la sábana: «Dóblame por aquí».

En el caso del joven Iker es distinto. Podría hablarse de indolencia. O de apatía. Fumar con apatía, mirar con apatía; eso es lo que hace sin parar. Todos sus gestos son apáticos, sin ninguna emoción. Pero ahí está. De alguna manera, tampoco se detiene del todo.

En la parte trasera de la casa está la cochera, y él se pasa la mayor parte del tiempo ahí metido. Hay un coche viejo, un Peugeot que perteneció a mi padre en sus últimos años, y a él le gusta sentarse dentro con su aparato de música y fumar un cigarrillo tras otro. Ese es su refugio.

Al principio nos asustó la posibilidad de que se inyectara o tomara algo, pero por suerte no hay nada de eso. Sólo cigarrillos.

Un día, hace no mucho, me acerqué a la cochera y le encontré mirando el motor con una llave en la mano. Estaba convencido de que con algunos arreglos podría funcionar.

—Sólo hay que cambiar algunas piezas —dijo.

Yo le pregunté si él sabría hacerlo, pero no me contestó con claridad. Se encendió un cigarrillo y se quedó mirando el motor pensativo con el pie apoyado sobre la rueda.

—Es un buen coche —dijo después—. Y podría funcionar —insistió.

Pero evidentemente no tiene ninguna prisa por ir a ningún lado. Quizá tenga diecisiete o dieciocho años, no lo sé. El asegura que es mayor de edad, aunque no lo aparenta. En cualquier caso no quiere ir a ningún sitio, no tiene prisa para nada. Apoya la espalda en la pared, levanta la rodilla y se queda mirando a un punto indefinido con el cigarrillo entre los dedos. Ahí acaba todo. En su forma de expulsar el humo hay una especie de aceptación. Como si ya supiera todo lo que necesita saber y no le interesara nada más.

También la vida de Matías Ochoa es, a su manera, una vida terminal. Una vida acabada. O dicho con otras palabras, una vida situada ya en el límite, en el instante

inmediatamente anterior a la muerte. Aun cuando ese instante pudiera extenderse a lo largo de los treinta años en que ha sido cifrada su condena y se prolongara todavía durante otros treinta años más.

Con eso no quiero dar a entender, sin embargo, que los treinta años de su condena sean razón suficiente para dar por terminada una vida. Nada de eso. En rigor, no habría ningún motivo para pensar que treinta años tuvieran que ser necesariamente más devastadores que treinta días o treinta horas. Lo que quiero decir (dejando también al margen el hecho, más o menos extraño, de que su mujer le haya, como él mismo señala, «execrado y repudiado públicamente»), lo que quiero decir es que su vida estaba ya realmente acabada desde mucho tiempo atrás. Su vida estaba acabada desde el principio.

Además, esa ha sido, y no otra, la causa de todo. Todo lo que hizo estaba dirigido a ese fin: el principio. Regresar al principio. Y naturalmente sigue estándolo. Los treinta años de la condena no cambian en absoluto las cosas. Se trata de tiempo y nada más. Y el tiempo no tiene la menor importancia para él.

El invierno aquí se alarga hasta finales de junio (de modo que puede decirse que prácticamente no hay primavera) y el verano es corto y pasa como un sueño. Pero el otoño suele ser una bella estación. Dura hasta fin de año y la luz amarilla de estos soles ya bajos y débiles dora el aire y aquieta las cosas. Las temperaturas, sobre todo de doce a cuatro, conservan todavía una cierta calidez, y aunque ya es necesario abrigarse para salir, Levana y yo seguimos sentándonos en el umbral todas las tardes, después de mi paseo, y tomando juntos una taza del té que ella prepara.

En el jardín de la casa, además de la hilera de pequeños almendros que bordea la tapia, hay dos grandes árboles a los que quiero especialmente: el nogal y el membrillero. Ambos dan sus frutos en otoño y por tanto ambos son como los frutos del conocimiento, que al parecer también es un árbol tardío: ligeramente ásperos y dulcemente melancólicos. Pero duraderos.

Levana, con su íntimo formalismo, ha colocado membrillos y platos con nueces en todos los rincones de la casa. Este es ya su cuarto otoño aquí y nunca lo había hecho antes, pero me bastó comentárselo una sola vez, decirle que mi madre tenía esa costumbre, para encontrar al día siguiente un plato con nueces y membrillos en cada habitación. Y por supuesto, también en el despacho. Ahora, hasta el papel en el que escribo ha absorbido el olor de los membrillos.

Por su parte, también ella, Levana, ha empezado a contarme algunas cosas de su antigua vida. Pequeños episodios de su infancia, modos de preparar los alimentos, ceremonias religiosas o frases que decía su madre a propósito de uno u otro asunto. Pero siempre que lo hace se cuida de estar ocupada en algo o tener algo entre las manos para que yo no pueda ver sus ojos cuando recuerda.

Ayer mismo, sin ir más lejos, mientras planchaba una sábana en la mesa del comedor, me habló por primera vez de las tristes circunstancias en las que fue arrancada de su familia y sacada de su país. No me voy a referir por ahora a esas tristes circunstancias, aunque recuerdo que mientras la escuchaba me avergoncé de no ser yo quien la cuidara a ella y no al revés. Pero lo que quería decir, en cualquier caso, es que no levantó los ojos de la sábana que estaba planchando ni una sola vez mientras me lo contaba. Yo estaba a su lado y ella hablaba de su vida para mí, pero en ningún momento me permitió ver la expresión de sus ojos.

Cuando terminó de planchar y me hizo coger un extremo de la sábana para que la ayudara a plegarla, se mantuvo frente a mí en completo silencio. Y a continuación se sentó con la sábana plegada sobre sus rodillas y empezó a pasarle la mano para quitarle las últimas arrugas con la mirada perdida, como si esa sábana fuera en verdad su propia vida y ella tratara de alisarla pasándole una y otra vez la mano suavemente.

El joven Iker, no. El joven Iker sigue callado. Se aferra a su silencio, pero no oculta los ojos. Al contrario, los muestra a las claras, consciente de la vastedad helada que hay en ellos. Cuando se acerca parece que en realidad se esté alejando, y sin embargo, cuando se aleja parece que también lo hiciera a disgusto. Como si lo que deseara es que le pidiéramos quedarse a nuestro lado un poco más.

Pero no lo pone fácil. Por las mañanas se esconde. Nunca sabemos dónde está, ni qué hace. Curiosa por los desvanes, se mete en la cochera, va al pueblo a comprar cigarrillos. Aunque la verdad es que no crea problemas. Y eso ya es algo. No se enfrenta, no levanta la voz.

Lleva con nosotros más de diez meses y sabe perfectamente lo que es esto. Y se lo toma con la debida calma. La vida aquí impone una condición que puede llegar a ser exasperante: la paz, una excesiva paz. Y el joven Iker la soporta bien. Al menos por ahora. Quizá un día se aburra de todo y se largue como llegó. Durante su primer mes, esperábamos a cada momento que lo hiciera. No podíamos entender que quisiera quedarse en un sitio como este. Además nos inquietaba su silencio. Pensábamos que un día desaparecería y no volveríamos a verlo más. Pero lo cierto es que desaparecía y volvía a aparecer. Así ha ido pasando el tiempo. Su estilo no es malo, en el fondo: mantener la boca cerrada, no dar molestias, no dejarse ver demasiado: es la manera de evitar complicaciones. Supongo que eso forma parte de su aprendizaje.

Todas las semanas desaparece un día o dos sin avisar. Sale muy temprano, como quien se propone aprovechar todo el día y conseguir algo valioso. Levana dice que tiene que conseguirse a sí mismo y tiene razón. Pero siempre regresa al anochecer. A veces le preguntamos dónde ha estado o qué es lo que ha estado haciendo, pero él siempre nos responde con evasivas. Sabe que le observamos, que le miramos

intrigados y nos devuelve la mirada como diciendo: no tengo por qué dar explicaciones. Pero eso es todo. No es hostil. Por otro lado, hay algo en él que lo hace vulnerable: su cráneo pelado, la cara muy delgada, las manos pequeñas y desamparadas.

Levana ejerce una cierta influencia sobre él. Le habla de cosas concretas y él la escucha con atención. Y le hace caso. A veces los he oído conversar durante un buen rato en un tono bastante calmado. Al parecer, el joven Iker tiene problemas por las noches. No duerme bien. Sufre pesadillas o algo así. Y Levana le acompaña de vez en cuando. A veces se despierta en mitad de la noche aterrorizado y envuelto en sudor, o se agita y gime en sueños durante horas. Y ella sube a su cuarto y se queda allí sentada, a su lado, el tiempo necesario, como dispuesta a absorber toda esa inquietud. No hace nada, ni se impacienta por nada, sólo se sienta a su lado y permanece el tiempo necesario (muchas veces hasta el amanecer), y al final, con la primera luz del día, se incorpora lentamente y se dirige a la cocina para encender el fuego y preparar café.

Aun a pesar de que, en principio, hay algo supuestamente grato en el amanecer, algo supuestamente esperanzador, algo incluso supuestamente emocionante y hermoso, a qué negarlo, y la mayoría de las veces estaríamos dispuestos a admitir que el comienzo del día nos infunde un cierto ánimo, una cierta inexplicable alegría, para levantarnos, asearnos y de nuevo sentarnos juntos en torno al café caliente del desayuno y compartir el pan del día anterior como si nada hubiera pasado, es preciso tener mucho cuidado con ese comienzo del día. O más exactamente, con el instante inmediatamente posterior a ese comienzo del día. Ya que, de hecho, para quienes, como nosotros, han sido expulsados al margen del tiempo, ese es un instante peligroso (quizá el instante más peligroso de todos); y lo es por la sencilla razón de que ya no queda nada que realmente pueda comenzar para nosotros, nada en cuyo comienzo podamos realmente creer. Por lo que nuestra tendencia natural sería, en el fondo, la de no hacer nada, la de no mostrar interés por nada, la de permanecer en la más absoluta inmovilidad.

Pero naturalmente tenemos que huir de esa excesiva inmovilidad. Se supone que es preciso hacer algo, no importa qué. Montar y desmontar relojes, escribir un diario, pasear por el bosque, cualquier cosa. Hay que moverse, hay que salir, hay que abrir los ojos. Hay que mirar a uno y otro lado, aunque sólo sea para desentumecer los músculos del cuello.

Los seres humanos dicen buscar la paz, pero no es cierto. Decimos buscar la paz, nos decimos a nosotros mismos: quiero estar en paz, necesito encontrar la paz, pero no es cierto. La verdad es que nos alejamos de la paz. Huimos de la paz constantemente, porque no la soportamos. Porque, de hecho, la paz, la verdadera paz,

es insoportable y no sabríamos qué hacer con ella.

Decimos buscar la paz, pero huimos de ella porque, como digo, la paz es terrible.

Aquí todo es paz, de la mañana a la noche, todo está en paz. La casa está en paz, los bosques están en paz, las montañas en paz. Todo a nuestro alrededor habla de paz y nos envuelve en un exceso de paz. De ahí que, como es lógico tengamos que, precisamente, protegernos día y noche de esa excesiva paz exterior. Como todo el mundo sabe, la paz exterior genera impaciencia e inquietud. La excesiva calma exterior genera desasosiego interior. Cuanto mayor es el silencio exterior, más insoportables nos resultan los sonidos interiores. Cuanto mayor la tranquilidad, o la serenidad, o la concordia (o como queramos llamarla), del exterior, mayor la intranquilidad, o la agitación, o la angustia (o como queramos llamarla), del interior. Eso lo sabe todo el mundo.

A veces pienso que nos convendría estar amenazados por un peligro real.

Aunque hacía un sol radiante, el aire estaba gélido la mañana que el alcalde Goñi estuvo aquí. No había anunciado su llegada. Supongo que pensó que no era necesario hacerlo. Por eso, cuando poco después de las once apareció de improviso en el jardín, como recién caído del cielo, su presencia, en un primer momento, nos inquietó. Y él se dio cuenta.

Un instante después, ya en el despacho, frotándose las manos mientras echaba un vistazo a su alrededor con aire asombrado, dijo que en realidad su visita no tenía un motivo especial, que estaba dando un paseo y que sólo quería «interesarse, en nombre de todo el valle, por mi estado de salud, y aprovechar la oportunidad para saludarme una vez más».

—En nombre de todo el valle. Una vez más —eso dijo.

Al parecer no era la primera vez que lo hacía. Yo no lo recordaba, pero más tarde Levana me confirmó que, en efecto, había venido anteriormente en un par de ocasiones.

De todas formas, no se trata de un personaje excesivamente afable. Es más bien lo que suele llamarse un hombre de pocas palabras. O mejor dicho, un hombre que odia las palabras y que en consecuencia también las confunde y las teme. O por lo menos, recela de ellas. Un tipo, en fin, eminentemente pragmático: acostumbrado a tomar decisiones sin grandes quebraderos de cabeza y tal vez también, como es lógico, sin excesivos miramientos.

No obstante, su visita tenía, como rápidamente pude comprobar, un segundo propósito, un propósito oculto. Aunque no por mucho tiempo, esa es la verdad, ya que en cuanto estuvimos sentados junto a la chimenea, frente a los dos vasos de vino que Levana nos había servido, y después de unos minutos de balbuceos supuestamente cordiales, se apresuró a mencionar, sin disimulo alguno, la existencia

de una antigua cuenta pendiente a nombre de mi padre; una especie de deuda («una deuda histórica», esa fue la expresión que utilizó), que yo debía «satisfacer» sin falta, lo antes posible. Le pregunté cuál era el motivo de esa supuesta deuda histórica pero dijo que prefería no entrar en detalles. Quería que me pasara por el ayuntamiento y hablara con el secretario.

—Le estaremos esperando —dijo—. Pásese un día de estos. Le informaremos de todo.

Durante esa breve entrevista, nos estuvimos observando el uno al otro con atención, pero mientras yo trataba de desviar la mirada unas veces hacia la ventana y otras hacia la chimenea o la puerta, consciente de que, cuando se quiere estudiar el rostro del hombre que tenemos delante, no hay nada mejor que mirar hacia otro lado, él me miraba fijamente. No me quitaba los ojos de encima. Quizá le sorprendía mi aspecto desaliñado, mi pelo revuelto, el abandono de la barba y de la ropa. O quizá sencillamente trataba de parecer enérgico o algo así. Inclinado hacia adelante, con los codos apoyados sobre las rodillas, repetía las mismas palabras y asentía con la cabeza una y otra vez.

Los pensamientos de este hombre, pensé, van un paso por detrás de sus gestos. Constantemente hacía gestos y muecas con la cara, movía los brazos y las manos, y sus pensamientos no eran sino la consecuencia de esa agitación. Si no hiciera estos gestos no podría pensar, pensé, pues de hecho son precisamente estos gestos los que dan pie a los consiguientes pensamientos y no al revés. Por lo que bien podría decirse que no prevé nada, ni anticipa nada, sino que confía ciegamente en poder resolver en el último momento cualquier problema a base de muecas.

Sólo después de amagar una especie de sonrisa me dijo que se alegraba de mi recuperación. Pero al instante frunció el ceño y eso le asustó, de modo que dudó de lo que acababa de decir y se quedó en silencio. No obstante, movido por una especie de resorte automático, acabó asintiendo con la cabeza y acto seguido volvió a sentirse seguro de sí mismo. Pero no porque yo le hubiera tranquilizado con una actitud amistosa o algo por el estilo, sino porque él ya conocía de antemano el pensamiento que siempre debe seguir a su asentimiento de cabeza, y que debe ser sin duda alguna un pensamiento de inquebrantable seguridad en sí mismo.

Le basta con asentir para creer que lo ha solucionado todo, pensé maravillado. Y yo mismo empecé también a asentir fatigosamente con la cabeza. Empecé a asentir, al principio de manera inconsciente y sin convencimiento alguno, pero luego, en vista de que la situación se precipitaba hacia el absurdo, lo hice ya deliberadamente y tratando de poner en ello todo mi entusiasmo. Qué más da. Quizá no esté tan mal eso de asentir a diestro y siniestro, pensé. Quizá dé resultado, después de todo. De modo que seguimos asintiendo hasta el final. Y cuando nos despedimos, en la puerta del jardín, tras un muy poco convincente apretón de manos, me fijé que él seguía

asintiendo todavía. Y aún siguió, durante un rato, asintiendo en solitario mientras se alejaba por la carretera vacía en dirección al pueblo.

El secretario del ayuntamiento es un hombre joven. No tendrá más de treinta años. Pelo rubio, escaso. Piel muy blanca. Primero nos hace esperar media hora y luego se disculpa en exceso.

—Siento haberles hecho esperar —repite un par de veces mientras nos hace pasar a su despacho.

Cuando nos sentamos ante su mesa, nos habla de sí mismo y se disculpa otra vez. En realidad, él no es el secretario titular sino sólo un sustituto interino que diariamente tiene que desplazarse hasta aquí desde muy lejos, eso dice. Intenta mostrarse asequible. Se inclina hacia adelante con los codos apoyados en la mesa. Muestra las palmas de las manos cuando habla y sonrío con extraordinaria facilidad.

—Esperaba que viniera —dice dirigiéndose exclusivamente a mí.

Levana y yo le escuchamos en silencio, sin contestar nada.

Fuera está lloviendo. Se ve la lluvia fina cayendo suavemente a través del cristal de la ventana.

—El alcalde habló con usted —dice esperando una respuesta.

Al ver que no le respondo, continúa:

—El alcalde estuvo ayer mismo en su casa y le explicó de qué se trata, ¿no es así?

Yo me quedo mirándole sin decir nada. Veo que mi silencio le sorprende. No sabe qué pensar. Me gustaría responderle pero no puedo hacerlo. Por alguna razón, soy incapaz de articular palabra.

—Bien —dice luego—, vamos a ver.

Busca en la estantería que hay junto a su mesa, al alcance de la mano, y coge una carpeta de color azul. La coloca sobre la mesa, la abre y se pone a ojear los papeles que hay en el interior.

Levana y yo estamos pendientes de todo lo que hace. Al final coge una hoja y finge leerla con especial atención, frunciendo el ceño.

—Se trata de una pequeña cantidad de dinero —dice alzando de nuevo la mirada.

Yo sigo sin hablar.

—Una vieja cuenta —dice. Hace una pausa—. Una cuenta que su padre se negó a pagar durante años —añade.

Y a continuación pregunta:

—¿Sabía usted algo? ¿Conocía la existencia de esa cuenta?

Me mira con impaciencia mientras sostiene la hoja en su mano a media altura. Una mano de aspecto muy frágil: pequeña, con dedos finos y blancos.

—¿La conocía? —insiste.

Pero yo sigo sin poder responderle. Sencillamente, no puedo hacerlo.

Al ver que no obtiene ninguna respuesta, se apoya en el respaldo y me estudia durante un rato.

Soy consciente de que mi actitud no nos ayuda en absoluto y que cualquier cosa, el más pequeño gesto por mi parte, podría evitarnos futuros problemas. Pero también soy consciente de que no voy a ser capaz de hacer nada.

—Es sólo una pequeña cantidad, mire —insiste, inclinándose hacia adelante y extendiéndome el papel—. Coja el papel y mírelo usted mismo.

Pero yo ni siquiera soy capaz de acercarme a mirar ese papel.

Eso hace que se le endurezca la mirada ostensiblemente.

Luego deja caer la hoja sobre la mesa y entrecruza los dedos con un ademán de desaliento.

—¿No tiene nada que decir? —pregunta al cabo de unos segundos, clavándome los ojos, como si quisiera intimidarme.

Pero lo único que veo en esos ojos es fragilidad.

—¿Por qué no dice algo? —inquire—. ¿Hay algún problema? ¿Algo que le ofenda? ¿Algo con lo que no esté de acuerdo?

Levana y yo nos miramos de soslayo pero seguimos callados. Sólo se oye la lluvia al otro lado de la ventana.

Entonces se lleva las manos a la cara y se frota los ojos.

—Si no va a decir nada, ¿me puede explicar entonces a qué han venido? —inquire con suavidad—. ¿Me lo puede explicar?

Después ya no dice nada más. Levanta la mandíbula y niega con la cabeza. Y acto seguido se recuesta sobre su asiento y espera, como si se diera por vencido.

Permanecemos así durante un rato, inmovilizados en nuestro asiento, sin saber qué hacer ni qué decir.

Él se mira el reloj y sigue esperando.

Al final nos levantamos y abandonamos calladamente el lugar. Eso es todo. Ni siquiera cogemos la hoja que pretende entregarnos. Grita algo a nuestras espaldas pero no le hacemos el menor caso.

—¿A qué han venido? —repite elevando la voz.

Al salir, hace viento y está lloviendo. Levana lleva puesto un viejo abrigo de mi madre y yo le paso la mano por el brazo y abro el paraguas. En el camino de vuelta no decimos nada, pero ella me mira en un par de ocasiones y niega con la cabeza sonriendo a su manera, sin despegar los labios.

Finales de octubre.

Naturalmente, lo que nos sorprende no es el hecho de no saber qué va a ser de nosotros. Lo que nos sorprende es darnos cuenta de lo realmente poco que nos preocupa ya ese asunto; esa clase de asuntos.

Noviembre

Dolor en la pierna izquierda, sabor acre en la boca y niebla en el jardín. Y la fiebre. De vez en cuando me dan ataques de fiebre. Duran un par de días y luego desaparecen. Como la niebla. Pero, en realidad, no son desagradables. A veces son incluso agradables. Después de haber estado prácticamente muerto, uno tiende a aceptar con gratitud cualquier cosa que parezca una sensación.

Noviembre empezó nublado. Y bastante lluvioso. Ni un rayo de sol en varios días. Pero no nos sorprende. Sabemos que es así: no queda otro remedio que aceptarlo. Asentir al menos ante eso. Quizá sea incapaz de asentir ante las personas, pero ya no ante las cosas. El único que no asiente ante nada es el joven Iker.

El mero hecho de vernos a Levana y a mí leer libros o mirar las ilustraciones de los libros es motivo suficiente para que él no se acerque jamás a un libro y diga y repita que detesta los libros y que no sabe ni quiere leerlos.

Del mismo modo, que yo me deje crecer el pelo, o mejor, que decida no preocuparme ya más por mi pelo, no queriendo cortarlo, ni siquiera peinarlo, pero sencillamente por puro desdén a mi antiguo cuidado por el pelo, es motivo suficiente para que él opte por raparse la cabeza y exhibir su cabeza rapada como un signo de independencia o algo así.

Y en fin, que yo mencione de pasada mi admiración por el color rojo que las hojas del roble americano ponen en las laderas de las montañas es todo lo que él necesita para despreciar de inmediato ese extraño color rojo y asegurar que no hay nada como el color amarillo de los álamos del borde de la carretera.

Su camino es siempre el camino opuesto, el camino del no. Otra frontera de lo humano, al parecer: poder negarse a todo. Por sistema. Y con absoluta inocencia.

Pero a pesar de todo está aquí. Sigue aquí. Estamos a su lado y él lo sabe. Queremos ayudarlo y lo sabe. El día primero de mes, el día de Todos los Santos, la gente acudió al cementerio a limpiar las tumbas. Desde la primera hora de la mañana estuvieron viniendo en pequeños grupos. Limpiaban las tumbas, ponían unas flores y se marchaban. El joven Iker se burlaba de ellos. No entendía nada. Encendía su cigarrillo y se burlaba porque no entendía qué les movía a hacer una cosa así. Qué esperaban sacar de todo eso.

—No entiendo por qué hacen eso —decía mirándolos a través del cristal—. No puedo entender por qué lo hacen.

Estábamos los tres en la cocina, por la mañana, a eso de las once. Yo encendí un cigarrillo y me acerqué a mirar por la ventana junto a él. Le dije que yo sí lo entendía.

—Creo entenderlo —dije.

Y lo dije en serio. Sin embargo, ahora ya no estoy tan seguro. Tan pronto tenemos la impresión de entenderlo todo, como de no entender absolutamente nada. Por suerte, ni Levana ni él me hicieron ningún caso y estuvimos un rato en silencio, codo

con codo, fumando y mirando a la gente que iba y venía.

Al final comenté que estaba pensando en cambiar el rumbo de mi paseo de la tarde para evitar precisamente pasar por delante del cementerio.

El joven Iker me miró de lado, apurando la última chupada del cigarrillo, e hizo un gesto de inteligencia con los ojos para darme a entender que sabía muy bien lo que quería decir.

—Quizá sea mejor tomar la dirección opuesta y subir despacio hasta el molino de Izarin —dije después.

Pero él no sabía nada del molino.

—¿Hay un molino? —preguntó.

Nunca lo había oído nombrar. Le dije que estaba como a una hora de camino, a la salida de un bosque, y que merecía la pena conocer el sitio.

—Pero hace mucho que no he subido hasta allí —añadí—. Y no estoy muy seguro de encontrar el camino.

Entonces se volvió hacia mí, esperó un rato y al final se ofreció a acompañarme. Y yo acepté. Dijo que prefería hacer cualquier cosa antes que pasarse la tarde viendo el ir y venir de los limpiadores de lápidas. Además nunca había visto un molino; eso fue, al menos, lo que dijo.

—Nunca he visto uno —añadió después en voz baja sin dejar de mirar al exterior.

Aquella tarde salimos juntos por primera vez. No hacía mal tiempo. El cielo estaba cubierto pero no llovía.

El joven Iker llevaba subida la cremallera de la cazadora y caminaba con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el suelo. Sin levantar los ojos. De vez en cuando se volvía hacia mí y me hacía alguna pregunta, pequeños asuntos, nombres de cosas. Pero en ningún momento se quejó, ni mostró impaciencia.

El primer tramo era bastante bueno. Había todavía algunas casas aisladas, y el camino, que había sido cubierto de cemento hacía poco, era lo suficientemente ancho y llano como para que pudieran transitar los coches sin problemas. Pero después de la primera media hora el cemento se acababa bruscamente y el camino se adentraba en el bosque. Y la pendiente se acentuó.

El joven Iker se adelantó sin darse cuenta. En poco tiempo se alejó unos cuantos metros, pero al ver que me dejaba atrás con demasiada facilidad se detuvo a esperarme sentado sobre un tronco caído.

En ese momento, mientras me acercaba a él, que acababa de encenderse un cigarrillo y me miraba desde arriba con una sonrisa en la cara, tuve una experiencia conocida: la sensación de que todo estaba bien. No es que sea algo frecuente, pero me ha ocurrido otras veces. Es un sentimiento que surge de manera espontánea y que tiene que ver con el convencimiento de que, de pronto, todo concuerda. Tú estás ahí,

atravesando un bosque, solo o acompañado, eso es lo mismo, y sin previo aviso empiezas a sentirlo. Y no sabes explicar por qué. Miras a un lado y luego a otro, pero no ves nada. Sólo árboles, el suelo lleno de hojas y el ruido de tus pasos. Y a lo sumo los pájaros y el rumor del agua entre las piedras. Y es suficiente. Y si además hace un día claro y los rayos del sol se filtran entre las hojas, sobre todo en otoño, uno puede llegar incluso a convencerse de que se ha salido del tiempo en un recodo sombrío del camino. Pero afortunadamente es algo pasajero. Nunca dura más allá de cuatro o cinco minutos. Por suerte, no hay eternidad que dure más.

El joven Iker se fumó tranquilamente su cigarrillo y a continuación seguimos juntos hasta el final. Nos costó un poco más de una hora hacer todo el recorrido. Y mereció la pena. El molino estaba allí, justo al salir del bosque, en un claro, al lado de unos pastizales tapiados.

Era una casa pequeña, de dos plantas, a la orilla de un arroyo de unos tres metros de ancho, junto a un pequeño puente medieval. El tejado estaba parcialmente hundido, pero el resto, a pesar de que faltaba la puerta y algunas ventanas, se conservaba en relativo buen estado. No era, en todo caso, el simple montón de ruinas que yo inconscientemente había esperado encontrar.

Estuvimos observándolo un rato desde el puente, sin decir nada, y acto seguido el joven Iker se dirigió hacia la entrada y desapareció en la oscuridad interior. Yo no quise ir con él. No quise entrar. Me limité a quedarme por allí echando un vistazo a los alrededores, y luego me senté en el suelo y esperé a que volviera.

Cuando salió, al cabo de unos minutos, me pareció que traía algo entre las manos. Algo sumamente delicado. Yo estaba a unos cuantos metros de distancia y no podía verlo bien, pero de repente supe de qué se trataba. Por la forma en que lo sujetaba, supongo.

—He encontrado una figura —dijo al acercarse.

Se trataba de una figura de porcelana blanca del tamaño de un plato. Una figura de porcelana que representaba un ciervo atacado por una jauría de lobos. Tres lobos, para ser exactos.

Yo conocía perfectamente esa figura. Esa figura había estado siempre sobre la mesa del comedor de nuestra casa. Era de mi madre. La tenía desde antes de que yo naciera y la cuidaba como si fuera un tesoro. Al verla me quedé sin palabras.

Me quedé sin palabras, pero sólo durante unos segundos. Después empecé a hablar y ya no pude detenerme. Empecé hablando de la figura y acabé contándoselo todo. Al joven Iker. Le conté la historia de Matías Ochoa de principio a fin. Toda la historia. De un modo tan imprevisto y desapasionado que incluso yo mismo acabé sorprendido de lo que había hecho.

—Nació aquí, en el molino de Izarin —le dije—. Una semana después que yo.

Y luego le conté toda su infancia. Lo que le habían hecho y lo que él fue capaz de

hacer después. Le hablé de sus años en Pamplona, de su imitación de mi vida y de todo lo demás. Y al final le dije que, naturalmente, era él, Matías Ochoa, quien me escribía en la actualidad las misteriosas cartas desde la prisión.

—Las he visto —dijo.

Estaba impresionado. Era la primera vez que oía todo aquello y probablemente no sabía muy bien cómo tomárselo. No sabía qué pensar. Pero no me interrumpió en ningún momento. No hizo ninguna clase de preguntas. Se limitó a escuchar en completo silencio dirigiéndome de vez en cuando miradas de soslayo, pero nada más.

—En la última de esas cartas mencionaba precisamente esa figura —dije señalando la figura que él protegía contra su pecho—. Decía que durante la época que vivió con nosotros esa figura se convirtió en una fuente de angustia para él. Cada mañana, al despertar, lo primero que hacía era correr al comedor y mirar la figura. Quería comprobar si los lobos seguían allí, acosando al ciervo, o se habían cansado de su ataque y se habían ido.

No nos extrañó. Que el joven Iker dijera, después del desayuno, después de aplastar su cigarrillo en el plato y mirarnos intermitentemente a Levana y a mí que seguíamos allí inmóviles ante las tazas vacías, que también él había estado varias veces en una prisión, no nos sorprendió en absoluto. Ni siquiera nos sorprendió demasiado cuando dijo que tenía diez años la primera vez que lo hizo. O si nos sorprendió, preferimos no interrumpirle. Preferimos escucharle en silencio y dejar que siguiera hablando, ya que, de hecho, lo verdaderamente raro era que hablara así, que hablara de sí mismo y de su vida.

Estaba sentado frente a la ventana y la claridad del amanecer le iluminaba la cara. Cada vez que la levantaba y dirigía la mirada al exterior como buscando una salida, una cierta distancia donde poner los ojos, yo le veía perfectamente y podía observar sin ningún disimulo esa mezcla de dureza y aislamiento que se refleja en su rostro. Es la mejor manera de observar a alguien. Hacerlo mientras recuerda, mientras está embebido en las imágenes de su memoria y ni siquiera se da cuenta de que nosotros estamos ahí, vigilantes, sin quitarle la vista de encima.

Su padre estaba en la cárcel, eso fue lo que contó. Había sido detenido tres o cuatro meses antes. Estaba involucrado en la muerte de un hombre pero al parecer había algo más. Muchas cosas mezcladas que el joven Iker no quiso explicar. O que sencillamente desconocía. El caso es que no le tenía ningún afecto, a su padre. Lo insultaba constantemente y se refería a él con el mayor desprecio. Aquella era la primera vez que iba a visitarle pero no fue la única. Luego lo hizo en dos ocasiones más. Por alguna razón su madre había conseguido un permiso especial.

Su madre «todavía era muy joven», eso fue lo que dijo. Una mujer «joven y guapa» que por aquel entonces trabajaba de camarera todas las tardes y no disponía

de mucho tiempo para estar con él. Se acordaba no obstante de su abrigo, un abrigo verde con cuello de piel sintética, y de que poco antes se había pintado los labios en plena calle, sin dejar de andar. Por lo visto, aquel resultó ser un día muy especial para el joven Iker. Su madre no le llevó a la escuela esa mañana. Estuvieron desayunando juntos en una cafetería y después paseando y comprando algunas cosas por las tiendas del centro.

Se acordaba también de otros pequeños detalles: la bolsa con comida que llevaron a la prisión, el tiempo que tuvieron que esperar en la puerta, la pintura gris de los pasillos o la escasa iluminación de la sala de visitas. Pero no volvió a mencionar a su padre. Lo único que dijo, cuando Levana le preguntó por él, es que seguía preso y que no pensaba volver a verlo nunca más. Eso fue todo. Luego se quedó callado y encendió un nuevo cigarrillo. Pero no salió enseguida como otras veces. Se quedó allí con nosotros compartiendo el silencio que él mismo había creado.

—¿Y tu madre? —dijo al final Levana.

—Mi madre, ¿qué? —respondió él secamente.

—¿Cómo está? ¿Sabes algo de ella? ¿Está bien? —le preguntó.

—No. No lo sé. No creo que esté bien —dijo él sin emoción.

De repente la fiebre está otra vez ahí. Ya lo he mencionado antes. Al parecer se ha convertido en otra de las constantes de mi nueva vida. Aunque eso ya no supone, de ninguna manera, una experiencia ingrata para mí.

Su aparición se va anunciando desde el día anterior, muy lentamente. Al principio es sólo un cierto cansancio, un acomodarse a cualquier rincón y sobre todo un leve no querer mirar más allá. Pero un poco después ya todo es fiebre. Los objetos, las cosas que me rodean parecen formar parte de mi propia inmovilidad. El mero gesto, por ejemplo, de extender un brazo o dar vueltas a una cucharilla para disolver el azúcar en la taza de té acaba suponiendo un esfuerzo exagerado.

Pero no es una fiebre peligrosa. No va asociada a nada, ni es síntoma de nada, sino que, como ahora sé, se agota en sí misma y su duración fluctúa por regla general entre uno y tres días. Luego desaparece con el mismo sigilo que ha llegado. Por eso no sólo no me resulta angustiada, ni desagradable, ni nada de eso, sino que ha acabado, incluso, adquiriendo una relativa importancia para mí. Hasta el punto de que, en ocasiones, la espero con impaciencia.

Según vengo observando, cuanto más me abandono a la fiebre, cuanto más me aísla y más larga e insalvable es la distancia con que miro las cosas (el cuaderno en que escribo me parece a veces remoto, e incluso el lápiz que sostengo en mi mano y mi propia mano, apoyada sobre la mesa, me resultan lejanos), más cerca acabo sintiéndome al final de esas mismas cosas. La taza abandonada a un lado se convierte de repente en algo cuya ausencia no podría soportar y el lápiz olvidado entre los

dedos cobra de pronto la importancia del asidero que me une al mundo.

De modo que, mientras por un lado, bien podría afirmarse que no quiero saber nada de la vida, que lo único que quiero, si es que todavía puedo hablar de querer, es quedarme aquí (en este despacho en el que pronto será necesario encender el fuego de la chimenea, pues las mañanas son cada vez más frías y los atardeceres más tempranos), quedarme quieto la mayor parte del tiempo, sentado ante esta mesa, desde donde miro el paisaje una mañana tras otra, mientras, como digo, lo único que pretendo es perseverar en mi distancia y mi abandono, también podría decirse en fin, por otro lado, que es precisamente en esa distancia y en ese abandono donde empiezo a encontrar, con fiebre o no, una cierta y cada vez más inquietante ilusión de vida.

Cada dos meses Levana recibe un pequeño paquete de nuestro demiurgo tutelar. Yo recibo una carta semanal del monstruo sin entrañas y ella recibe un paquete del demiurgo tutelar. No hay duda de que estamos bien relacionados.

En ese paquete le envía medicinas, instrucciones y dinero. No hay más. El dinero es dinero. Las instrucciones se refieren, supongo, a la dosificación de las medicinas. Y las medicinas forman parte de mi tratamiento. Todavía las tomo. No sé para qué, pero lo hago. Siempre lo he hecho sin preguntar ni la más mínima cosa y así va a seguir siendo hasta el final. Es mejor no saber. Ni qué son, ni quién las manda. Levana las deja sobre la mesa, yo las tomo en silencio y asunto concluido.

Además, el tratamiento se reduce cada día. A este paso desaparecerá pronto. Al principio tomaba distintas cápsulas y pastillas a cualquier hora, pero ahora sólo tomo una con el desayuno y otra con la cena. Y no siempre. Que sea litio o magnesio ya no significa nada para mí. Prefiero ignorarlo.

Sabemos demasiadas cosas. Sabemos tantas cosas que estamos atrapados por las cosas que sabemos. Estamos completamente atrapados y condicionados por lo que sabemos. Y sin embargo siempre queremos saber más. Creemos que si logramos saber algo más dejaremos de estar atrapados. Creemos que sabiendo algo más, o mucho más, acabaremos encontrando una salida. El conocimiento nos hará libres, eso es lo que pensamos. Pero eso no es cierto. Lo cierto es que cuanto más conocimiento acumulamos a nuestro alrededor más atrapados nos sentimos. Más atrapados y más condicionados y más angustiados por ese conocimiento que al final se descubre como la mejor de las cárceles. La mejor de las cárceles y la mejor de las prisiones. Porque no puede haber una prisión mejor que aquella que uno construye para sí. Aquella que uno diseña exclusivamente para sí. Aquella cuyos barrotes están hechos con sus propios deseos y con sus propios sueños. Aunque quizá sea eso lo que todo el mundo quiere en realidad. Construir su prisión, simple y llanamente. Quizá sean prisiones, después de todo, lo que en verdad queramos. Quizá lo que queramos no sea buscar una salida, sino precisamente cerrar todas las salidas. Tapiar todas las salidas

posibles.

«No quiero saber nada», le digo a Levana una y otra vez. «No quiero saber nada», le digo. «No me hace falta saber nada más», le digo una y otra vez. «No quiero saber», le digo al final con una sonrisa. Y ella naturalmente se encoge de hombros. No querer saber es muy difícil de explicar. No hay nada que más nos sorprenda, lo sé perfectamente, que un hombre que diga: «Yo no quiero saber». Pero Levana ya no se sorprende. Levana sonrío con la sonrisa del que ya no se sorprende.

Levana no se sorprende. También ella ha dejado de sentir eso que podríamos llamar la impaciencia por el conocimiento. Levana sonrío con la sonrisa del que se ha librado de la impaciencia. Si continúa observando mi evolución y anotando día a día sus observaciones en esos espantosos cuestionarios que mensualmente envía a nuestro presunto demiurgo tutelar, lo hace no ya, como en los primeros tiempos, convencida de la urgencia de sus informes, sino más bien porque eso le otorga una cierta categoría profesional. La convierte en una especie de mensajera. Es consciente de que los informes dejaron de tener importancia hace tiempo, pero ella fue contratada para eso y sigue rellenándolos de todos modos.

Con el frío, con la llegada del frío y la oscuridad de noviembre he tenido que acortar mis paseos, y como es lógico ya no podemos salir a tomar nuestra taza de té en el jardín. Pero seguimos reuniéndonos todas las tardes. Ahora lo hacemos frente a la chimenea del despacho. Durante unos días estuvimos sentándonos a la mesa del comedor, pero poco después, en vista de que ya resultaba imposible demorar más el momento de mandar traer la leña y encender la chimenea, pensé que sería mejor tomar el té en el despacho, frente a la chimenea encendida. Más agradable.

De modo que ahora, todas las tardes, a eso de las cuatro y media o las cinco, Levana da un par de golpes en la puerta y sin esperar contestación entra despacio con su bandeja humeante. Y he aquí que en este, digamos, escenario invernal se ha producido de forma espontánea un cambio sutil en el tono de nuestras conversaciones. Como si la visión del fuego templara las palabras y pusiera, en nuestras todavía incipientes conversaciones frente a la chimenea, una mezcla de tranquilidad y de confianza completamente nueva.

A este respecto, ayer mismo me confesó que no espera regresar nunca a su país.

—Ya no hay país —exclamó.

Estaba como ensimismada, mirando el fuego, con la taza vacía entre las manos, y dijo que su país ya no existe, que lo que fue su país ha desaparecido y que en realidad ya no hay lugar al que volver.

Sin embargo, un minuto después, empezó a hablar precisamente de ese país desaparecido y una especie de sonrisa interior le iluminó la cara. Habló de un pozo al que solía ir a coger agua cuando era niña y al final se puso a cantar en voz baja una

canción, una vieja y larga canción que yo naturalmente no entendí, pero que según me explicó más tarde narraba la historia de una niña que un día fue al pozo a coger agua en su cántaro y ya nunca regresó.

El aire de nuestras conversaciones frente a la chimenea forma parte, lo sé perfectamente, de nuestro estar al margen. ¿Qué quiero decir con eso? Que no tenemos prisa y que no pretendemos nada. Que ni ella ni yo esperamos nada de las palabras. Las dejamos sonar pero en realidad no nos importan demasiado. No vamos a hacernos daño con ellas. La boca herida tiene cuidado. Además, hemos estado tanto tiempo sin hablarnos que podría decirse que nuestro estado natural es el silencio. La casa entera tiene algo de casa del silencio.

Por supuesto, nos acordamos aún de demasiadas cosas y esas cosas nos impiden ver con claridad lo que tenemos delante. No es el país lo que importa, ni son las palabras las que importan, sino lo que queda después de que el país ha desaparecido por completo y lo que queda después de que las palabras se han borrado por completo. Por eso, este esfuerzo en olvidar da frutos tan extraños, y así, cuanto más queremos olvidar más atrás se remonta nuestra memoria, y cuanto más prescindimos de las palabras más apremiante se hace la tentación de nombrar lo que de alguna manera empezamos a vislumbrar desde ahí.

Levana me habla de su pozo en mitad de la llanura y yo le hablo de mi primera gran nevada en el jardín. Y ambos nos quedamos en silencio una vez más, sin saber qué añadir.

—Tú sigues ahí —le digo—, en ese pozo, cogiendo agua. Y yo sigo ahí también, con los zapatos enterrados en la nieve. Y si ahora me asomara a esa ventana podría verme con toda claridad: tengo cinco años, o quizá menos, y llevo puesto un gorro de fieltro atado con un botón muy duro que se me clava en el cuello. Tú te morirás con un cántaro en las manos y yo me moriré con las manos heladas. Tú dejarás por fin el cántaro en el suelo y yo podré por fin calentarme las manos y soltar de una maldita vez ese duro botón.

Una mañana Levana encontró los relojes. Estaban en el fondo del armario, en una bonita caja de madera rojiza cerrada con llave y oculta deliberadamente bajo un montón de sábanas dobladas. Recuerda ese día a la perfección.

—Lo recuerdo perfectamente —dice ella—. Era un día muy luminoso, al principio del verano. Estaba mirando aquellas bonitas sábanas bordadas y reparé en la caja de madera. No era la primera vez que la veía pero en aquella ocasión fue distinto. Me pregunté qué podía haber allí. De modo que la cogí y noté su peso. Pensé que podía contener algo importante y me propuse encontrar la llave.

Y afortunadamente lo hizo: la encontró en un pequeño cajón, en el mismo armario, junto a algunos objetos personales de mi padre. Era el día veintinueve de

junio de mil novecientos noventa y cinco. Llevábamos veinte meses viviendo juntos y en todo ese tiempo yo no había dicho una sola palabra. No había abierto la boca. Ni siquiera había modificado la expresión de la cara, los labios cerrados, la mirada vacía, «aunque con una ligera tensión en la ceja derecha», añade ella. Supongo que no sentía ninguna necesidad de hacerlo. Lo malo es que tampoco había ninguna razón para pensar que eso fuera a cambiar. Parecía que ante mí se había cerrado una puerta y que eso ya no tenía solución. Pero ella encontró los relojes y todo cambió.

Naturalmente yo conocía esos relojes. Los había visto una infinidad de veces. Eran viejos relojes de bolsillo, algunos de ellos relativamente raros y valiosos, que mi padre había ido reuniendo a lo largo de toda su vida y que al final habían permanecido allí, en aquel armario, olvidados durante años y años. Levana abrió la caja, vio los relojes perfectamente ordenados sobre el fondo de terciopelo verde oscuro y sin pensárselo dos veces entró en el despacho, se acercó a mí, posó la caja sobre la mesa, la dejó abierta durante unos segundos, el tiempo suficiente para asegurarse de que yo me fijaba en ellos, y a continuación la cerró lentamente y se apartó hacia un lado, segura de que tarde o temprano yo me acercaría a la caja e intentaría abrirla con la llave que ella había dejado a mi alcance. Y así fue. Me acerqué a la caja y la abrí con el mismo cuidado con que ella la había cerrado.

—Abrir esa caja fue como abrir una puerta —dice.

A partir de ahí, todo fue más o menos rápido. En un primer momento me limité a observar los relojes con un cierto temor. Los miraba a distancia, sin atreverme siquiera a tocarlos. Luego empecé a pasarles los dedos por encima, empecé a sostenerlos en la mano, a sopesarlos, a abrirlos y a cerrarlos una y otra vez. Más tarde, en días sucesivos, empecé a darles cuerda, a escuchar su sonido, y a vigilar el movimiento de las agujas durante horas y horas. Yo, que hasta entonces no había atendido a nada, ni había mostrado nunca interés por nada.

Levana está convencida de que esos relojes me devolvieron a la vida. No lo sé. En cierta ocasión le pregunté a mi padre por qué los coleccionaba, por qué razón gastaba tanto dinero en adquirir aquellos relojes de París, de Londres, de Ginebra. Yo no podía entenderlo, me parecía un capricho inexplicable. Y probablemente eso es lo que era en realidad, porque lo que me contestó es que ni siquiera él lo sabía.

—No lo sé. Siempre me han gustado —fue todo lo que dijo.

Pero si me fijé en ellos, si me fijé en los relojes y no en otra cosa (en los lápices del escritorio, por ejemplo, o en el dibujo de los platos, o en el olor de las habitaciones), si esos relojes tuvieron la fuerza necesaria para llamar mi atención más que cualquier otra cosa, probablemente sea por eso, porque eran algo especial, una especie de tesoro; algo que mi padre atesoraba sólo porque le gustaban y eran caros y difíciles de conseguir.

En resumen, los relojes me pusieron en marcha. Con el tiempo, me atreví a desmontarlos y estudiar su mecanismo. Primero uno y luego todos los demás. El aprendizaje fue lento. Repetía obsesivamente cada paso antes de decidirme a dar el paso siguiente. Los iba desmontando con el máximo cuidado, ordenando meticulosamente las piezas sobre la superficie de la mesa sin otro instrumental que unas simples pinzas metálicas que Levana me había proporcionado, y luego los volvía a montar y a desmontar una y mil veces.

En la actualidad soy capaz de hacerlo con los ojos cerrados. Puedo desmontar un reloj y volver a montarlo en cuestión de minutos. Y de hecho, me gusta hacerlo. Estaría haciéndolo durante horas y horas. Pero también me doy cuenta de que sería un error. Porque eso, esa actividad, si bien me ayudó en su momento a salir de mi helado agujero, es una actividad que aísla y enajena a la larga. Una actividad que por eso mismo, como todo lo que nos salva, puede llegar a convertirse, de alguna manera, en algo sumamente peligroso.

Matías Ochoa dedica todo su tiempo a hacer maquetas arquitectónicas. Duerme cinco horas diarias. El resto del tiempo lo dedica a las maquetas. Excepto, naturalmente, lo que tarda en escribir mi carta semanal.

«En el bosque hay que moverse al ritmo del bosque; hay que ser bosque», escribe. «En la cárcel hay que ser cárcel; hay que detenerse para poder escapar.» Y su manera de detenerse es hacer esas maquetas. Emplear todo su tiempo en la ejecución de esas maquetas. Cuidando hasta el límite cada detalle. Tratando de no moverse, de no pensar en nada. Como si quisiera reducir aún más las dimensiones de su celda y habitar subrepticamente en el interior de las miniaturas que fabrica. Como si sólo en ellas hallara el aire necesario para seguir respirando.

Su celda, una pieza individual de unos diez metros cuadrados, está ocupada en su mayor parte por una mesa de dimensiones extraordinarias cuya instalación requirió de un permiso especial que por lo visto tardaron en concederle. Pero lo consiguió. Lo mismo que, a continuación, todos los materiales y herramientas que necesitaba. A pesar de que muchas de esas herramientas (cuchillas, limas, etc.) hubieran sido consideradas como muy peligrosas en manos de otros reclusos.

Pero Matías Ochoa no es un recluso problemático. Desde la primera hora de la mañana hasta la última hora de la noche permanece sentado ante su mesa, sin hablar con nadie, entregado en cuerpo y alma a sus complicadas maquetas arquitectónicas. No hace otra cosa. No hace gimnasia, no lee. A veces ni siquiera come. Sólo dibuja, mide, corta, pega, clava. «Durante un mínimo de catorce horas diarias; y a veces más», dice él.

Pero no inventa nada nuevo. No trata de imaginar nuevas formas, no pretende investigar, ni diseñar nuevos espacios. Lo que pretende es reproducir las casas en las

que ha vivido. Sencillamente eso. Reproducir las lo más fielmente posible. Primero las dibuja, hace los planos de memoria («con memoria y sentido común», dice), y a continuación se pone manos a la obra. Tardó casi un año en completar la reproducción del molino de Izarin y desde entonces se está dedicando a la maqueta de esta casa, su «segunda casa», como él la llama. «A escala perfecta y sin prescindir del más mínimo detalle interior o exterior». Esas son sus palabras: «Sin prescindir del más mínimo detalle». Porque eso es, al parecer, lo verdaderamente importante: cuidar el detalle.

Cuando la vida de alguien, la vida de un hombre, llega a convertirse en una vida sin acontecimientos, una vida en la que ya no sucede nada, pues en rigor no hay ya nada que, para ese hombre, sea un acontecimiento, nada que para él signifique suceder, sino más bien una especie de permanente estar siendo siempre lo mismo, lo haya buscado o no, ese hombre empieza a fijarse en lo más ínfimo y exiguo, y a necesitar y a depender de lo más ínfimo y exiguo, y a dar importancia y a sentirse satisfecho con lo más ínfimo y exiguo, hasta el extremo de que una pequeña fisura en una pieza diminuta o una simple torcedura en el trazado de una línea pueden ocupar su pensamiento durante días y días.

Cualquier insignificancia puede ser elevada a rango de acontecimiento supremo. En eso consiste, al parecer, nuestra grandeza. De hecho, la mayoría de las veces, los acontecimientos supremos suelen ser, para bien o para mal, verdaderas insignificancias ridículas, por no decir algo peor. De modo que al final nadie sufre por su estupidez ni por su insignificancia. Al contrario, todos acaban protegiendo con el máximo cuidado su estupidez y su insignificancia. Todos la protegen como si fuera lo único importante de sus vidas. Lo que da sentido a sus vidas. Todos se aferran a su estupidez y a su insignificancia porque creen que sin esa estupidez y sin esa insignificancia no serían nada. Sencillamente por eso.

Mucho tiempo he estado acostándome temprano. No soportaba la llegada de la noche. La sola idea de adentrarme en la noche me resultaba intolerable. Y no porque tuviera problemas para conciliar el sueño. Afortunadamente nunca he tenido esa clase de problemas. Al principio me administraron algunos somníferos pero pronto se dieron cuenta de que no eran necesarios. A partir de cierta hora (poco después de las diez) estaba completamente agotado. No tenía más que apoyar la cabeza en la almohada para quedarme dormido de inmediato. Además el sueño era profundo. Podía dormir hasta diez horas seguidas y soportar las tormentas más ruidosas sin despertarme. A la mañana siguiente Levana me hablaba de la tormenta nocturna y sonreía fascinada cuando yo le decía que no había notado absolutamente nada.

A ella, sin embargo, siempre le ha ocurrido todo lo contrario: ama la noche y tiene por costumbre quedarse a leer hasta muy tarde. Sobre la puerta exterior de la casa hay

un pequeño farol con una bombilla que permanece encendida toda la noche. En verano, Levana sale a leer a la luz de esa bombilla y es capaz de quedarse horas y horas bajo el cielo estrellado. A veces incluso hasta el amanecer. Yo en realidad nunca la he visto leer. La he visto, eso sí, un momento antes, sentada en su silla de mimbre con el libro sobre las piernas, esperando sin prisa la ocasión de quedarse sola para poder abrirlo y abandonarse de lleno a su lectura. Pero nunca lee cuando estoy yo delante. Como si eso, leer, el acto de leer, tuviera para ella el valor de algo muy íntimo y fuera incapaz de hacerlo en compañía de otros. Eso forma parte, a mi entender, del misterio general que la envuelve. Levana es una mujer de la que uno siempre tiene la impresión de ignorar algo. Y no precisamente algo sin importancia, sino quizá lo más revelador. Por más que hable, aunque hable de sí misma, aunque hable de su pasado, de sus opiniones o de su visión de las cosas, uno siempre tiende a creer que lo que calla es mucho más interesante. En verano sale a la puerta, pero en invierno se queda en el despacho con una manta sobre las piernas y no se levanta hasta que el último rescoldo de la chimenea se ha apagado por completo. Luego sube a su habitación y todavía se queda leyendo un poco más. Al parecer no necesita dormir mucho. O quizá la lectura pueda sustituir al sueño de alguna manera. El caso es que la noche es su elemento. Se siente bien en la noche.

Yo no he sentido eso hace mucho tiempo. La llegada de la noche me ponía nervioso. En algún momento he llegado a creer que podría haberme vuelto loco si hubiera tenido el más mínimo problema para dormir. Era un temor irracional pero no podía evitarlo. Pero algo está empezando a cambiar al respecto. Eso es lo que quería decir. Cada día soy capaz de permanecer despierto hasta más tarde. Y aunque parezca una locura me voy a esforzar en ello. Me lo voy a plantear como un desafío personal. Exactamente igual que volver a fumar. Quiero recuperar eso que podríamos llamar la serenidad de la noche.

Finales de noviembre, tiempo de oscuridad. El cielo permanentemente gris y la niebla que no consigue elevarse en todo el día. Los colores dorados del otoño han desaparecido, quizá un poco antes de lo que suele ser habitual, y los bosques han vuelto a retomar sus tonos invernales, pardos y apagados.

Probablemente no volveremos a ver un sol radiante hasta bien empezado el mes de abril, así que lo más sensato será ir haciéndose a la idea de que ya hemos entrado en el túnel del invierno y de que habrá que atravesarlo de la mejor manera posible.

No deja de ser extraño que fuera precisamente por estas fechas cuando Matías Ochoa decidiera por fin abandonarlo todo y desaparecer. Pero así fue. Una mañana de finales de noviembre, hace ahora seis años, se despidió por última vez de su mujer y de sus hijos, salió de casa a la hora de costumbre y nunca regresó.

No dijo nada a nadie, ni antes ni después. No se llevó dinero, ni equipaje. Ni hizo,

ni dispuso nada que pudiera servir de base a la más mínima conjetura. Para cuando su mujer empezó a inquietarse de verdad, ya habían pasado veinte horas. Y veinte más, para cuando la policía se puso en marcha. Por lo visto, se realizó una pequeña investigación y en seguida encontraron el coche en una calle de Madrid próxima a su lugar de trabajo, pero eso fue todo.

A partir de ese instante desertó del mundo y vino a refugiarse precisamente aquí, a los bosques de Basart: «El único lugar posible para mí», dice él. Porque lo que quería no era, en realidad, huir de nada, ni apartarse de nada, sino volver. Regresar al lugar en el que se suponía que había quedado atrapada su vida. Esa es, al menos, la explicación que él da en sus cartas una y otra vez.

El hecho de que eligiera las fechas más inhóspitas del año, justo a punto de comenzar el invierno, hace suponer que no estaba, ni mucho menos, dispuesto a concederse a sí mismo la menor facilidad. Como si, antes de llevar a cabo el plan que se había propuesto, tuviera que convencerse de que era capaz de soportar las pruebas más duras. Como si tuviera que hacer todo eso para asegurarse de que se había convertido en el monstruo sin entrañas que necesitaba ser.

Hace poco, el guarda Etxauri, el guarda forestal de estos bosques, me decía, sentado en este mismo despacho, frente al fuego encendido, que si bien no llegó a verlo nunca, ni una sola vez en los dos años y medio en que anduvo merodeando por los montes, sí halló rastros de su paso e intuyó su presencia en muchas ocasiones.

Yo ya no trato de comprender las razones que le llevaron a hacer lo que hizo. He llegado a la conclusión de que intentar comprender las razones del comportamiento de los hombres es inútil y por regla general suele llevar al extremo de disculpar verdaderas aberraciones.

En todo caso, como ahora sé, él siempre se aferró a una idea delirante: que yo no pudiera acusarle de haberme infligido un daño que él no hubiera soportado con antelación, un «sacrificio», como él lo llama, que no se hubiera impuesto él a sí mismo con antelación.

Si, como parece, lo que pretendía era despojarme de todo cuanto tenía en el mundo, él debía despojarse de todo previamente. Si lo que quería era separarme del mundo y situarme en la más absoluta soledad, él debía separarse del mundo y situarse en la más absoluta soledad previamente. Si lo que pretendía era vaciarme por completo y convertirme en un puro dolor, él debía vaciarse por completo y convertirse en un puro dolor previamente.

Y para que eso fuera equitativo nuestras vidas tenían que ser idénticas.

Matías Ochoa estuvo observándome durante toda su vida. Cuando cumplió los

dieciocho años, le instalaron en un pequeño piso de la parte vieja de Pamplona y le consiguieron un trabajo en una fábrica de persianas. Le entregaron una bolsa de aseo y una muda de ropa. Y le dieron también una cartera con su documento de identidad, una pequeña cantidad de dinero y un número de teléfono al que podría acudir en casos extremos. Eso fue en el otoño de mil novecientos setenta y uno.

«Me dejaron caer en el mundo», dice él. Y desde luego tenía razón. Lo dejaron solo. Pero no tuvo problemas. Él no era nadie. Sus movimientos eran perfectos porque no era nadie, y por eso mismo no tenía nada que temer. Nadie le conocía y él no conocía a nadie. Tenía un trabajo y semanalmente cobraba su dinero. Con eso pagaba la comida y el alojamiento. Si le quedaba algo se tomaba un café o entraba en un cine. Prácticamente todos sus actos eran instintivos.

Durante meses vivió así, completamente al día, sin pensar en nada más. «Lo importante era no pensar. Yo no era nadie, de modo que era mejor no pensar», escribe. Pero un día me vio. Me reconoció en la calle y eso lo cambió todo.

Él estaba acodado en la barra de un bar, junto a la ventana. Yo pasé por delante y me reconoció en el acto. En realidad dice que no le sorprendió demasiado porque sabía que eso iba a suceder tarde o temprano. Es posible. El caso es que me siguió y a partir de ese día empezó a espiarme.

Pamplona es una ciudad pequeña y entonces lo era todavía mucho más. No era difícil enterarse de la vida de cualquiera. Y eso fue lo que hizo. Enseguida lo supo todo de mí: por dónde me movía, dónde vivía, todo eso. Yo entonces estaba matriculado en la facultad de arquitectura, en segundo curso. Cuando lo supo se matriculó inmediatamente en primero y de esa manera empezó la imitación de mi vida.

Tuvo que ser una época dura para él. Trabajaba por el día y estudiaba por la noche; y entre tanto se transformaba en otra persona. Cambió de alojamiento varias veces. Vivió en varios pisos de estudiantes a medida que cambiaba también de empleo y de aspecto. Dejó la fábrica de persianas y trabajó de recadista en una gestoría. Luego dejó la gestoría y trabajó de camarero. Durante los últimos años hizo planos para un equipo de arquitectos. Y todo eso sin quitarme la vista de encima ni un minuto.

Hubiera sido demasiado para cualquiera, pero para él no. Él «tenía un designio». Esa es la palabra que utiliza: «designio». Una palabra muy delicada. Una persona que dice de sí misma que «tiene un designio» puede convertirse en un artefacto pavoroso.

Por lo que cuenta, durante aquellos años de juventud estuve a su lado, sin saberlo, en varias ocasiones. Su codo se rozó con el mío en lugares públicos, bares o salas de cine. Pero nunca se hizo ver, nunca me dijo nada. Me observaba en secreto y de ahí sacaba una especie de fuerza para seguir.

Más tarde supo que me había casado y se casó. Supo que me había trasladado a Madrid y se trasladó a Madrid, al mismo barrio residencial. Tuve dos hijos y él tuvo otros dos, de las mismas edades aproximadamente. Quería que nuestras vidas fueran idénticas para estar seguro de que ambos perderíamos lo mismo.

Hasta que, como digo, una mañana desapareció. Lo abandonó todo, se vino aquí y se refugió en los bosques. Estuvo viviendo por estos parajes durante dos años y medio, sin dejarse ver. «Como una auténtica alimaña», afirma el guarda Etxauri. Durmiendo en agujeros o en bordas abandonadas, y en el peor de los casos, en los días más fríos del invierno, cobijándose en el molino de Izarin.

Una vez, meses después de la muerte de mis padres, entró aquí, en plena noche, y recorrió la casa de arriba abajo. No explica cómo logró entrar. La verdad es que no se detiene mucho en ese episodio. Sólo dice que entró y que recorrió la casa entera una vez más.

Es fácil imaginárselo pasando por las habitaciones, sentándose en las sillas, abriendo y cerrando armarios en medio de la oscuridad. Es una imagen penosa y quizá por eso elude hacer más comentarios. Lo único que menciona con cierto detalle es el momento en que descubrió la figura de porcelana. Estaba a punto de salir cuando la vio por casualidad y se detuvo a mirarla. «Esa figura siempre me causó inquietud», escribe. Estuvo mirándola durante unos minutos pero al final no pudo evitar cogerla y llevársela con él. La envolvió con cuidado entre sus ropas y salió de la casa por donde había entrado.

La única vez que Matías Ochoa se refirió explícitamente a su crimen fue en una de sus primeras cartas. Venía a decir que esperó al verano porque, pese a lo que podría ser una opinión extendida, es realmente en verano cuando, al parecer, resulta la muerte más conmovedora, el espectáculo de la muerte, y en particular la muerte de los seres cercanos y queridos, más inconsolable y terrible, y su silencio, su ausencia, su vacío, el vacío que de pronto dejan a nuestro alrededor esos seres cercanos y queridos, más angustioso y enloquecedor, y que lo que él quería, no hace falta decirlo, era precisamente eso: llevarme al borde de lo soportable, a las puertas mismas de la locura, al final del camino.

Diciembre

Hace un par de días estaba en el despacho hurgando en los relojes como cada tarde cuando, de improviso, abrieron la puerta sin llamar y me volví sobresaltado. Era el joven Iker. Esperé a que entrara pero se quedó allí parado, sin soltar la manilla, mirándome fijamente, como si de repente no supiera qué hacer. Como si hubiera olvidado lo que iba a decir.

—¿Qué ocurre? —le dije.

Él desvió la mirada hacia la chimenea encendida y respondió enseguida, con cierto misterio:

—He estado en el molino de Izarin.

—¿En el molino?

Últimamente está cambiando su actitud. Al menos su actitud hacia mí. Desde que le conté toda la historia lo encuentro distinto. Más cercano. De hecho, ha empezado a pedirme la maquinilla de afeitar para raparse él mismo la cabeza. Y eso ya es algo. Hasta ahora, sólo por no tener que hacerlo, por no tener que acercarse a mí y pedirme cada vez la maquinilla, tenía que esperar a que Levana quisiera raparle con la navaja. Con todo lo que eso significaba: llevar la silla al cuarto de baño, sentarse allí, con la toalla enrollada alrededor del cuello y esperar a que Levana terminara de hacer sus cosas y estuviera dispuesta a enjabonarle y afeitarle el cráneo con esa navaja. Ahora ya no tiene que soportar nada de eso.

—¿Has vuelto al molino de Izarin? —pregunté.

Él cerró finalmente la puerta y avanzó hacia mí asintiendo con la cabeza.

—Sí —dijo—. Acabo de llegar.

Eran cerca de las siete y media, y en esta época del año oscurece a las seis, lo que quiere decir que había estado en el molino de Izarin hasta que ya no pudo ver nada. Y que el camino de regreso lo había hecho prácticamente a oscuras. Ahora estaba quieto ante mí, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo y la cabeza ligeramente inclinada, mirando los relojes, mientras yo lo metía todo en la caja y la apartaba a un lado.

—¿Y qué? ¿Has visto algo? —pregunté.

—He encontrado esto —contestó él.

Y acto seguido metió la mano en el bolsillo de la cazadora, sacó con parsimonia un trapo blanquecino y lo mostró en su mano. Era una especie de pañuelo grande en el que había cosas envueltas.

—¿Qué es? —dije yo.

Entonces lo puso sobre la mesa y lo desenvolvió con cuidado.

—Son cosas —dijo.

Y eso es lo que eran: cosas. Allí había un viejo reloj de pulsera, un anillo de oro, un encendedor, una navaja, trozos de cuerda y un pequeño fajo de papeles cogidos con una goma. Y entre los papeles, recortes de periódico, un calendario del año mil

novecientos noventa y uno, un carnet y una fotografía en blanco y negro con los bordes recortados.

—Estaba escondido en un agujero de la pared —añadió.

En la fotografía se veía a dos niños de la misma edad subidos en un árbol, mirando al objetivo de la cámara con los ojos entrecerrados. Esos dos niños somos Matías Ochoa y yo, y el árbol es el nogal del jardín. El joven Iker, que así lo había supuesto, cogió la foto con dos dedos y le dio la vuelta ante mis ojos. En el reverso blanco, mi madre había escrito a lápiz las siguientes palabras: «8 de Agosto de 1960. Un día feliz».

El día ocho de agosto de mil novecientos sesenta estuvimos en la playa de Fuenterrabía y Matías Ochoa vio el mar por primera vez. Mi padre acababa de comprar un automóvil, uno de aquellos Peugeot enormes, de color negro, y la tarde anterior había aparecido por la carretera del pueblo, a escasa velocidad, haciendo sonar la bocina con el codo apoyado en el hueco de la ventanilla.

Siempre intentó hacer de su vida una ceremonia y eso le sirvió al menos en un sentido: nunca se cuestionó a sí mismo. Podía demorarse en la elección de una corbata, pero jamás en la elucidación de complejos asuntos morales.

Llegó haciendo sonar la bocina, como digo, y luego detuvo el coche ante la puerta y entró en la casa para coger su cámara y sacar algunas fotografías.

Tenía una Leica. «Es una Leica», decía refiriéndose a su cámara. «Es un Longines», decía refiriéndose a su reloj de pulsera. «Es una Montblanc», decía refiriéndose a su pluma estilográfica. Son cosas que nos ayudan a conocer a una persona: cómo se comporta ante los objetos, y en particular ante los llamados objetos personales.

Usaba perfume, se afeitaba dos veces al día, fumaba en pipa tabacos de importación y vestía con elegancia. Y seleccionaba con el mismo celo sus bebidas y sus libros. Pero era enérgico en todo, tanto en sus decepciones como en sus entusiasmos, y aquella tarde decidió que al día siguiente iríamos a Fuenterrabía para probar el nuevo coche.

Así que a la mañana siguiente, una apacible y soleada mañana de domingo, subimos todos al coche, mi madre con su vestido blanco y su sombrero de verano, y nosotros, Matías Ochoa y yo, con nuestros pantaloncitos cortos y nuestras sandalias infantiles, y emprendimos el viaje rumbo al día feliz.

Todo lo que recuerdo de ese viaje es ancho y claro, pero también, por eso mismo, sospechosamente encantador. Mi padre nos iba diciendo los nombres de los pueblos por los que pasábamos y nosotros mirábamos por la ventanilla y señalábamos todo lo que veíamos, dispuestos a llevar al máximo nuestro asombro y a representar nuestra alegría hasta el final.

Cuando llegamos nos dirigimos directamente a la playa. Mi padre se dio un baño, y luego trajo helados para todos y nos hizo posar con los helados para seguir sacando fotografías. Más tarde estuvimos paseando por el malecón. Estuvimos sentados en un banco frente al mar. Había gente pescando. Mi padre fumaba su pipa tranquilamente y mi madre sujetaba su sombrero en el regazo mientras la brisa hacía ondear su pelo suelto.

Luego, en el restaurante, la mesa tenía un mantel de cuadros blancos y azules, y había una gran cristalera desde la que observábamos los barcos de colores que entraban en el puerto, y las casas de los pescadores que se estrechaban contra la montaña. Eso fue todo. A media tarde, después de recorrer las calles del pueblo y visitar el pequeño castillo, mi madre dijo que no se encontraba bien. Se había sentido mal todo el día, pero no había dicho nada hasta entonces. Tenía dolor de cabeza o algo así, no lo recuerdo. El caso es que emprendimos el regreso. Llegamos a Basart un poco antes de lo previsto, y nada más llegar se tomó un par de aspirinas y se acostó rápidamente. No creo que fuera un gran día para ella después de todo.

Fue entonces cuando mi padre nos sacó la foto en el nogal. Todavía no había atardecido y esa aparente sonrisa que tenemos dibujada en la cara no es en realidad una sonrisa sino el gesto instintivo de entrecerrar los ojos por el sol.

Que mi madre calificara ese día como un día feliz (si bien lo más probable es que escribiera esas palabras mucho tiempo después, quizá en pleno otoño, o incluso en invierno, cuando ya ese día era solamente un recuerdo lejano), no tiene naturalmente nada de raro. Responde a un modelo. De alguna manera, todas las imágenes de ese día se corresponden a la perfección con eso que podríamos llamar la ficción de la felicidad. Y si hay algo a lo que la gente se aferra con todas sus fuerzas es a eso: a sus ficciones de felicidad.

No hay duda de que son las ficciones las que hacen vivir a los hombres. Sin embargo, yo ya no puedo confiar en la ficción de la felicidad. Y por tanto desconfío también de la felicidad.

Desconfío de la felicidad y de las imágenes de la felicidad porque ya sólo veo el sarcasmo feroz de esas imágenes. Porque esas imágenes de la felicidad son ya para mí, para alguien como yo, definitivamente brutales y crueles, y no hay nada en esas imágenes de la felicidad, incluido el sol que las envuelve, esa luminosidad dorada del sol de la memoria, que no me cause una profunda desconfianza.

En especial ese insidioso sol de la memoria. Los hombres cierran los ojos y ya está ahí, el insidioso sol de la memoria y su maldita argucia feliz. Pero para mí, como digo, ya no hay argucia posible. Quizá no haya logrado olvidar nada. Quizá no pueda olvidar, después de todo. Pero tampoco me afecta ya ese veneno de oro, esa pátina venenosa.

Que Matías Ochoa conservara esa fotografía, que conservara y guardara precisamente esa y no otra, la fotografía del presunto día feliz de los tiempos pasados, no significa nada para mí. Ni me importa. Supongo que, al fin y al cabo, él también necesitó algo que mirar. Todo el mundo necesita mirar algo de vez en cuando. Pero no voy a darle más vueltas. No me interesa en absoluto entrar ahí.

Por la mañana, en la cocina, después de desayunar, Levana vio la foto de los niños en el árbol y automáticamente se acordó de su propia foto. También ella tenía una foto. De modo que se levantó, fue a su cuarto, la buscó entre sus cosas y volvió rápidamente con ella.

—Aquí está —dijo.

En esa foto había cuatro mujeres con el pecho descubierto. La madre de Levana y sus tres hijas. Levana, la menor de las hijas, tendría aproximadamente dieciséis o diecisiete años. Ella no dijo nada pero enseguida la reconocimos.

Llevaba una especie de diadema en el pelo, collares y brazaletes, igual que sus hermanas, y miraba de frente, elevando ligeramente el mentón con una extraña mezcla de orgullo y temor. Sin embargo, lo que más nos llamó la atención fueron las cicatrices. Las cuatro mujeres exhibían en el vientre una infinidad de pequeñas cicatrices en línea que rodeaban sus cinturas como una especie de ornato.

El joven Iker y yo miramos la foto en silencio. Nos costó reaccionar. Yo tenía la foto en mi mano y el joven Iker estaba pegado a mí observándola con atención. Levana estaba frente a nosotros sentada en una silla.

—¿Qué es todo esto? —pregunté refiriéndome a las cicatrices.

—¿Son heridas? —preguntó a su vez el joven Iker.

—No son heridas —respondió ella—. Son adornos.

Nos quedamos mirándola, esperando algo más. Entonces se puso en pie, se quitó el delantal y se levantó la ropa para que pudiéramos ver las cicatrices reales. Para que comprobáramos que seguían ahí.

—Todas las mujeres se marcaban la cintura —añadió—. Había que hacerlo. Los hombres se marcaban la cara y los brazos. Las mujeres sólo la cintura.

Nosotros nos limitamos a mirar la cintura marcada pero ella nos dijo que podíamos pasar los dedos por encima. Quería que pasáramos los dedos por encima de esas marcas petrificadas. Y naturalmente lo hicimos. Pasamos las yemas de los dedos. Quería que notáramos la forma de los dibujos bordados en la piel. Pero lo que quería en realidad, lo sé perfectamente, es que pudiéramos hacernos una idea del dolor que representaban.

—Imagino que debía ser muy doloroso —dije.

—Sí —dijo con una sonrisa.

El joven Iker se llevó la mano a la mejilla y asintió inconscientemente. Hay un

orgullo por el dolor que se ha conseguido soportar. Un orgullo secreto. Como si el cuerpo alcanzara un cierto prestigio que antes no tenía.

Si fuera posible hacer desaparecer esas cicatrices, si fuera posible hacerlas desaparecer con sólo pasar por ellas las yemas de los dedos, como hacemos, por ejemplo, para quitar las arrugas de un mantel, ella ni siquiera nos hubiera permitido acercarnos.

Luego se bajó la ropa y recogió la foto.

—Nadie había visto nunca esta foto —dijo mirándola una vez más.

Yo me quedé pensando en todo eso mientras ella salía de la cocina e iba a guardar la foto en su sitio. Creo que al enseñarnos su foto, y al enseñarnos a continuación su cintura bordada, Levana nos estaba enseñando algo más. No sé muy bien qué, pero algo. Algo seguramente muy importante. Probablemente lo más importante para ella.

«Los hombres, a veces me acuerdo de ellos», escribe Matías Ochoa en una de sus últimas cartas.

No se refiere a nadie en concreto. No se refiere a su mujer, ni a sus hijos, ni a ninguna otra persona con nombre y apellidos. No se refiere a nadie que tenga un rostro, a nadie que hubiera conocido en su antigua vida. Sino precisamente a todos los demás, a los hombres desconocidos, como si fueran un rumor. Como si entre todos formaran un único rumor o algo parecido. Un sonido de fondo. Algo, en cualquier caso, ajeno a él y que no tenía ya nada que ver con él.

Por la tarde, ante la chimenea, con la taza de té entre las manos, lo comento con Levana. Le digo:

—A veces me acuerdo de los hombres. No de alguien en concreto, sino de todos los hombres. Del rumor de los hombres.

Levana tiene cuidado con las palabras. Evita nombrar algunas cosas. Aunque no se trata, claro está, de que le cueste expresarse. En realidad empiezo a creer que conoce nuestro idioma a la perfección. Pero cuando habla deja cosas sin decir, como si quisiera que yo fuera rellenando los huecos.

—Los hombres no existen —dice con su sonrisa incomprensible.

Luego empieza a hablar despacio, mirando el fuego, como si siguiera en silencio. Cuando era joven, estuvo viviendo en Alemania varios años. En Berlín. El hombre que la llevó allí fue el mismo que tomó la fotografía de las mujeres bordadas. Pagó dinero por ella y se la llevó como parte de su equipaje. O sea, que fue vendida. Así de claro. Vendida por su propio padre a los dieciséis años. Creemos que estas cosas ya no ocurren, pero siguen ocurriendo. No es raro, pues, que diga que los hombres no existen.

—Los hombres eran otra cosa —dice sacudiendo ligeramente la cabeza—. Ahora

cualquier cosa puede convertirse en hombre.

No es habitual que Levana hable de su vida pasada. En escasas ocasiones lo hace. Y cuando lo hace da la impresión de que no estuviera refiriéndose a sí misma, sino a otra persona: alguien a quien sólo conociera remotamente.

—Berlín era muy frío. Durante el día iba a la academia, estudiaba alemán. Tenía un abrigo azul con forro de cuadros y una gran falda de cuadros rojos y azules. Pero al atardecer se convertía en una mujer. Una mujer adulta con las manos atadas a la espalda —dice refiriéndose a sí misma.

Por lo general nunca hace alusión a cosas demasiado terribles. Digamos que prefiere pasar por encima de todo eso. El caso es que vivió diez años en Berlín. Aprendió el idioma e hizo algunos estudios intermedios. Del hombre con el que vivió durante ese tiempo no dice nada. Nunca se detiene en él, ni para bien ni para mal. Lo único que sé es que se llamaba Meyer porque ese es el nombre que ella sigue llevando en la actualidad: Levana Meyer.

Un día decidió abandonarle. Un día de verano: un quince de julio. Conoció a un universitario holandés, un chico bastante más joven que ella y se fue a Holanda a vivir con él. Vivieron juntos dos años, en Amsterdam, en una miserable habitación con hornillo. Por cómo lo cuenta, no debió ser una mala etapa, pero tampoco dice más.

El paso siguiente fue París: seis años. Allí, al parecer, hubo de todo, buenos y malos tiempos. Al principio encontró el apoyo de una organización de solidaridad africana. Tenía un trabajo y compartía una vivienda con otros africanos. Pero cuando perdió el trabajo empezaron los problemas. Dejó la vivienda compartida y entró a trabajar de *au-pair* en algunas casas particulares. De allí se trasladó a Londres y estuvo haciendo lo mismo durante otros tres años más. Tenía techo y comida pero la cantidad que le pagaban era ridícula.

En Manchester estuvo más de un año cuidando día y noche a una anciana moribunda. Cuando murió regresó a París buscando antiguas amistades. Pero no debió encontrar gran cosa. Estuvo unos meses malviviendo en Pigalle con el dinero que había ahorrado, y a partir de ahí ya todo es un descenso.

En Lyon estuvo en una empresa ilegal, trabajando a destajo durante doce horas diarias. De Lyon fue a Toulouse, y lo mismo: empleos clandestinos en condiciones de auténtica explotación. Y después, por fin, algo menos de un año en Barcelona, seis meses en Valencia y, por último, Madrid.

En quince años recorrió prácticamente media Europa. Por eso sabe muy bien a qué me refiero cuando hablo del rumor de los hombres.

—¡El rumor de los hombres! —exclama—. Creo que no echo de menos ese rumor. He estado oyéndolo durante toda mi vida y todavía no me he librado de él. Todavía me zumba en los oídos de vez en cuando. Y me sigue dando miedo. Lo

mismo que el primer día.

Si en alguna parte estamos a salvo del rumor de los hombres es aquí. El único rumor que oímos desde hace unos días es el rumor de la lluvia. No sabemos si hay nieve en las montañas porque ni siquiera las vemos. La niebla constante, la lluvia y el frío nos empujan a vivir en el interior de la casa y a tratar de salir lo menos posible. De hecho, hasta la casa parece distinta, más vuelta sobre sí misma. Más consciente de sí misma, podríamos decir.

Una tarde, sin embargo, decidimos salir los tres juntos a dar un paseo. La idea es de Levana y evidentemente hay algo insensato en ella, pero ni el joven Iker ni yo ponemos ninguna objeción. Ha estado lloviendo durante toda la mañana. En realidad ha estado lloviendo sin parar durante las dos últimas semanas. Sólo porque ha cesado durante un rato y parecía que se abría un pequeño claro en el cielo, Levana se acerca a la ventana, levanta la cabeza y dice:

—Ha dejado de llover. ¿Por qué no salimos a dar un paseo?

De modo que eso es lo que hacemos. Nos abrigamos bien, cogemos un par de paraguas y salimos de casa. No es la primera vez que salimos juntos. Últimamente nos acercamos a Basart con cierta regularidad. Cualquier excusa es buena. Damos una vuelta por el pueblo, compramos algo y a veces nos tomamos un café en la fonda antes de volver. La gente empieza a acostumbrarse a vernos aparecer de vez en cuando.

Pero esta vez es distinto. No nos dirigimos al pueblo. En realidad no hemos hablado de ello pero tampoco es necesario porque nada más cruzar la verja del jardín Levana deja la carretera y enfila la cuesta del cementerio con la intención de adentrarse en el bosque.

Se supone que no vamos a ninguna parte. Se supone que sólo queremos caminar un rato, estirar las piernas, volver a pisar una vez más los caminos conocidos, alejarnos un poco de la casa en la que ya empezábamos a sentirnos encerrados. Pero a medida que nos alejamos de la casa también nos olvidamos de ella.

Cuando llegamos al desvío les comento la posibilidad de seguir hasta el lago. Ellos aceptan con una simple sonrisa, como si ya supieran que debiera ser así. Les digo que el camino es largo pero de repente eso parece no tener la menor importancia. Así que torcemos hacia el lago. Pasamos bajo los pilares de la autopista y dejamos atrás la mina de pirita. Finalmente llegamos, nos detenemos en la orilla y nos quedamos en silencio mirando la superficie oscura del agua.

Nos quedamos en silencio, cada uno a una cierta distancia del otro. Como si no nos conociéramos y de repente hubiéramos coincidido allí de un modo fortuito. Como si cada uno de nosotros acabáramos de llegar por caminos distintos y ahora nos encontráramos allí sin saber muy bien cómo había ocurrido.

Naturalmente siempre estamos bordeando la oscuridad. Siempre estamos cerca de la oscuridad. O quizá habría que decirlo al revés: quizá habría que decir que es la oscuridad la que está al acecho en todo momento. Haces un giro, echas la cabeza hacia atrás y sin entender muy bien lo que ha ocurrido te ves rodeado de oscuridad. Miras a uno y otro lado, te frotas los ojos pero no ves nada. Aunque también de repente ocurre todo lo contrario. De repente un día lo ves todo con absoluta claridad y entonces piensas que siempre ha sido así. Que todo es extraordinariamente simple y fácil. Sin problemas. Algo parecido nos ocurre a la orilla del lago.

—Aquí no existen los problemas. Aquí desaparecen todos los problemas —dice Levana.

El joven Iker coge una piedra y la tira al lago. Luego nos cuenta que está pensando en irse. Quiere volver a Pamplona.

—Voy a volver a Pamplona —dice.

Levana y yo nos giramos a la vez para mirarle y él nos mira de lado, con las manos en los bolsillos y asiente con la cabeza varias veces.

—Me voy un día de estos.

Se oye ruido de pájaros entre los árboles. Se oye también de vez en cuando el chapoteo de algún pez que salta en el lago. Pero nada más.

—¿Quieres volverte a Pamplona? —le pregunta Levana.

—Sí, un día de estos. La semana que viene. Lo he estado pensando y he decidido que lo voy a hacer.

Levana me dirige una mirada y se encoge de hombros. El joven Iker se agacha, coge otra piedra y la lanza al lago con fuerza. Y acto seguido repite la operación.

—Pero luego volveré —asegura esbozando una sonrisa.

—Ah, ¿sí?

—Sólo quiero estar unos días en Pamplona. No muchos. Quiero ver a alguien, sólo eso. Luego volveré.

—¿Quieres ver a tu madre? —le pregunta Levana.

—¿A mi madre? No lo sé —se queda callado un momento. Luego sigue—. Quizá también a ella, pero no lo sé. Ni siquiera sé dónde está ahora.

—Pero al cabo de unos días volverás aquí, ¿no es eso? —insiste Levana.

—No puedo quedarme allí —responde él con una sonrisa.

A continuación saca el paquete de cigarrillos y me ofrece uno. Está contento. Ambos lo encendemos y exhalamos el humo a la vez en dirección al lago. No hace falta añadir nada. De repente el cielo se oscurece y empieza a llover de nuevo, pero no le damos importancia. Ni siquiera lo comentamos. Simplemente abrimos los paraguas y nos quedamos allí. Nos quedamos allí los tres, codo con codo, todavía un poco más.

Hay cosas que es preciso mirar con poca luz, detalles que sólo se ven en penumbra. Palabras que no se pueden gritar. Caminos por los que es preferible ir despacio.

El alcalde Goñi hace el primer movimiento. Un funcionario municipal llega con el sobre a media mañana pero no quiere entregárselo a Levana. El sobre marrón con mi nombre escrito y el cuño con la fecha de salida. Tengo que cogerlo con mi propia mano y firmar en el papel. El funcionario municipal señala el lugar exacto con el dedo. No enseña los ojos. Su madre y la mía eran primas pero él finge haberlo olvidado. Y yo hago lo mismo.

El sobre contiene naturalmente un escrito oficial. En ese escrito, las autoridades de Basart aluden a «la existencia de una deuda histórica con la comunidad». Voy a tratar de ser fiel a su vocabulario. La expresión «deuda histórica» es confusa. Se refiere a una deuda «cuyo origen se remonta a treinta años atrás y que con el tiempo ha ido incrementándose de modo inexorable hasta alcanzar la cantidad ahora reclamada». La cantidad es de 48 805 pesetas.

Insisten en que mis padres se negaron «durante toda su vida» a pagar una especie de cuota o contribución al ayuntamiento del valle y me instan «por última vez» a «saldarla satisfactoriamente». Y añaden que en caso contrario «se verían obligados» a iniciar contra mí «el correspondiente procedimiento legal». Procedimiento legal que «de acuerdo con sus propias previsiones podría, en último término, llegar al embargo de la finca en cuestión». Leo la carta primero en silencio y, no sé por qué, me produce una extraña alegría. Luego la vuelvo a leer en voz alta, para Levana, y mi alegría es aún mayor.

La cuantía resulta irrisoria y saldarla de una vez sería lo más sencillo. Si hay algo que verdaderamente ha dejado ya de ser un problema es el dinero. En concepto de indemnizaciones y seguros me correspondió una cantidad muy elevada. Bastaría con poner el asunto en manos de nuestro demiurgo tutelar para concluirlo definitivamente. Pero no hay prisa. Dadas las circunstancias, lo que menos me interesa ahora es concluir asuntos.

Por otro lado, el tono apremiante de la carta me anima a esperar un poco. Lo realmente importante no es lo que hacemos, sino lo que conseguimos no hacer. No lo que asumimos, sino lo que conseguimos no asumir. No lo que finalmente acatamos, sino, por supuesto, lo que conseguimos finalmente no acatar.

—No hacer nada tampoco mejora las cosas —dice el guarda Etxauri.

Sin embargo da la impresión de que le cuesta creer esas palabras. Las pronuncia como si acabara de leerlas en el fondo del vaso. Como si estuvieran escritas en el vino.

El guarda Etxauri es un hombre melancólico. Con eso quiero decir sencillamente que no es un hombre precipitado. Ni ambicioso. Y que no habla por hablar. Dice las

cosas con lentitud y suele entornar los ojos como si sus pensamientos fueran demasiado pesados y tuviera que hacer un gran esfuerzo para sobrellevarlos. Pero eso no le impidió sacar a la luz su segunda vida, como él la llama.

Cuando le llegó el momento demostró una perspicacia y una capacidad de decisión que, a mi entender, muy poca gente tiene. Por los riesgos que es necesario asumir, supongo. Voy a tratar de explicarlo en pocas palabras.

Él siempre hace una distinción muy clara entre su primera y su segunda vida. Dice que su primera vida acabó cuando su hijo se fue de casa. No es que se largara de cualquier manera, en realidad se iba a estudiar una carrera universitaria, nada más. Pero de todos modos eso suponía el final de una etapa. Y él lo vio claramente. Se dio cuenta de que era el momento de empezar su segunda vida.

—Me di cuenta de que tenía que sacar a la luz mi vida oculta —dice.

Porque todo el mundo tiene una vida oculta, esa es su teoría. Una vida que puede permanecer al acecho durante años y años esperando hacerse realidad algún día. Aunque la mayoría de los hombres acaban olvidándola o renunciando a ella.

Durante los primeros años nos guardamos en la manga esa vida oculta con la confianza de que algún día, cuando se hayan despejado los inconvenientes del principio, estaremos en condiciones de sacarla a la luz. Confiamos en eso: en poder algún día sacar a la luz esa vida oculta con el fin de demostrar entonces quiénes somos en realidad y dar lo mejor de nosotros mismos. Decimos, nos decimos a nosotros mismos: voy a esperar un poco, y cuando logre una posición y pueda tomar mis propias decisiones, lo abandonaré todo y me dedicaré en cuerpo y alma a mi verdadera vida. Pero, como digo, muy pocos son los que, llegado el caso, tienen la fuerza suficiente para eso. Por una u otra causa vamos relegando cada vez más atrás esa vida verdadera y demorando el momento de sacarla a la luz. Hasta que naturalmente es ya imposible empezar nada.

En su primera vida, como todo el mundo, el guarda Etxauri hizo más o menos lo que se esperaba de él. Había cursado con éxito los estudios de biología y en seguida comprendió que su vida verdadera se inclinaba hacia los líquenes, hacia el estudio de los líquenes. Sólo dedicándose al estudio de los líquenes en cuerpo y alma podría demostrar quién era él en realidad, eso pensaba. Hizo algunos trabajos brillantes, llegó incluso a descubrir nuevas especies, y fue muy elogiado por ello. Pero, por supuesto, nadie se gana la vida con los líquenes. Quizá sí con los hongos o con las algas, pero no con los líquenes. Al menos, todavía no. Así que tuvo que relegar el estudio de los líquenes. Tuvo que guardarse para más adelante el estudio de los líquenes y dedicarse a impartir clases durante casi veinte años en un instituto de secundaria. De esa manera pudo pagar su casa, cambiar de automóvil cada cierto tiempo y ofrecer a su hijo las mejores oportunidades. Naturalmente, su mujer estaba de acuerdo en todo.

Pero él tenía, como digo, una vida en la recámara y cuando su hijo acabó el bachillerato y optó por irse lejos, fue capaz de percatarse a tiempo de que su primera vida había llegado al final. Y eso fue lo que hizo. Abandonarlo todo, zanjarlo todo y venirse aquí, a adentrarse en los líquenes, a profundizar en los líquenes y a dedicar ya su vida, de hecho, a los líquenes.

Al principio vino solo y tuvo que atravesar malos momentos. La casa era en realidad un viejo caserío que había permanecido deshabitado mucho tiempo. No ofrecía las mejores condiciones. Era preciso, entre otras cosas, arreglar el tejado, cambiar la instalación eléctrica y acondicionar al menos toda la primera planta para poder vivir allí. Pero poco a poco fue saliendo adelante y en un par de años las cosas mejoraron.

Cuando consiguió el puesto de guarda forestal su mujer decidió dejar la ciudad y venirse a su lado. Era algo no previsto pero él se alegró. Vendieron a buen precio el piso de Pamplona y reformaron totalmente el caserío hasta convertirlo en una especie de mansión moderna: algo a mitad de camino entre una casa solariega y la Villa Mairea. De eso hace ya cinco o seis años. Y el guarda Etxauri sigue siendo después de todo un hombre joven. Aún no ha cumplido los cincuenta, tiene buen aspecto, camina erguido y viste ropas actuales. Estos eternos melancólicos, al parecer, envejecen bien. Por alguna extraña razón consiguen mantener un cierto aire de indeterminación juvenil. Como si la melancolía, que supuestamente les envenena el alma, fuera en el fondo una especie de salmuera romántica en la que se conservaran protegidos contra los estragos de la edad.

Últimamente nos visita un par de veces por semana. Levana oye el ruido de su todoterreno acercándose por la carretera y dice:

—Se acercan las lechugas.

Y nunca falla. El guarda Etxauri nos trae lechugas de su huerto. Lechugas y otras cosas. Cultiva todo tipo de hortalizas, algunas de ellas verdaderamente insólitas en estas latitudes.

Cuando supo que las autoridades de Basart me habían enviado el escrito amenazándome con el embargo se quedó pensativo un instante.

—¿Qué pensáis hacer? —preguntó.

—Nada —respondí.

Fue entonces cuando dijo que no siempre era bueno quedarse quieto. Pero ya digo que no parecía muy convencido. Dejó la copa sobre la mesa, se echó hacia atrás en la silla y con un tono vacilante, como dirigiéndose al techo de la cocina, añadió que tal vez deberíamos aprovechar la oportunidad de tener algo contra lo que luchar.

Eso fue lo que dijo: que mientras nos enfrentemos a algo y nos resistamos con todas nuestras fuerzas a ese algo, no tendremos que enfrentarnos a nosotros mismos, ni que resistirnos, como suele ser lo habitual, a nosotros mismos. Que, en

determinados momentos, no hay nada más valioso que un enemigo real. Y que un solo enemigo real puede hacernos olvidar a todos los enemigos imaginarios y absurdos con los que habitualmente nos complicamos la vida.

—Porque de hecho, al parecer, naturalmente, el ser humano necesita enemigos — eso dijo—. De lo contrario languidece y se enerva. O se exaspera y atenta contra sí.

Una mañana, cuando Levana y yo llevábamos todavía muy poco tiempo aquí, entré de improviso en la cocina y la encontré sentada en una silla, con los brazos sobre la mesa, mirando fijamente la pared. Recuerdo que me quedé observándola pero ella ni se inmutó. Se había herido las manos y ni siquiera se había percatado de ello. Tenía los trozos de una taza de porcelana blanca entre las manos y algunos de esos trozos estaban manchados con su sangre. Como si la taza le hubiera estallado entre las manos y por alguna extraña razón ella no se hubiera dado cuenta de nada.

Cuando mi abuelo, a principios de siglo, allá por mil novecientos trece o mil novecientos catorce, mandó construir esta casa y se estableció aquí, también lo hizo con la intención de comenzar una segunda vida. Tenía solamente treinta y cuatro años y ya había alcanzado una cierta fama en la ciudad como hombre de letras y abogado, pero por alguna razón probablemente oscura o al menos difícil de explicar (de hecho, en mi familia nunca se habló claramente de ello), se desilusionó del mundo y optó, como él mismo decía, por «la vida retirada en el hondo valle».

Cuando cumplió los treinta y cinco, el mismo día que estalló la primera guerra mundial, la casa ya estaba terminada y había nacido en ella su primer hijo. Así que podríamos decir que, ya desde su origen, esta fue una casa para una segunda vida. La casa de alguien que renuncia al mundo voluntariamente.

No obstante, tengo la impresión de que mi abuelo no llegó a conseguir que esa segunda vida suya fuera tan plena y satisfactoria como él había soñado. Es cierto que siempre hizo lo que le dio la gana y que, por otro lado, nunca tuvo que preocuparse lo más mínimo por el estado de sus finanzas, ni por ningún otro asunto relacionado con las obscenidades de la vida práctica. Pero al parecer eso tampoco es garantía de nada, y al final acabó convertido en un hombre esquivo y amargo.

Se pasaba el día encerrado en su despacho, y cuando salía deambulaba por los alrededores como un sonámbulo, sin ver siquiera lo que le rodeaba. Aunque al parecer nunca se quejó en voz alta ni se lamentó de nada. Tuvo cinco hijos y todos, a excepción de mi padre, que era el tercero, abandonaron la casa paterna y se alejaron de él a la primera oportunidad, cada uno en una dirección distinta. De hecho, también mi padre, que cuando acabó la guerra civil tenía justamente veinte años, se fue a estudiar medicina a Barcelona y prolongó deliberadamente sus estudios bastante más de lo necesario, demorando al máximo el regreso. Pero el caso es que volvió. Volvió en el cuarenta y nueve y un par de años más tarde se casó con una chica de aquí, mi

madre, y se decidió por fin a abrir la consulta.

El abuelo murió en el cincuenta y cuatro, unos meses después de que yo naciera. Su mujer, mi abuela, vivió todavía cinco años más. Mi madre se llevaba bien con ella. Yo conservo una vaga imagen suya sentada en el jardín o en la galería. Una imagen de esas que parecen emerger de un sueño. Pero poco más. Por lo que decían, debió ser pese a todo una mujer despreocupada y jovial que cada vez que se refería a su difunto marido suspiraba y negaba con la cabeza sin dejar de sonreír, como dando a entender que lo consideraba un pobre diablo apesadumbrado por idioteces.

Está visto que hay que tener cuidado con las segundas vidas. En especial cuando comprometen a otras personas. Parece ser que no siempre resultan tan plenas y satisfactorias como podía imaginarse de antemano. Y la presencia de testigos tampoco mejora las cosas.

El joven Iker ya no está aquí. Dijo que quería irse y lo hizo. Levana y yo le acompañamos a Pamplona y nos despedimos de él. Surgió la ocasión: el guarda Etxauri tenía que hacer el viaje y se ofreció a llevarnos en su todoterreno. Fue hace un par de días. Salimos temprano y nos dejó en el centro de la ciudad en menos de una hora. Intentamos convencerle de que se tomara un café con nosotros pero dijo que no podía quedarse, que no tenía tiempo.

Levana, el joven Iker y yo teníamos tiempo de sobra. Entramos en un bar y pedimos unos cafés con bollos calientes. Nos sentamos en una mesa, junto a la ventana, y los tomamos allí, mirando la plaza bajo el cielo gris.

Eran poco más de las nueve y estuvimos hasta las diez. El joven Iker y yo nos fumamos el último cigarrillo juntos. Estuvimos hablando de eso, del tabaco. Dijo que fumaba desde los trece años pero que no quería dejarlo. De todas formas parecía animado. Tratamos de hacerle hablar pero no quiso contarnos nada. Sólo dijo que quería ver a una persona. Y que volvería.

Luego se levantó y nos dijimos adiós. Levana le besó en la cara y le ofreció algo de dinero. Él lo cogió sin mirarlo y lo guardó en el bolsillo. Cuando salió le seguimos con la mirada hasta que le perdimos de vista.

—Está un poco asustado —afirmó Levana mirando hacia el lugar por el que había desaparecido.

Ella y yo nos quedamos en Pamplona todo ese día. Pasamos la noche en un hotel (el Hotel Iragui-Yerri) y volvimos en taxi al día siguiente. Lo teníamos decidido de antemano y así lo hicimos.

Queríamos ver la ciudad y comprar algunas cosas. Y también andar, vagar por las calles entre la gente desconocida. Aunque desconocida, en realidad, sólo hasta cierto punto. Después de todo, esa también es mi ciudad. Lo fue durante mucho tiempo: durante los mejores años. Y es inevitable que todo me resulte familiar.

Pamplona no es una ciudad grande y ocurre como en otras ciudades de este tipo.

Los rostros se repiten. Hay multitud de caras parecidas. O son gestos, maneras de mirar. En cualquier caso, reconocí algunas caras (y también creo que alguien me reconoció a mí), pero no me detuve con nadie. Lo cierto es que me sentía extraño. Es curioso, pero en el mismo acto del reconocimiento (de personas o de lugares) iba ya implícita la enorme distancia que me separaba de todo eso.

Quizá, inconscientemente, yo había esperado encontrar una cierta proximidad o algo así, pero lo que encontré fue distancia. Y una especie de cansancio repentino. No me refiero a nada demasiado terrible, ni demasiado amargo, pero sí a esa sensación de lejanía del que, de pronto, comprende que ya no tiene nada que ver con lo que le rodea. Y a la extrañeza que suele acompañar a eso.

Quizá haya una edad a partir de la cual uno empiece a darse cuenta de que ciertas cosas son irreversibles. No sé si me explico. Eso de tratar de echar la vista atrás buscando algo así como una especie de coherencia, una explicación, algo por lo que merezca la pena hacer un esfuerzo, los buenos tiempos pasados, la memoria, todo eso, es ya inútil. No sirve para nada. No sirve absolutamente para nada, lo he comprobado. Y creo que darse cuenta a tiempo es importante.

Levana hizo algunas compras. Entró en una confitería y compró dulces y chocolates. También compró algunas revistas y un par de prendas de vestir: una chaqueta amplia, de lana gruesa y un pañuelo de seda rojo oscuro con rayas grises.

Después de la cena, en el hotel, nos sentamos en un sofá junto a un gran árbol navideño y estuvimos echando un vistazo a todas esas cosas. Estábamos realmente fatigados, pero nos sentíamos bien. Levana estaba alegre. Yo me encendí un cigarrillo y ella sacó una bolsa de frutas escarchadas y cubiertas de chocolate y me la tendió para que me sirviera. Luego desenvolvió el pañuelo y se lo puso sobre los hombros.

—Es muy bonito —le dije.

Ella me miró con una sonrisa y se retiró un mechón de pelo que le caía sobre la cara.

—Sí —dijo—. Es un pañuelo muy bonito.

Voy a hablar brevemente de dos personas que me llamaron la atención. La primera es la mujer que nos sirvió en el restaurante: tenía las manos quemadas. Había sufrido recientemente graves quemaduras en ambas manos (ella misma nos lo contó), y ahora eso condicionaba todos los movimientos de su cuerpo.

Todo lo que hacía, lo hacía del modo en que se supone que debería hacerlo alguien con las manos quemadas. Era una mujer de unos sesenta años con el pelo teñido de un extraño color dorado y un anticuado traje de camarera con delantal blanco.

Cada vez que se inclinaba hacia nosotros, Levana y yo seguíamos con la mirada todos los movimientos de sus manos sin poder evitarlo. Eran manos que se sabían

observadas. Se acercaban a las cosas con temor, pero exageraban ese temor. Como considerando en todo momento la posibilidad de herirse nuevamente con cualquier contacto imprevisto.

También en la cara de la mujer había algo de eso. Podía haber sido muy guapa en su juventud pero tenía una expresión desagradable en la boca y una mirada llena de autocompasión. Probablemente era la mujer de las manos quemadas desde mucho tiempo antes de habérselas quemado realmente.

La otra persona que me llamó la atención fue el taxista que nos trajo a casa. Lo contratamos a media tarde, justo cuando empezaba a oscurecer. Era un hombre de mediana edad, con el pelo negro echado hacia atrás, la cara muy delgada, los pómulos marcados, bien afeitado, la boca fina y dura y los ojos hundidos y fríos. En cuanto Levana y yo entramos en el coche y estuvimos de acuerdo en el precio del viaje, hizo una cosa que nunca olvidaré: introdujo el Réquiem de Mozart en el radiocasete y lo puso a todo volumen. Eso hizo. Esperé un par de minutos y le pedí de buenas maneras que bajara un poco el volumen. Entonces él me miró con desprecio y musitó:

—Es Mozart. ¿No le gusta Mozart?

Pero antes de darme la oportunidad de responder bajó el volumen, con un gesto displicente. Aunque seguía estando muy alto, de todas formas. Y así fue hasta el final. Fue un viaje nocturno y nadie dijo una palabra en todo el camino.

Cuando acabó el *Réquiem* de Mozart, pocos kilómetros antes de llegar, Levana y yo nos cruzamos una mirada en silencio como preguntándonos qué haría entonces. Y lo que hizo es lo siguiente: sacó la cinta de Mozart, la guardó en su estuche y puso a continuación el *Réquiem* de Brahms. Resulta incluso divertido.

—Un hombre duro y vulnerable —dijo Levana con una cierta mala intención cuando bajamos del coche.

Luego esperamos a verle dar la vuelta y le miramos mientras se alejaba.

Ese fue el final del viaje. Aunque hay algo más. Una cosa más, una sorpresa. El joven Iker nos había dejado una carta. Levana la encontró sobre la mesa de la cocina y me llamó para enseñármela. Había dejado una carta antes de irse. Qué curioso. En ningún momento se me habría ocurrido pensar que fuera capaz de hacer una cosa así.

Naturalmente los seres humanos están ahí. Para bien o para mal. Nos acordamos a menudo de ellos y los echamos de menos. Cuando estamos alejados, nos acordamos de los seres humanos que llenan las ciudades y pensamos que sería maravilloso poder mezclarse con ellos, perderse en las multitudes y dejarse llevar por la horda entrañable que abarrota las calles.

Pero cuando lo hacemos, cuando al fin decidimos hacer una excepción y abandonar por unas horas nuestro oscuro agujero, cuando, cansados de añorar a los seres humanos nos permitimos esa pequeña claudicación y decidimos acercarnos a

ellos para sentir de nuevo su contacto y su calor, entonces resulta que no soportamos ni un minuto ese contacto ni ese asqueroso calor. No sabemos qué hacer ni qué decir ante esos seres humanos desconocidos. De pronto, toda esa nostalgia de los seres humanos se transforma en una especie de cansancio de los seres humanos y de aburrimiento espantoso por toda esa abundancia de gestos humanos. Y de inmediato nos reprochamos a nosotros mismos el haberlo olvidado una vez más.

En la distancia (y más cuando se habita en el valle de las nieblas perpetuas), los seres humanos resultan entrañables. Hay algo en ellos, algo en verdad pese a todo radicalmente triste y conmovedor, que nos inspira una infinita ternura. Querríamos acercarnos a ellos, a cada uno de ellos, muy lentamente, y acariciarlos con suavidad, y abrazarlos una y mil veces y protegerlos de todo mal. Querríamos, por ejemplo, quitarle su pesada bandeja a la camarera del restaurante y pedirle que se sentara a nuestro lado y descansara un poco. Querríamos susurrarle al oído las palabras más amables y evitarle el roce con todo tipo de objetos peligrosos, y cogerle las manos con sumo cuidado, por las muñecas, para estar soplando sobre ellas durante toda la eternidad. O querríamos también tenderle nuestro pañuelo al taxista del réquiem, al amante de las marchas fúnebres, al degustador de kiries y lacrimosas. Estaríamos dispuestos a sostenerle un momento por los hombros, a enderezarle la espalda, a limpiarle las solapas de la americana y a prestarle nuestro pecho para que sollozara dulcemente y sin temor alguno durante un buen rato. Pero por supuesto todo eso es imposible. Ni siquiera lo comprenderían. En seguida alzarían una ceja y nos escrutarían con desconfianza. Y, acto seguido, sospecharían de nosotros y seguramente tratarían de atribuirnos alguna oscura intención. Pensarían que queremos conseguir algo de ellos y nos rechazarían y se apartarían atemorizados.

Los seres humanos están ahí, eso es innegable. Van de un sitio a otro, llenan las ciudades. A veces creemos escuchar su rumor y los echamos de menos. A veces querríamos incluso abrazarlos y librarlos de todo mal. Esa es nuestra grandeza. Pero a la vez esa es también nuestra miseria. Porque si por una parte estamos inclinados al amor y a la bondad, por otra estamos condenados, no es ningún secreto, a la frustración constante de ese amor y al ultraje constante de esa patética bondad.

Por alguna razón, siempre he desconfiado de las cartas escritas. Cuando murió mi abuelo, sus herederos (mi padre y sus hermanos con sus respectivas familias) se reunieron aquí, en este despacho, para asistir a la lectura del testamento. En realidad se trataba de un acto meramente protocolario, puesto que todos conocían de antemano el contenido de ese testamento y lo aceptaban sin condiciones. De manera que, en ese sentido, no había que temer ningún tipo de disputas o sorpresas desagradables, lo cual ya era bastante. Pero añadido al testamento, había un sobre cerrado con una escueta carta que mi abuelo había escrito poco tiempo atrás, y eso, la lectura de esa carta, sí

supuso una pequeña sorpresa. O grande, según se mire, porque lo que venía a decir allí, con palabras sencillas y sin ningún énfasis, es que su vida había sido maravillosa.

Así de claro. Que su vida había sido maravillosa, que había sido inmensamente feliz y que quería aprovechar ese momento final para despedirse en paz y dar las gracias a todos los presentes, pues tenía el triste convencimiento de que durante demasiado tiempo había sido incapaz de expresar adecuadamente el enorme agradecimiento que sentía hacia ellos.

Imagino que al oír esas palabras no faltaría quien sonriera con dulzura, o incluso quien derramara a placer unos cuantos lagrimones sentimentales, pero la mayoría de los asistentes, y en particular los cinco hijos del muerto, se miraron unos a otros con gesto perplejo, preguntándose si aquello era, como parecía, la confesión sincera de alguien que se despide en paz de la existencia, o la declaración más venenosamente cínica y perversa que habían oído en su vida. Y por supuesto se quedaron con la duda. En cualquier caso, se tratara de una cosa o de la otra, lo que sí quedaba absolutamente claro es que el hombre que había escrito aquello era un perfecto desconocido para ellos.

Mi padre, cada vez que recordaba esa escena, reproducía la misma mueca de estupor y negaba varias veces con la cabeza para acabar encogiéndose de hombros, esperando únicamente que le respondiéramos con una sonrisa benévola. No aspiraba a más.

Matías Ochoa, por su parte, en una de sus primeras cartas desde la prisión, citaba unos extraños versos alemanes para dar a entender que también él, en su descenso a ese espantoso pozo de soledad en el que se precipitó voluntariamente, había alcanzado una especie de beatitud. Se sentía, al fin, en paz con la existencia. Y con el universo entero. Y me escribió para decírmelo.

Está visto que la gente quiere contar esas cosas. Esas revelaciones de última hora. Y al parecer las cartas son el medio adecuado. Suponemos que nadie va a tomarse la molestia de fingir ya ahí, al final del camino, y en consecuencia estamos dispuestos a creer al pie de la letra todo lo que quieran contarnos. Sobre todo si lo dejan por escrito. Cuando lo más sensato sería pensar que, precisamente por eso mismo, esa presunta hora de la verdad se convierte en una ocasión inmejorable para desquitarse del mundo y darle la vuelta a todo. Quizá sea esa la razón por la que instintivamente tiendo a desconfiar de ese apremiante tono de autenticidad que suele impregnar las cartas desde el abismo, y en general todas las cartas.

Pero también el joven Iker escribió una carta. Su carta. Y la dejó en la mesa de la cocina para que la encontráramos al volver de la ciudad. Levana la cogió y la abrió en el acto. Se trata de una carta muy similar a las dos anteriores y por eso he querido mencionarlas previamente. No es, por supuesto, una carta de la última hora. Pero tiene un tono muy parecido. Tanto que hasta me dio miedo. Literalmente dice: «Esto

no es una despedida porque pronto volveré. He pasado en esta casa el año más feliz de mi vida. Además quiero arreglar el molino de Izarin y quedarme a vivir aquí para siempre». Nada más. Luego firma con su nombre y añade una rúbrica exagerada. Pero es curioso: se refiere a las mismas cosas. En el fondo dice lo mismo que las otras cartas. El chico de los ojos helados que justamente sabe sostener un lápiz con los dedos y escribir parándose en cada letra, también habla de la felicidad y de una vida «para siempre». Después de casi un año sin hacer nada, medio escondido y prácticamente sin abrir la boca, ahora dice que quiere vivir y que quiere hacerlo aquí, lo mismo que mi abuelo, lo mismo que Matías Ochoa, en el valle más rematadamente escondido y oscuro en mil kilómetros a la redonda. Y encima le creo. Y Levana también. Termina de leer la carta y vuelve a leerla en voz alta. Y luego me la entrega para que la vea. Y yo vuelvo a leerla una vez más. Y luego otra vez. Hasta que naturalmente me la aprendo de memoria. Peor aún: me resulta prácticamente imposible quitármela de la cabeza.

Tengo que hablar, no obstante, de la extrañeza de seguir siendo uno mismo. A menudo me sorprendo parado ahí, en mitad de la escalera, junto a una puerta, sin saber qué pensar. Aunque, por supuesto, lo peor muchas veces es pensar.

Creemos que todo ha cambiado pero no es así. Creemos que somos otras personas, que nos hemos librado al fin del pasado y que ya no tenemos nada que ver con aquel ser de nuestra antigua vida, y sin embargo seguimos siendo el mismo a pesar de todo. Lo que quiero decir es que hay algo que se complace en no haberse alterado con el paso del tiempo.

Encuentro a Levana sentada en la cocina a media tarde comiendo una mandarina con la mirada perdida, y el mero hecho de verla allí me obliga a admitir que no soy un recién llegado, ni un aparecido, y que conozco todo eso desde hace ya mucho tiempo.

Para empezar, sé muy bien qué es eso de comerse una mandarina. Recuerdo perfectamente el sabor de las mandarinas, a pesar de que hace ya muchos años que no he probado ninguna. Y entiendo también el significado de estar sentado ahí. El significado de ese estar sentado en una cocina a media tarde masticando algo lentamente, una mandarina o cualquier otra cosa. Conozco todo eso a la perfección. Y porque lo conozco a la perfección, sé también lo que va a ocurrir después.

Sé que Levana me va a mirar. Sé que va a tener que alzar un poco los ojos para mirarme a la cara y verme ahí, junto al marco de la puerta. Y sé que ella, consciente de que he visto su soledad, me va a pedir que me siente a su lado, en la misma silla en que me siento todas las mañanas para desayunar. Y sé que me va a ofrecer una mandarina. Me va a decir que coja una, que están buenas. Y yo voy a hacerle caso. Yo voy a hacerle caso en todo.

Voy a sentarme a su lado y voy a coger esa mandarina. Y voy a hablar con ella de cualquier cosa durante un buen rato. Como si no hubiera ocurrido nada. Como si nunca ocurriera nada y hubiéramos estado siempre ahí, sentados ante esa mesa como sentados ante la eternidad.

Tan pronto entramos en el tiempo como salimos de él. A veces ni siquiera nos damos cuenta, pero entretanto cae la noche y, al cabo, nos sorprende comprobar que llevamos mucho rato a oscuras y que es necesario encender la luz y preparar la cena un día más.

En Nochebuena Levana y yo estuvimos cenando en casa del guarda Etxauri. Por fin conocimos a su mujer, Iciar Beire. A quien no conocimos es al hijo de ambos. No había podido venir. Por lo visto, les había avisado en el último momento y todavía estaban un poco decepcionados. Ella hizo un gesto de graciosa pesadumbre resignada y añadió como única explicación:

—Tiene veinticinco años. Está muy ocupado.

Y a continuación se encogió de hombros levantando las palmas de las manos. El guarda Etxauri asintió mirando hacia nosotros.

Iciar Beire llevaba un jersey ancho de lana roja y unos pantalones vaqueros muy usados. Se había pintado ligeramente los ojos y los labios, pero el pelo, rubio, se lo había recogido atrás con una goma de manera despreocupada. Ese aparente desaliño le sentaba muy bien y ella lo sabía perfectamente.

Ni Levana ni yo la conocíamos con antelación. El guarda Etxauri se había referido a ella alguna vez, pero siempre de manera fortuita y sin entrar mucho en detalles. Nos había hablado de ella, sí, pero sólo a propósito de otras cosas. Nunca directamente. Como si en el fondo quisiera protegerla de nosotros y la mejor manera de hacerlo fuera mencionando su nombre pero sólo de vez en cuando.

Sin embargo, hay algo en ella que la convierte inevitablemente en el principal foco de atención. Y no sólo porque sea guapa. Ni porque esté sonriendo todo el tiempo. Es eso, pero también algo más: una especial manera de mostrarse y de estar.

Lo que más me llamó la atención en ella desde un principio fue la resuelta congruencia de todos sus movimientos. La confianza con que se situaba en el espacio y tocaba las cosas. No pasaba por encima de las cosas con manos frías e ingravidas como podría decirse tal vez de su marido, el guarda Etxauri. No esquivaba las cosas ni temía rozarlas. Sus manos eran cálidas y seguras. Manos que no vacilan. Que no necesitan, por decirlo así, pensar en sí mismas.

En realidad, todo su cuerpo poseía esa cualidad natural de no necesitar vigilarse a sí mismo, de modo que cualquier postura que adoptaba, cualquier movimiento, cualquier gesto, lo mismo al mostrar asombro ante una broma, como al servir el café o al apoyarse con los codos en la mesa, era siempre la postura, el movimiento o el

gesto más económico y adecuado a la vez.

No obstante, me sorprendió que a pesar de todo eso no resultara en absoluto una mujer accesible. El guarda Etxauri, con todo su silencio y su, a veces, onerosa y cargante conciencia desdichada, me parecía y me sigue pareciendo en el fondo mucho más cercano que ella.

Ella hablaba todo el tiempo. Hablaba sin miedo y por tanto sin prisa y sin énfasis. Como si las palabras después de todo no fueran peligrosas. Como si fueran inofensivas y nada de lo que ella pudiera decir corriera el riesgo de desencadenar la más mínima discordia. Poseía el don maravilloso de ahuyentar los malentendidos y llevar a buen término cualquier comentario, y a la vez que se interesaba por nosotros, por nuestras preferencias y opiniones, nos hacía saber las suyas constantemente: las cosas que le agradaban y las que le disgustaban. Tan pronto nos hablaba de su familia y se lamentaba por la ausencia de su hijo (del que dijo que se había convertido en «una especie de ingrato desconocido terriblemente ocupado»), como nos relataba con toda clase de detalles los pormenores de sus actividades cotidianas, desde la composición de guirnaldas y herbarios de hojas secas, hasta su afición a la decoración de interiores o el diseño de lámparas, platos y objetos de todo tipo.

Pero en el fondo daba la impresión de que todo lo que decía, lo mismo que su aparentemente descuidada belleza y la desenvoltura de sus movimientos y sus gestos, formaba parte de su ficción de la felicidad. Y eso fue, en efecto, lo que pensé. Lo felizmente oportuno y maravillosamente adecuado que resultaba todo en torno a esa mujer. Hasta la melancolía de su marido parecía contribuir a embellecerla. Como si al fin y al cabo también fuera ya algo que ella hubiera preparado con el máximo cuidado.

Naturalmente desconfiamos siempre de todo lo que resulta demasiado adecuado. No podemos soportar que algo resulte demasiado adecuado e inmediatamente desconfiamos de ello. Y no podemos soportarlo porque no podemos creerlo. Porque nada puede ser demasiado adecuado, en realidad. Por eso necesitamos encontrar pequeños desajustes y pequeños errores constantemente. Necesitamos los pequeños errores como el aire que respiramos. Necesitamos ver de vez en cuando un desfallecimiento, una flaqueza, una fisura en la copa. Porque de lo contrario no nos creemos nada. Por eso cuando algo empieza a ser demasiado adecuado deja inmediatamente de parecernos adecuado. Enseguida sospechamos que hay un engaño y que el esfuerzo que se realiza para ocultar ese engaño es enorme e inútil.

Por eso, cuando al final de la noche, Iciar Beire dijo que, desde que había dejado su empleo en la ciudad, se había encontrado a sí misma, cuando dijo que se había recuperado a sí misma y que había hecho realidad sus sueños, que había alcanzado la serenidad que siempre había buscado y que ahora era por fin inmensamente feliz, todos (incluso su marido, el guarda Etxauri, que apartó la mirada con una sonrisa

fatigada), nos quedamos muy callados. Demasiado callados. Tan callados, de hecho, que por un momento el silencio que se creó allí parecía un lago de tristeza.

Aunque, después de todo, quizá sea la ficción lo mejor que tenemos. La ficción. Quizá sea lo único que tenemos. Quizá, después de todo, no haya otra cosa que ficción y todo sea ficción de una u otra manera. Quizá no haya nada que, después de todo, no sea una pura ficción. Es decir, que quizá no haya felicidad. Quizá no pueda, de ninguna manera, haber felicidad. Algo de lo que poder decir: esto es la felicidad. Sino sólo «la ficción de la felicidad».

Y lo mismo podría decirse del amor y de todo lo demás. Quizá no haya amor, después de todo, sino sólo «la ficción del amor». Quizá no haya noche, sino sólo «la ficción de la noche». Y del mismo modo, quizá no haya Marías Ochoa, sino sólo «la ficción de Matías Ochoa». Quizá no haya Levana, guarda Etxauri o Iciar Beire, sino sólo «la ficción de Levana», «la ficción del guarda Etxauri» y «la ficción de Iciar Beire». Y finalmente, incluso, quizá no haya ni siquiera dolor, sino sólo «la ficción del dolor».

Quizá todo sean ficciones y al fin y al cabo tengamos que aceptar esas ficciones. Quizá tengamos, después de todo, que creer con todas nuestras fuerzas en esas ficciones. Quizá tengamos que tragarnos todas las ficciones y quererlas o aborrecerlas sólo en tanto que ficciones. Quizá naturalmente, después de todo, la vida sólo sea una ficción y no nos quede otro remedio que hacer la vida sirviéndonos de los principios de la pura ficción, y de los procedimientos de la pura ficción, y de los fines de la pura ficción.

No obstante, no siempre es fácil admitir que todo sea una pura ficción. Está el despacho, está la chimenea encendida y la biblioteca llena de libros. Está la mesa, con la caja de los lápices y el cuaderno, y la colección de relojes expuesta a la vista. Y está también la ventana, a mi izquierda, desde la que veo una parte del jardín, la hilera de almendros y la carretera de Basart al otro lado de la tapia. Y un poco más allá está el pequeño cementerio con sus tres cipreses, la ermita de piedra, los pastizales y los bosques. Y la niebla gris. Sería mucho decir que todo eso es ficticio. Que son vacas ficticias pastando en prados ficticios las que estoy viendo ahora mismo allá a lo lejos.

Ni siquiera el jardín pasaría por ser una buena ficción. Difícilmente podría encontrarse una ficción de jardín tan desvencijada como esta. Hará más de diez años que nadie trabaja en él y, desde luego, eso se nota. Tampoco antes, en realidad, lo atendía nadie. Me refiero a atenderlo de verdad, a dedicarle tiempo y cuidados especiales. Nunca se hizo. Mi madre se limitaba a cortar sus rosas y a recoger unos cuantos membrillos para aromar los roperos, y mi padre lo limpiaba sólo muy de vez en cuando. Pero de todas formas tenía buen aspecto. El aspecto que tiene el jardín de

una casa en la que hay vida. Quizá era ahí a donde inevitablemente tenía que llegar. Porque, en efecto, lo que ahora parece es el jardín de una casa deshabitada. En ese sentido sí podría ser ya casi un jardín de ficción. Pensándolo bien, su aspecto actual se corresponde perfectamente con lo que sería la ficción de un jardín abandonado. Un jardín invadido por la maleza, todo el mundo conoce esa imagen. De hecho, la casa entera tiene ese aspecto de casa deshabitada. Levana y yo llevamos ya más de tres años aquí y al parecer aún no hemos conseguido que la casa se dé cuenta de nuestra presencia.

Es una casa enorme y la mayoría de las ventanas siguen cerradas, pero quizá habría que ir pensando en abrirlas de par en par. Quizá, después de todo, convendría abrirlas de par en par. Aunque sólo fuera para evitar que en el valle empiecen a decir que nunca las abrimos y que estamos locos o cualquier otra cosa.

Llegamos aquí de una manera furtiva. Fuimos enviados aquí e instalados aquí como dos exiliados del mundo. Fuimos arrancados del mundo y metidos en un tren, y en cuestión de horas trasplantados aquí e instalados aquí como en una herida. Ya he hablado de eso. Fuimos instalados aquí y abandonados aquí con la idea de que no habría mejor refugio para un convaleciente medio idiotizado que la supuestamente idílica casa de la infancia en el límite del mundo. De modo que nos abrieron la casa y nos dejaron solos. Pero, en sentido estricto, nosotros no nos abrimos a la casa. Ni nos abrimos a la casa ni entramos en ella hasta mucho tiempo después.

Que se trate de la casa de mi infancia, en contra de lo que podría parecer, no me ha facilitado las cosas. Todavía no he subido al desván, por ejemplo. Ni he entrado en muchas habitaciones. Y quizá tarde tiempo en hacerlo.

Levana y el joven Iker sí lo han hecho. Han recorrido toda la casa. Han explorado hasta el último rincón. Conocen su estado actual mucho mejor que yo. Han abierto todas las puertas y han mirado en el interior de todos los cajones. De vez en cuando Levana menciona algún objeto que ha encontrado y quiere aprovechar. O se acerca al despacho y me enseña algún hallazgo. Y siempre lo hace con un cierto temor: con una curiosa mezcla de reverencia y expectación.

Hace unos días, se acercó con un juego de tazas de porcelana que había pertenecido al ajuar de mi madre y noté cómo, al entrar en el despacho, su inquietud las hacía temblar sobre la bandeja. Yo no sé lo que es la vida, pero si la vida es algo, si hay algo que sea la vida, tiene que estar muy cercano a esa clase de temblor. Para eso tienen que servir las tazas antiguas y todo lo demás. Tazas antiguas, jardines abandonados, ficciones y memoria: para eso tienen que servir.

Enero

Año nuevo y por fin la nieve. Ha estado nevando toda la noche sin interrupción.

Empezó suavemente poco después de las diez y no ha parado hasta el amanecer. Levana ha estado todo el tiempo despierta: leyendo y mirando por la ventana, sin poder dormir. Y aún seguía inquieta durante el desayuno.

Ahora son las once de la mañana y el paisaje está completamente blanco. Blanco y luminoso, con un sol radiante en el cielo azul. Como si todo estuviera bien. Como si, al fin y al cabo, fuera posible olvidar y abrir otra vez los ojos en un mundo intacto.

Por la tarde vamos paseando Levana y yo hasta el molino de Izarin. La temperatura es buena y ella quiere verlo. Quiere conocer el lugar. Nunca lo ha visto antes y al comprobar la atracción que ha ejercido sobre el joven Iker quiere verlo con sus propios ojos.

—Ese lugar misterioso —dice.

Así que nos preparamos y salimos temprano, después de comer. El suelo está en buen estado. No obstante, tomamos precauciones: vamos bien equipados, caminamos con cautela.

Justo al abandonar la pista y entrar en el bosque, se nos aparece, de repente, el perro cojo. Siempre es igual, ¿de dónde sale? Se queda observándonos a un lado, como si tratara de averiguar nuestras intenciones, ¿qué hacemos ahí? Nos mira directamente a los ojos, nos olfatea, finge mirar para otro lado. Cuando se decide a acompañarnos parece que fuera a hacernos un favor. Se adelanta, se detiene, nos espera: se asegura de que le seguimos. Como si realmente se preocupara por nosotros. Como si a cada paso nos dijera: «Tened cuidado, por favor, venid por aquí».

Lo cierto es que no se trata de un simple paseo. El desnivel, en algunos tramos, es muy pronunciado y el camino, que al principio es ancho y fácilmente reconocible, se va estrechando y borrando a medida que se interna en los sucesivos bosques. Probablemente, con buen tiempo y conociendo bien el terreno, el joven Iker no tarde más de cuarenta o cuarenta y cinco minutos en hacer todo el trayecto, pero a nosotros nos cuesta más de dos horas. No queremos apresurarnos. Vamos hablando; de vez en cuando nos detenemos y admiramos el paisaje.

Cuando llegamos arriba son más de las cinco. El cielo sigue azul, pero el sol ya está bajo. Cruzamos el puente y nos acercamos al molino. No tiene muy buen aspecto. Ruinas cubiertas por la nieve en medio de un paisaje helado. Levana se queda parada con las manos en los bolsillos y mira a derecha e izquierda con la respiración todavía agitada. Parece decepcionada por el terrible aislamiento del lugar.

—No se puede vivir aquí —dice en voz baja—. Este no es un buen lugar para vivir.

En ese momento estoy totalmente de acuerdo con ella y se lo hago saber con un gesto. La nieve es despiadada con las ruinas: añade desolación a las piedras caídas. Y lo impregna todo con una especie de vastedad inhumana.

—Es una locura —añade.

Nos quedamos un rato contemplando los alrededores; tratando de hacernos una idea de cómo sería la vida ahí: en la soledad más absoluta, sin ver a nadie durante días y días. O incluso meses.

De pronto, empieza a oscurecer a toda velocidad. Es algo muy repentino y nos alarmamos un poco. En cuestión de minutos el cielo se cubre de nubes, empieza a soplar un viento gélido y la temperatura desciende varios grados. Levana y yo nos miramos a los ojos y nos decimos que es preciso regresar lo antes posible.

Volvemos a cruzar el puente y emprendemos el regreso por donde hemos venido. En menos de media hora cae la noche. De todas formas, el resplandor nocturno de la nieve hace que la oscuridad no sea completa. Podemos seguir el sendero sin grandes problemas. Además está el perro para indicarnos el camino correcto. Si todo va bien, vamos a tardar unas tres horas en llegar a casa, eso es lo que pensamos. De modo que tratamos de armarnos de paciencia y tomarnos la cosa con tranquilidad.

Cuando dos personas caminan juntas en medio de la oscuridad de la noche, y más si las condiciones ambientales son duras, hace frío, desconocen el suelo que pisan y sólo sueñan con llegar a una casa, entrar en una habitación caldeada y poder descalzarse y tomar algo caliente frente a una chimenea encendida, en esos momentos, digo, aunque no se conozcan, aunque no sepan nada el uno del otro, aunque sean nada más dos extraños que acaban de encontrarse y sólo sigan juntos para hacerse compañía bajo las estrellas, se establece entre ellos una complicidad incondicional, una especie de confianza inmediata, algo que nada tiene que ver con sus vidas anteriores, ni con lo que hayan hecho hasta entonces, y sí probablemente con la certeza de que están solos, de que están completamente solos en medio de la oscuridad y de que ninguno de los dos abandonaría al otro si surgiera algún problema. Y esa certeza, esa confianza, puede llegar a ser de tan alto rango que, por un instante, todo lo demás pierda su importancia. Sus vidas privadas se difuminan y dejan de preocuparles, y de pronto se sienten ligeros y alegres, e incluso llegan a aminorar indeliberadamente el ritmo de su marcha para prolongar esa sensación.

Finalmente llegamos a casa antes de lo previsto. Estamos agotados pero nos sentimos extrañamente bien. Nos descalzamos y nos cambiamos de ropa, y mientras yo enciendo la chimenea, Levana va a la cocina, prepara unas tazas de té y vuelve enseguida con la bandeja.

Luego, ya frente al fuego, nos quedamos un buen rato sin hablar, escuchando el crepitar de las llamas y el sonido del viento en los pisos de arriba. Ella echa la cabeza hacia atrás y enseguida se queda dormida. Tiene la taza de porcelana entre las manos y yo me pregunto si debo quitársela para evitar que se le escurra y caiga al suelo. Pero no lo hago, no sé por qué. Unos minutos después, soy yo el que se queda dormido con la taza en la mano y entonces noto cómo ella sí se acerca a mí, me la

quita con cuidado y sale de la habitación sin hacer ruido.

Una noticia repentina: el alcalde Goñi ha sufrido un grave accidente de automóvil. Ha sido un accidente nocturno (entre la una y las dos de la mañana) y al parecer han tardado en socorrerle. Iba solo y se ha salido de la carretera; no se sabe por qué.

El guarda Etxauri viene temprano a darnos la noticia.

—Todavía no se conoce el alcance de las lesiones —dice.

Nos quedamos esperando, pero no sabe mucho más.

—Aunque parece que su vida no corre peligro —añade luego.

El hecho de que el alcalde Goñi se haya convertido en algo así como mi enemigo oficial no quiere decir que me alegre de lo ocurrido. Nada de eso. En realidad, como enemigo es muy alentador. Es incapaz de sentir verdadero rencor porque carece de los inconvenientes de la imaginación y está convencido de la importancia de su empresa. Tiene de sí mismo un concepto elevado, pero no en un sentido moral sino meramente pragmático. Piensa que ha sido elegido para hacer algo por el bien de todos. Nada más. Así pues, yo no soy para él un malvado, sino sencillamente un obstáculo. Un pequeño problema que debe resolver. Y está seguro de que lo hará. Porque además es tenaz. Decide una cosa y la lleva a cabo hasta el final. Poca imaginación, mucha tenacidad: una fórmula quizá demasiado esquemática, pero que funciona en la mayoría de los casos. Por eso es para mí el enemigo ideal. Porque si algo necesito ahora es tenacidad, y su tenacidad será la mía.

—Espero que se restablezca pronto —digo al final.

Levana deja lo que tenía entre manos y se vuelve para mirarme con el ceño fruncido. Y también el guarda Etxauri. Ambos se me quedan mirando, un instante. Como si les sorprendiera lo que acabo de decir. Pero ninguno de los dos comenta nada. Ninguno de los dos tiene nada que alegar al respecto. Los miro atentamente pero ni siquiera sonrían.

El alcalde Goñi vive con dos hermanas, las hermanas Huarte, en una pequeña casa en el centro de Basart, cerca del Ayuntamiento. Las hermanas se ocupan de todo. El sólo tiene que dejarse cuidar y confiar en lo que ellas hagan. Pero no se llevan bien entre ellas, todo el mundo lo sabe.

Se han repartido las tareas de la casa y actúan sincronizadamente consiguiendo en cada momento un ajuste perfecto sin necesidad de dirigirse la palabra. Mientras una de ellas plancha las camisas del alcalde Goñi, la otra le prepara sus platos favoritos. Digamos que su armonía depende de lo mucho que callan los tres y de lo bien que parecen soportar la relativa molestia que en ocasiones pueda suponerles tanto silencio. El silencio soporta enormes monolitos.

Por la mañana, durante el desayuno, Levana y yo hemos estado hablando de las hermanas Huarte. Ella me dice que es incapaz de distinguirlas.

—Son demasiado parecidas —dice—, y nunca se las ve juntas.

Para bien o para mal, todo el mundo acaba pareciéndose al que tiene más cerca. Si fuéramos capaces de permanecer el tiempo suficiente junto a un zarzal probablemente acabarían saliéndonos espinas. No es raro pues que dos hermanas que viven con el mismo hombre, aunque no se hablen, aunque no se miren a la cara, acaben adoptando los mismos ademanes, la misma forma de vestir o el mismo peinado. E incluso, me atrevería a decir, las mismas ilusiones y los mismos temores.

—Yo conocí a la mayor de las dos —digo—. Se llama Helena. Tiene los mismos años que yo. Salió de aquí siendo muy joven pero por alguna razón ha tenido que volver.

—Eso no suena muy bien —dice Levana haciendo un gesto con la cabeza.

Por la tarde me encuentro con ella en la carretera, con Helena Huarte. Viene conduciendo su propio coche a escasa velocidad y le hago una seña para que se detenga. Ella detiene el coche y asoma un poco la cabeza por la ventanilla. Hacía más de veinte años que no veía esa cara de cerca y sin embargo sigue siendo tal y como yo la recordaba. Ojos separados, pómulos altos. La misma cara, aunque con la piel bastante estropeada. Y demasiado pálida. Lleva el pelo suelto, no muy largo, y sonrío sin despegar los labios, con una sonrisa fatigada, esperando que hable yo primero.

Cuando me intereso por el estado del alcalde Goñi, ella sale del coche y mientras se pone el abrigo dice que ha recuperado la consciencia y que al parecer ya está fuera de peligro.

—Pero tiene las piernas destrozadas —añade a continuación—. Es muy probable que no pueda andar nunca más.

Me quedo mirándola un instante. Se ve que está cansada, probablemente venga del hospital y haya pasado la noche en vela, pero no hace nada para darme a entender que tenga prisa en llegar a su casa. De hecho se enciende tranquilamente un cigarrillo y eleva la mirada hacia las cumbres nevadas. Luego expulsa el humo con un gesto acaso un tanto melodramático y dice que hacía mucho tiempo que no se paraba a contemplar «la enorme belleza de todo esto». Como si fuera una extraña en un país desconocido.

Helena Huarte salió huyendo de aquí cuando tenía poco más de veinte años, como muchos en aquella época, pero por alguna razón se ha visto forzada a volver. En realidad, acababa de hacerlo cuando llegamos Levana y yo. La recuerdo como una chica alegre y segura de sí misma, pero ha cambiado. Tenemos, como digo, la misma edad y durante los veranos de nuestra juventud solíamos hablar y pasear juntos de vez en cuando. Su hermana, siendo unos años menor que ella, nunca intentó salir del valle. Pero ella tenía muy claro que no quería vivir aquí. Le gustaba la música y el

teatro, y probablemente haya intentado abrirse camino como bailarina o algo así. Bailaba muy bien y decía que lo suyo era el arte y «la vida bohemia». Pero la Helena que tengo ahora delante no es ya aquella joven que conocí. Supongo que algo grave ha tenido que pasarle para que aceptara volver. Nadie vuelve a un sitio como éste así como así. Y ahora se siente atrapada. No quiero preguntarle nada al respecto porque me da la impresión de que no debe ser un asunto agradable para ella. Aunque quizá esté deseando que le pregunte; eso nunca se sabe.

Mira las montañas y el viento le desordena el pelo sin que ella haga nada por evitarlo. En los momentos de máxima desesperanza, la gente busca una especie de belleza exterior. Se olvidan de cosas como el bien o la verdad y se aferran a algo tan banal como es la belleza de un paisaje nevado. Cuando termina el cigarrillo endurece el gesto y dice que tiene que marcharse. Su hermana se ha quedado en el hospital.

—Nos turnamos cada veinticuatro horas —me explica sin que le pregunte.

Luego entra en el coche y enciende el motor. Le digo que me he alegrado mucho de verla y ella asiente brevemente con la cabeza, pero no dice nada más. Entonces me fijo que, al cerrar la portezuela se ha dejado fuera una esquina de su abrigo azul y me quedo mirándola mientras se aleja. La sola visión de ese pequeño trozo de paño azul me hace caer en la cuenta de la enorme tristeza que la envuelve.

—Todas las historias están ya escritas —dice Levana—, todos los cuentos están ya contados.

Pero aunque todas las historias están ya escritas y todos los cuentos están ya contados y todos los relatos están ya relatados, siempre hay que escribirlos una vez más y contarlos una vez más, y relatarlos de nuevo, desde el principio, pormenorizadamente, una vez más. Siempre hay que volver una vez más sobre todas y cada una de las historias y los cuentos, y seguir analizando lo que allí sucedió. Las circunstancias que concurrieron en cada caso. Las palabras que fueron pronunciadas y las que se omitieron. La dicha o la desgracia que cada gesto desencadenó.

Levana me enseña un pequeño volumen de tapas duras forrado con tela roja desvaída y me habla de la historia que en él se cuenta: dos hermanas comparten su vida con el mismo hombre en una casa grande y sombría, en las tierras bajas.

—Todas las historias están ya escritas —repite Levana frente a la chimenea.

Dos hermanas comparten su vida con el mismo hombre, pero en el fondo no se parecen en nada la una a la otra. Una es clara, su corazón late con fuerza, ama la belleza y da largos paseos por el bosque que tan pronto le colman de alegría como de tristeza. La otra es fría y reservada, oye a través de los muros, aparece cuando menos se la espera, nunca sale de casa y cuando lo hace es soberbia y distante. El hombre es incapaz de elegir entre ellas. Probablemente se trata de un personaje elevado o del último representante de un antiguo señorío. Ama tiernamente a la primera, le gustaría protegerla y rodearla de atenciones, pero la segunda le envuelve en sus intrigas,

despierta su ambición y lo maneja como a un niño. Un día el hombre sufre un terrible accidente, se cae del caballo o cualquier otra cosa, y ambas se turnan día y noche para cuidarle. Al llegar a este punto Levana se detiene y señala de nuevo el libro con una sonrisa.

Su habitación está llena de libros. Hay un montón de sillas con pilas de libros. En realidad, eso es lo único que posee en este mundo, libros. Libros franceses, libros alemanes. Pero sobre todo libros ingleses. La historia completa de la literatura inglesa en pequeños volúmenes forrados en tela de distintos colores. Según me dice, los adquirió por muy poco dinero durante los años que vivió allí. Y los ha leído prácticamente todos. De modo que su cabeza tiene que estar llena de esas historias. Historias y cuentos de todas las épocas y estilos.

—¿Qué ocurre luego? —le pregunto refiriéndome al desenlace de su libro.

—Es fácil —dice—. Una de las dos tendrá que desaparecer.

—¿Cuál de las dos?

—Desaparecerá la hermana intrigante. El hombre se quedará con la más dulce. La otra morirá o sencillamente se marchará.

—¿Se marchará? ¿Seguro? ¿Y ese será el final?

—Ese es un bonito final. Pero en realidad podría ser el comienzo de un nuevo conflicto.

—¿Qué conflicto?

—Digamos que su amor tampoco dura.

—Claro que también podría ocurrir todo al revés —digo.

—Sí. Podría ocurrir que la hermana intrigante consiguiera expulsar a la más dulce y quedarse con el hombre —admite ella.

—Y al final cambiar completamente y convertirse en algo parecido a una buena esposa —añado yo.

—Nunca se sabe qué es lo más triste —dice ella meneando la cabeza.

—Y entonces, ¿qué ocurriría con la otra? ¿A dónde iría?

—¿A dónde va una chica buena de cuarenta años?

—A comenzar otra triste historia.

—Puede conocer a alguien o no conocerlo. Puede tener un golpe de suerte o caer en el pozo más oscuro y después ser salvada por un ángel o corrompida por un demonio.

—O puede que nadie se ocupe de ella —digo.

—Sí —dice Levana con una sonrisa—. También podría tener esa suerte.

Dice que el desenlace de la historia no tiene mayor importancia. Que en el fondo todas las historias están ya escritas. Pero luego, tras una pausa, dice que sin embargo siempre es preciso escribirlas una vez más, pensarlas una vez más. Enlazarlas y desenlazarlas una vez más.

—Hay cosas que uno siempre tiene que pensar de nuevo —añade al final—, cosas que sólo al cabo de mucho tiempo se hacen visibles.

Primeros días del año.

Acaba de salir el sol y de repente se ha iluminado una vez más la superficie de la mesa y la caja de lápices. La chimenea está encendida y tengo que pasar la mano por los cristales para poder mirar al exterior.

Son las doce de la mañana. El paisaje sigue completamente blanco. Y el cielo completamente azul.

Ahora voy a dejar de escribir y voy a quedarme aquí sentado un poco más. Sin hacer nada. Mirando por la ventana. Quiero mirar despacio esta luz de enero, la luz de esta mañana soleada.

Quiero mirar esta luz y quedarme con ella por si en los días futuros nos faltara. Por si el invierno fuera largo y la oscuridad llegara a hacerse demasiado terrible en los días futuros.

He notado una cosa: cada vez dedico más tiempo a hojear el periódico del día. No sé si es un signo de salud, no estoy seguro. Antes ni siquiera podía tocarlo. No lo soportaba. Me parecía algo sucio. Pero ahora soy capaz de sostenerlo y hojearlo con naturalidad durante un buen rato. No es que se trate de nada excesivo, no pretendo decir que me haya convertido de pronto en un devorador de periódicos, o algo por el estilo. Nunca, ni en el peor de los casos, he conseguido superar los quince minutos de periódico. De hecho, a partir de los quince minutos empieza a darme vueltas la cabeza y tengo que dejarlo. Pero, en cualquier caso, dedicarle quince minutos diarios al mundo lo considero ya de por sí más que suficiente.

Levana compra el periódico todos los días del año y lo lee despacio, en la mesa de la cocina. En el segundo piso hay una galería acristalada en la que da el sol de la tarde y al final una terraza descubierta con baldosas rojas en la que mi madre solía tender la ropa. Levana ha elegido esa galería como su lugar para leer en las tardes de invierno. Cuando hace buen tiempo sale al jardín, pero en invierno sube ahí, se acomoda en una mecedora desvencijada, junto a una pequeña mesa de costura, y se pone a leer sus extensos novelones tras los cristales. Pero el periódico, como digo, lo lee en la cocina, por la mañana, mientras hierve la verdura en el fuego y escucha tranquilamente las canciones de la radio.

Todas las mañanas se dirige al pueblo a eso de las diez, compra el periódico y el pan, y algunas otras cosas necesarias, y antes de las once ya está de vuelta. Yo la veo aparecer por el camino, con su paso parsimonioso y su enorme abrigo de piel de nutria abrochado hasta el cuello. Luego pone a hervir la verdura y abre el periódico sobre la mesa para leerlo de principio a fin.

A mí, como digo, la sola visión del periódico abierto ya me resultaba insoportable

hasta hace muy poco tiempo. Ni siquiera consentía en tocarlo. Creía que por el mero hecho de tocarlo la tinta fresca iba a quedármeme pegada en las yemas de los dedos y que más tarde me resultaría imposible quitarla de ahí. Pero ahora todo eso ha desaparecido por completo. Ahora soy capaz no sólo de coger el periódico y sostenerlo abierto entre mis manos sin el menor escrúpulo, sino también de hojear sus páginas y leer los titulares de las noticias con absoluta normalidad. Aunque, naturalmente, paso por alto la mayor parte de las noticias y sólo me detengo en las llamadas noticias humanas, en la crónica de sucesos insólitos y terribles, o en las inquietantes páginas dedicadas a la divulgación científica y a los fulgurantes adelantos tecnológicos. Las porquerías de los políticos no me interesan lo más mínimo. Todos esos ademanes de los políticos, todas esas espantosas sonrisas de los políticos y los apretones de manos y las palabras vacías de los políticos, e incluso la humillación y el padecimiento que la mayoría de ellos dejan patéticamente entrever tras ese poco convincente barniz de autocomplacencia, todo eso me resulta ya nauseabundo y grotesco, y en cierto modo también insufrible y penoso. Ridículo y estúpido por un lado y triste y definitivamente sórdido por otro. Como, por regla general, tampoco me interesan los estudios sociales, ni los ponzoñosos artículos de fondo de los escritores profesionales.

Sin embargo, como digo, las noticias humanas, toda esa corriente imparable de crímenes y catástrofes azarosas y sobrecogedoras, ejercen sobre mí una fascinación que no puedo eludir. Las tragedias más horribles son relatadas una y otra vez con la mayor indiferencia y con la mayor frialdad. Las vidas más desoladas son contadas a toda velocidad, de principio a fin, sin omitir detalle. En veinte líneas cualquiera puede leer la historia completa de una existencia destrozada con nombres y apellidos. En menos de un minuto cualquiera puede tragarse las decenas de muertos del último accidente ferroviario, los cientos o los miles de víctimas y de muertos de la última gran catástrofe natural en cualquier rincón del planeta, los crímenes más absurdos y nefandos, y los gritos y lamentos de los más desvalidos. Cualquiera puede estremecerse con eso y erizarse con eso y tragarse todo eso en quince minutos con la mirada fija y el corazón disparado, y a continuación olvidarlo limpiamente y sin secuelas, librarse de toda esa carga de mierda y de dolor sin tener que realizar el más mínimo esfuerzo, con sólo cerrar despreocupadamente el periódico y arrojarlo otra vez sobre la mesa como si tal cosa.

Levana teme que un día vengan por ella, la obliguen a subir a un coche y se la lleven contra su voluntad.

Teme que un día se presenten aquí, con movimientos bruscos y apresurados, y que ni siquiera le concedan el tiempo necesario para hacer la maleta y empaquetar sus libros. O que se presenten con movimientos pausados y buenas maneras, y empiecen

a hacerle preguntas y a anotar todo, y a pedirle toda clase de documentos de identificación, visados, certificados y permisos de una cosa y de otra, y al final la cojan igualmente por el brazo y se la lleven para siempre. Eso es lo que teme: que un día llamen a la puerta, a una hora intempestiva, por la mañana, o a media tarde, cuando empieza a oscurecer. Que aparezcan de pronto, sin hacerse oír, en medio de la cena, o de madrugada, cuando está leyendo en su habitación, a punto de quedarse dormida, y que la saquen de la cama para arrestarla por la fuerza, la suban a un coche y se la lleven para siempre.

Al parecer ha imaginado ya muchas veces esa escena de todas las formas posibles. Ella se levanta por la mañana, se asoma a la ventana y los ve ahí, esperando bajo el nogal, como si llevaran mucho tiempo aguardando el instante oportuno. O está tranquilamente sentada en su mecedora, con su libro en las manos, y escucha el frenazo de un coche que se detiene ante la casa y el sonido del motor que se apaga y los hombres que bajan y se acercan sin hablar. O está en la cocina preparando la cena y, de repente, llaman a la puerta con golpes secos que retumban en todas las paredes de la casa.

Aunque en realidad no es que tema nada de todo eso, porque ya no hay nada que Levana pueda temer. No hay nada que, después de todo, pueda ya infundirle temor. Nada que pueda atemorizarla porque ya está curada de espanto, como vulgarmente se dice. Pero sabe que podría ocurrir. Es cierto que posee documentos de identificación, pero al parecer esos documentos de identificación dejaron de tener efecto hace ya mucho tiempo. Es cierto que posee, o poseía, también su visado especial y sus permisos y certificados y contratos firmados y profusamente sellados, pero todo eso ha dejado de tener efecto y en cualquier momento, según dice ahora por primera vez, podría ser arrestada y expulsada. En cualquier momento podría ser puesta en un avión contra su voluntad y enviada como un paquete postal a su país de origen. Quizá suene bien eso de país de origen, pero evidentemente Levana no quiere ya de ninguna manera regresar a ese país de origen. Ni siquiera reconocería ya la aldea en que nació. Quizá suene bien eso de la aldea en que nació, pero según dice ni siquiera existe ya la aldea en que nació. Al parecer, de hecho, no hay ya país de origen, ni aldea en que nació, ni lugar al que volver, para Levana.

Yo le respondo que probablemente se hayan olvidado de ella, que lo más seguro es que nadie venga a buscarla hasta aquí.

—Hasta este valle olvidado —digo.

Le recuerdo que yo mismo carezco de documentos de identificación. Que tanto ella como yo carecemos de importancia para ellos y que nadie va a molestarse lo más mínimo por nuestra causa. Que somos seres olvidados y que nadie puede ya expulsarnos de ningún lado porque, de hecho, ya hemos sido expulsados hace mucho tiempo. Que nuestras vidas son y tendrán que ser ya para siempre, a partir de ahora,

vidas sin esperanza y que, por eso mismo, quizá no esté todo perdido para nosotros. Porque quizá ser expulsado y carecer de documentos de identificación, e incluso carecer, de algún modo, de esperanza, no sea, después de todo, lo peor que puede ocurrirle a una persona. Es decir, que quizá sea incluso algo bueno, y que quizá deberíamos alegrarnos por ello y considerar que, de alguna manera, hemos tenido suerte o algo así.

Después de todo este tiempo aquí, con Levana, después de estos tres años y tres meses en esta casa de la infancia, escuchando los mismos ruidos del viento una noche tras otra y vistiendo un día tras otro las mismas prendas ajenas, las mismas camisas y chaquetas de lana con las mangas un poco demasiado largas, y los mismos pantalones un poco demasiado cortos, y sentándome en esta misma mesa, lejos de todo, para montar y desmontar una y mil veces los mismos preciosos relojes que mi padre atesoró a lo largo de toda su vida (los Vacheron & Constantin y los Audemars Piguet de Ginebra y los Oudin y los Breguet de París, y los Ferlucci de Milán y los Benson de Londres), y mirando por la ventana los cambios que se van produciendo minuto a minuto en la vegetación del valle; después de todo eso, después de todo este tiempo de regreso a la vida, de regreso, por cierto, indeliberado y sin esperanza, como digo, pero por otro lado también emocionante a veces, al menos en la medida en que alguien como yo pueda permitirse el lujo de hablar de emociones, después de todo este tiempo haciendo el máximo esfuerzo para olvidar y retrocediendo, por eso mismo, cada vez más atrás en pos de una especie de memoria primera, aún no he acabado de perdonarme a mí mismo (y no sé si lo conseguiré algún día) el hecho de haber sobrevivido y no estar muerto.

Que yo haya sobrevivido al gran dolor, que lo haya soportado sin morir, que haya, con el tiempo, recuperado la necesidad de hablar y la sonrisa interior, que sea ya capaz de pensar en arreglar el jardín y plantar hortalizas (como he llegado a pensar últimamente), o que pueda sostener entre mis manos el periódico del día sin tener que soltarlo con repugnancia y arrojarlo lo más lejos posible, todo eso, digo, no significa, naturalmente, que haya desaparecido el gran dolor, ni que se haya evaporado el gran dolor, ni siquiera que se haya desdibujado su contorno lo más mínimo.

Naturalmente, el gran dolor está ahí, como un gran lago helado a cuya orilla no puedo menos que asomarme una y otra vez. Todo da vueltas, de hecho, en torno a ese lago helado del gran dolor. Pero lo cierto es que los días pasan, los días pasan. Después de un día viene otro. Cae la nieve pero al fin también se deshace. Y una mañana, después de más de tres años aquí, nos damos cuenta (aunque quizá ya nos habíamos dado cuenta hace mucho tiempo sin que hasta ahora nos hubiera importado realmente) de que hay que arreglar urgentemente el tejado porque las filtraciones de agua empiezan a ser en verdad preocupantes. Y entonces pensamos por primera vez

en la necesidad de hacer algo. Y buscamos la llave del taller. Y bajamos ahí, abrimos esa puerta que quizá lleve cerrada más de diez años. Y desatramos a continuación la ventana para que vuelva a entrar la luz. Y respiramos ese aire cerrado. Y de pronto sentimos ese olor peculiar que tiene el poder de transportarnos directamente a los días de la infancia. Y a continuación nos acercamos a la mesa de trabajo. Nos acercamos muy lentamente, porque queremos hacerlo todo con el máximo cuidado. Y finalmente nos quedamos ya ahí la mañana entera mirándolo todo. Respirando y mirando. Y limpiando las viejas herramientas. Y quizá silbando una canción. Quizá, también, incluso, por qué no, silbando una antigua canción.

Ayer jueves era día de correo y el cartero trajo dos cartas. Una era la carta semanal de Matías Ochoa; no voy a referirme a ella. La otra era de nuestro demiurgo tutelar: su última carta. Una carta importante por varias razones.

Aunque, como todas las anteriores, va dirigida a Levana (de hecho comienza con las palabras «Querida Levana»), está escrita sin duda alguna con la intención de que me sea mostrada. O al menos con la seguridad de que va a serme mostrada de todas formas. Sobre todo porque es una carta que marca un final.

En ella se dicen básicamente dos cosas. Primera: que estoy curado. Que el tratamiento ha sido un éxito y que no hay razón para prolongarlo por más tiempo. Y segunda: que en breve será puesta a mi disposición una gran cantidad de dinero. Se hace constar la cifra y es verdaderamente desorbitada.

Levana y yo sabíamos que tarde o temprano acabaríamos recibiendo esa carta. Sabíamos que ya no podía tardar mucho. Conocíamos su contenido a la perfección y habíamos pensado (cada cual por nuestra cuenta, aunque últimamente también juntos) en las consecuencias que a la fuerza iba a tener. Y sin embargo, no por eso dejé de inquietarnos cuando la leímos por primera vez y vimos que era real. Prever las cosas, a veces, no sirve para nada.

Lo de las consecuencias, por otro lado, es inminente. Hasta ahora, tanto Levana como yo presentíamos que alguien respiraba por encima de nosotros. Creíamos que ese alguien nos observaba y nos amparaba desde las alturas. Y aunque no fuera cierto, aunque no hiciera tal cosa (ya que en rigor lo único que hacía era limitarse a recibir los informes y a ir reduciendo poco a poco las dosis de los medicamentos), sí nos daba al menos un sentido con su solo estar ahí: yo era un enfermo y Levana mi enfermera, yo tenía un tratamiento y ella un contrato. Pero ahora todo eso se desvanece.

Además yo me enteré de una cosa que no sabía y eso sí que fue una auténtica sorpresa: nuestro demiurgo tutelar es en realidad una mujer: una relativamente joven doctora en psiquiatría llamada Juana García Noriega. Ella es, por supuesto, la que escribe y firma la carta.

Al final, antes de despedirse, dice todavía una cosa más. Dice que va a venir aquí. Que se presentará aquí, en esta casa, dentro de unos días, la primera semana de febrero. Que quiere hacernos entrega de todos los papeles y liquidar el asunto personalmente. No utiliza la palabra «liquidar», claro está, pero la carta entera tiene el tono de una liquidación. Al parecer, ha decidido devolverme a la vida y quiere hacerlo bien, con la debida solemnidad.

Cuando acabamos de leer la carta (y no antes), Levana y yo nos sentamos en las sillas de la cocina con las manos sobre la mesa. Levana tenía la mirada perdida. Luego me miró y dibujó una sonrisa. Estaba preocupada. Yo le devolví la sonrisa y tiré la carta sobre la mesa como desentendiéndome de ella.

—Nada de todo esto tiene la menor importancia —dije.

Aunque ambos sabíamos perfectamente que eso no era del todo cierto.

A pesar de todo, nada de lo que está sucediendo (puesto que es verdad que está sucediendo algo) tiene la menor importancia. Nada es demasiado terrible. Nada debe preocuparnos lo más mínimo. Nada, salvo, en último término, naturalmente, una sola cosa: conseguir que Levana se quede en esta casa. Conseguir eso. Que quiera quedarse aquí. Que acepte quedarse. Eso es lo único importante ahora. Lo único. Conseguir que deje de temer la llegada de los perseguidores. Borrar de una vez ese sueño de los perseguidores. Conseguir que lo olvide. Que no lo tema y lo olvide de una vez. Que lo olvide para siempre. Ese sueño maldito, ese maldito sueño.

—Seguramente voy a enfermar pronto —ha dicho Levana durante la cena.

Ahora son las dos de la mañana. Es la primera vez que me pongo a escribir a estas horas y quizá por eso mismo me ha costado tanto decidirme a empezar. Acabo de bajar al despacho para coger el cuaderno y el lápiz y ahora estoy medio sentado en la cama, escribiendo en mala postura y con una caligrafía que probablemente mañana me costará entender.

«Seguramente voy a enfermar pronto», eso ha dicho. Y esas palabras se han quedado saltando en mi cabeza como cuentas de vidrio. Imposible dormir. Así que después de un par de horas en la cama dando vueltas no me ha quedado otro remedio que levantarme, abrir de par en par la ventana (a pesar de la noche tan fría), y ponerme de inmediato una chaqueta para asomarme al exterior y quedarme ahí un rato mirando el cielo anaranjado y el resplandor de la nieve recién caída.

Se veían a lo lejos las escasas luces de Basart y el farol de algún caserío aislado, pero no se escuchaba ni el más leve sonido. Ni ladridos de perros, ni el viento en el tejado, ni nada de eso. Como si la nieve hubiera absorbido todos los ruidos.

Tampoco en las montañas o en los bosques por los que Matías Ochoa vagó en noches como esta se oía nada.

Sólo ese silencio que parece estar por encima de todo y envolverlo todo para

mayor desconcierto.

En seguida he tenido que cerrar la ventana, porque el frío empezaba a ser intenso, y he bajado, como digo, por el cuaderno y el lápiz con el único propósito de anotar esa frase inquietante: «Seguramente voy a enfermar pronto».

Lo más inquietante, sin embargo, es que al decir eso Levana no se estaba refiriendo a ningún malestar concreto. No era el anuncio de quien presente ya con cierta antelación la llegada de la fiebre o algo así. Más bien parecía que lo que quería, en el fondo, no era tanto señalar un hecho como proferir una especie de oráculo. Un presagio. Algo que tuviera que cumplirse por razones probablemente elevadas y oscuras.

Naturalmente llega un momento en el que empezamos a estar ya un poco cansados. Empezamos a estar cansados y decimos, nos decimos a nosotros mismos: «Estoy cansado, no quiero huir más».

Nos decimos: «Quiero quedarme aquí durante un tiempo, sentado en esta silla. O en esta butaca, frente al fuego. O en esta desvencijada mecedora, frente a la cristalera. O en esta hamaca de mimbre, en el jardín, bajo el nogal, a la puerta de la casa».

«No quiero seguir huyendo de nada, no quiero seguir buscando inútilmente. Por mucho que me digan que eso es lo mejor de la vida, buscar inútilmente. Por mucho que me aseguren que no hay otra cosa que el hombre pueda hacer en este mundo que seguir el camino y buscar inútilmente. Yo ya estoy cansado de todas esas cosas y no quiero ir a ninguna parte. No quiero nada. Sólo quiero quedarme aquí y que me dejen tranquilo un poco más. Sin pretender nada, ni trabajar ya en pos de nada. Y sobre todo, sin tener que escapar ya de nada a cada instante. Quedarme aquí por lo menos un poco más. Y no porque piense que este sea el lugar ideal, que naturalmente no lo es, ni porque crea que aquí el color de la hierba sea distinto o el sonido de las flautas más puro que en otros sitios, que naturalmente no lo creo. Sino únicamente porque estoy ya cansado y lo que más quiero es olvidar», eso es lo que nos decimos.

Sin embargo, es un cansancio necesario. Es preciso sentir ese gran cansancio aunque sólo sea una vez. Hay que estar cansado, muy cansado de todo, aunque sólo sea una vez. Es necesario: estar cansado. Estar terriblemente cansado. Llegar incluso a creer que ya no podremos hacer nada más. Llegar a tener la impresión de que ya nunca podremos mover siquiera un dedo para evitar que la manta resbale suavemente hasta el suelo. Que ya nunca seremos capaces de girar el cuello hacia la puerta para mirar quién viene. Ni mucho menos de erguirnos y dar tres pasos seguidos para alcanzar el interruptor de la luz al atardecer.

Haber sentido ese cansancio de vivir es absolutamente imprescindible, como ahora sé. Y Levana naturalmente está cansada. Lo está. Y será bueno que se deje vencer por ese gran cansancio. Tendrá que bajar los brazos, aunque sólo sea una vez.

Tendrá que apoyar la cabeza en una almohada. Tendrá que estarse quieta en la cama y dejar que yo me ocupe de todo, aunque sólo sea una vez. Quizá tenga también que abandonar la lectura durante algún tiempo. O por lo menos permitir que sea yo el que le lea en voz alta. Tendrá que abandonarse por completo aunque sólo sea una vez. Si es preciso acercaré su cama a la ventana para que pueda ver los almendros en flor sin necesidad de levantarse. El mes que viene florecerán los almendros y no sería mala idea mover un poco la cama para que ella pueda verlos desde su ventana siempre que quiera.

Hay algo en el guarda Etxauri. No sabemos qué. Algo que constantemente y en todo momento atrae nuestras miradas. Nosotros no podemos hacer nada por evitarlo. Ni sabemos explicar la razón. Sencillamente no podemos dejar de mirarle, eso es todo. Querríamos no mirarle tanto, pero no podemos dejar de hacerlo. En cuanto entra por la puerta empezamos a mirarle sin la menor consideración y ya no dejamos de hacerlo hasta que se va.

Es una contrariedad que arrastran determinadas personas: la de ser mirados por todos, en todo momento y sin la menor consideración; sin piedad alguna. Por supuesto, él es consciente de ello. Lo sabe desde siempre (en realidad desde el principio de su vida, como suele decir), y se resigna a ello como quien acepta una condena absurda. Sabe que tiene que vivir con eso, porque naturalmente tampoco él puede hacer nada por evitarlo. Él menos que nadie. Y lo acepta ya con una paciencia infinita. Aunque por otro lado, el hecho de que lo acepte no significa sin embargo que haya dejado de esforzarse en pasar inadvertido.

El trata siempre de pasar inadvertido. Intenta moverse con la mayor naturalidad entre las personas, pero nunca lo consigue. Sabe que cada vez que entre en un sitio, todo el mundo se volverá hacia él. Sabe de antemano que atraerá las miradas de todos, que será una y otra vez observado de arriba abajo y que, haga lo que haga, no conseguirá evitarlo de ninguna manera. Pero sigue esforzándose.

Siempre es de lo más cordial, espera en silencio, pide las cosas con la máxima amabilidad y en todo momento está dispuesto a ceder su turno y dar un paso atrás con tal de no ser visto y pasar inadvertido. Pero todo es inútil. Cuanto mayor es su necesidad de no ser visto y mayor el esfuerzo que realiza para pasar inadvertido, con más fuerza atrae sobre sí las miradas de los otros. Porque todo el mundo olfatea en seguida esa necesidad suya y ese esfuerzo suyo y recelan inmediatamente de él. Olfatean ese esfuerzo en pasar inadvertido y se preguntan por qué razón un hombre normal querría pasar tan inadvertido. No pueden entender su exceso de amabilidad y tienen que mirarle directamente a los ojos para tratar de averiguar qué pretende con tanta amabilidad, qué intenta ocultar. Por eso abandonó la ciudad y se vino aquí, buscando la soledad de los bosques. Aunque no esté dispuesto a admitirlo todavía y hable siempre de sus líquenes como la verdadera razón de su existencia. Hay que

estar un poco harto de las personas para amar tanto a los líquenes.

Lo cierto es que tampoco nosotros, Levana y yo, podemos dejar de mirarle y observarle, si bien, como es lógico, tratamos de hacerlo ya con la máxima delicadeza. Miramos cada uno de sus movimientos y observamos con atención la expresión de su cara y los gestos que hace con las manos. Le observamos tratando de comprender qué es lo que quiere decirnos en realidad. Pues finalmente también es cierto que le cuesta decir las cosas con palabras. Como si nunca acabara de quedarse completamente satisfecho. Se pasa la mano por la frente, se frota los párpados, se mira los dedos, se pulsa las sienes o la nuca, alza las cejas y entorna constantemente los ojos, sin dejar de sonreír. Sin dejar de sonreír, pero desviando la mirada a uno y otro lado. Como si temiera no haber matizado lo suficiente sus palabras. Como si creyera haber omitido algún detalle importante, y esperara poder recordarlo de un momento a otro.

Ayer estuvo aquí, sentado en la cocina, tomando un vaso de vino con nosotros, como tantas veces. En un momento dado se levantó de la silla y se situó ante la ventana mirando el paisaje exterior como si fuera a decir algo y estuviera buscando las palabras adecuadas entre la maleza y la nieve sucia del jardín. Levana y yo nos quedamos callados, esperando, pero en lugar de decir nada abrió de improviso la ventana y sacando rápidamente del bolsillo unas pinzas metálicas se inclinó sobre el alféizar y atrapó algo invisible. Entonces pensé en él como en el hombre de las pinzas metálicas. El hombre que sólo se interesa por lo fragmentario y lo minúsculo. Luego extrajo de otro de sus bolsillos una pequeña lupa y se puso allí mismo a estudiar rápidamente, ante la ventana abierta que a Levana y a mí ya empezaba a impacientarnos, la pequeña porción de polvo que sostenía en el extremo de sus pinzas. Hasta que finalmente introdujo su hallazgo en una bolsita de papel, lo guardó en otro de sus múltiples bolsillos y volvió a cerrar la ventana.

—Líquenes —fue todo lo que dijo.

Y acto seguido improvisó un gesto de disculpa, como dando a entender que comprendía perfectamente lo ridículo que debía resultarnos su entusiasmo por algo tan insignificante. Pero naturalmente no nos resulta ridículo en absoluto. Pinzas, lupas y bolsitas de papel parecen bastarle para sostener todo el peso de su vida: eso ya resulta, de por sí, bastante prodigioso.

Además le recordé que yo también suelo utilizar unas pinzas metálicas como las tuyas para montar y desmontar mis relojes.

—Uno puede mantenerse perfectamente agarrado al mundo con unas pinzas como esas —dije.

Así que, de repente, ahí estábamos los dos dispuestos a reconocer que las pinzas metálicas nos eran de gran ayuda para vivir. Que lo mismo daba su refugio hecho de líquenes que mi refugio hecho de relojes. Que eran similares porque, en definitiva, lo que ambos hacíamos era lo mismo: construir con materiales ínfimos nuestro refugio.

¿Con qué fin? Está muy claro: con el fin de evitar, en la medida de lo posible, las terribles miradas de los otros.

Nos fascinamos con algo y abandonamos todo lo demás. Nos fascinamos con una imagen y dejamos de ver el mundo. Nos fascinamos con una palabra y ya no tenemos palabras para nada más. Nos fascinamos con una idea y destruimos toda posibilidad de pensamiento. Nos fascinamos con los líquenes, por ejemplo, y todo son líquenes. Nos fascinamos con la literatura, por ejemplo, y no hay nada más que literatura. Nos fascinamos, por ejemplo, con el dolor y el universo entero es ya un puro dolor.

Febrero

El hombre que no quiere abrir los ojos, ese era yo. El hombre que no quiere ver el mundo. El hombre que retira la mirada, así me llamaban. El hombre que no quiere ver nada.

Parecía inconsciente pero no estaba inconsciente. Parecía dormido pero no estaba dormido. Era como si estuviera inconsciente o dormido sin estarlo. No movía ni un solo músculo, no abría la boca para comer, no abría los ojos en ningún momento del día.

—Estaba despierto, pero no quería saber nada —dijo Levana.

—Estaba despierto, pero no quería estar despierto, no quería saber nada, no quería ver nada —recalcó la doctora García Noriega.

Sólo se acordaba de aquella especie de sonrisa.

—El hombre que parece que sonríe —dijo luego—, también así le llamaban.

Durante un par de semanas permanecí echado en la cama sin abrir los ojos ni mover un solo músculo. Alimentado a la fuerza por medio de tubos.

Sabían que no estaba inconsciente, sabían que no estaba dormido. Se acercaban a mi lado y me hablaban con suavidad, pero yo nunca respondía nada. Ni siquiera daba la más mínima muestra de escuchar lo que decían.

Yo sólo sonreía, al parecer, de aquel extraño modo tan desconcertante para ellos. Cuando al fin acepté abrir los ojos y sentarme en una silla, la sonrisa no desapareció.

—No era una sonrisa —dijo ella—, sino un efecto del dolor.

Estuve cuatro meses internado en ese sanatorio. Después me enviaron aquí. Por suerte toparon con Levana; probablemente la única persona dispuesta a instalarse en el límite del mundo para desempeñar un trabajo así. Todavía no hablaba, pero ya deambulaba por el jardín, comía solo y era dócil en todo. Los ojos abiertos, pero la mirada perdida. Y esa mueca, esa sonrisa.

—El hombre que parece que sonríe —repitió la doctora por última vez esbozando ella misma una especie de sonrisa enigmática.

Había llegado por la mañana en su propio automóvil y, después de ver la casa y dar un paseo con Levana y conmigo por los alrededores, se quedó a comer con nosotros en la fonda de Basart.

Aparentaba cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco años, pero tenía el pelo completamente blanco. Una melena lisa y blanca como la nieve que curiosamente, en lugar de avejentarla, le iluminaba la cara, añadiendo a su aspecto un ingrediente exótico.

Sin embargo no daba ninguna impresión de fragilidad. Probablemente le había costado mucho llegar a donde había llegado y no parecía estar demasiado dispuesta a permitir que nadie le dijera lo que tenía que hacer. Ni a dar demasiadas explicaciones de por qué lo hacía. Labios finos con un brillo imperceptible, uñas cortadas y falda un

par de dedos por encima de la rodilla. Vestida con elegancia pero sin fantasía.

La mujer que ha decidido hacerse a sí misma, pensé. Quiere modificar el mundo a su alrededor, pero no porque en el fondo sea una revolucionaria o crea ciegamente en la justicia o en el amor.

Quiere mejorar el mundo que le rodea para mejorarse a sí misma. Quiere actuar correctamente y sin duda lo hace, pero no porque crea en nada, ni porque en realidad ame a nadie, sino porque de esa manera se hará mejor a sí misma, eso pensé. Naturalmente, nadie podría reprocharle nada por eso. Ni ella estaría, en todo caso, dispuesta a aceptar reproche alguno. Se supone que todo el mundo debe estarle agradecido por su ayuda y nada más. Así de sencillo. Ni siquiera espera grandes muestras de agradecimiento.

Al principio, durante la visita a la casa, adoptó la actitud del que debe ser informado. Como si necesitara conocer todos los detalles de cada cosa antes de arriesgarse a dar su aprobación. A qué hora nos levantábamos, qué hacíamos en cada momento del día, para qué servía esto y lo otro. Aunque me dio la sensación de que en realidad ya estaba al corriente de todo y de que lo único que pretendía con tanta pregunta no era sino asegurarse de que sus informaciones eran las correctas. Como quien se limita a poner cruces sobre un cuestionario elaborado con anterioridad.

Por ejemplo, de Matías Ochoa lo sabía absolutamente todo. Conocía, desde luego, su historia y el extraño delirio que le había llevado a imitar mi vida y posteriormente a destruirla. Pero también conocía la existencia de sus cartas e incluso la periodicidad con que las escribe y las envía. Aunque no tenía muy claro qué era lo que debía pensar al respecto.

—¿Las lee? —preguntó.

—Sí —dije.

Pero ya no preguntó nada más. Se limitó a asentir con la cabeza. Quizá esperaba que yo añadiera algo. Que le contara algo revelador, algo a la vez triste y terrible. Pero no lo hice.

Supongo que para ella el simple hecho de que yo lea esas cartas, en lugar de destruirlas, ya tiene de por sí un sentido oscuro. Supongo que ni siquiera puede evitar vernos a ambos, a Matías Ochoa y a mí, como a seres destrozados, incapaces ya de librarnos el uno del otro y unidos por una especie de vínculo trágico o algo por el estilo. Desde luego, si es así se equivoca con creces. Al menos en lo que a mí se refiere. Pero tampoco hice ningún esfuerzo para explicárselo.

Lo único que le dije (y dudo que me creyera) es que no conservo ninguna de esas cartas. Que efectivamente las leo (que las leo, de hecho, sólo por curiosidad), pero que acto seguido las tiro al fuego y las olvido sin problemas. Y que nunca he contestado a ninguna de ellas. Lo cual es cierto.

Luego afortunadamente cambiamos de tema y hablamos de otras cosas. De todo un poco: de lo escondido de este valle, de lo maravillosa que era la casa, de la posibilidad de hacer un viaje y cosas así. Y en el transcurso de la conversación nos relajamos y empezamos a sentirnos bien. La doctora se fue transformando poco a poco en una persona afable. Y alegre en ocasiones.

Al cabo de un rato, durante la comida, nos dimos cuenta de que no era, ni mucho menos, una mujer fría y distante. Ni demasiado preocupada por las apariencias. Reía abiertamente y hablaba de las cosas sin tapujos. Incluso de sí misma y de sus problemas.

Nos contó que vive sola desde hace un par de años y que no acaba de acostumbrarse al piso vacío. Estuvo casada, pero su marido la abandonó «de un día para otro».

—Se largó con una estudiante de los primeros cursos —dijo sonriendo—. Una chica muy guapa. Veinte años. Hija de unos amigos. La conocíamos desde que era una niña.

Ella, sin embargo, no había tenido hijos y pensé que quizá ahora los echaba de menos. Pero en ese mismo instante (sin que yo hubiera hecho la menor alusión al tema) dijo:

—No he tenido hijos. Ni creo que ya vaya a tenerlos. Pero no lo lamento en absoluto. Y estoy completamente segura de lo que digo.

Cuando a media tarde regresamos a casa y aceptó tomar una última taza de té en el despacho, su actitud no era la de una doctora en psiquiatría sino, más bien, la de una antigua amiga a la que hace mucho tiempo que no vemos. Como si hubiera dado por concluida su misión y ya no necesitara seguir sometiéndose a los rigores de su propia imagen.

Se quitó los zapatos con un gesto de alivio, y a continuación se remangó la falda para acercar las piernas a la chimenea encendida, como si fuera algo que hiciera con frecuencia sin importarle quién estuviera delante.

Entonces dijo que también ella había crecido en una casa con chimenea y que en invierno se sentaban frente al fuego después de la cena. Y acto seguido, con una especie de sonrisa soñadora, exclamó:

—No hay nada como la chimenea encendida en la casa de la infancia. No hay nada comparable a eso.

Pero lo dijo de un modo muy poco convincente. Demasiado enfático. Tanto que sonaba falso: parecía preparado. Y eso me desagradó.

Sé que puedo ser muy susceptible con ese asunto, pero enseguida veo la impostura que hay en esa clase de comentarios. O en el tono con que suelen hacerse. No puedo evitarlo.

Conocemos a grandes hombres y mujeres, personas de algún modo

excepcionales, seres que han sabido luchar y que han conseguido finalmente distinguirse de todos los demás, y de repente, alcanzada ya una edad determinada, pongamos los cuarenta o cuarenta y cinco años, muchos de ellos, la mayoría, pueden llegar a decir, en un momento especialmente confidencial, casi siempre al atardecer o en las primeras horas de la noche, simplezas parecidas: que lo mejor que han tenido en su vida fue eso: una sencilla chimenea encendida. O un jardín desvencijado (mitad huerto exiguo, mitad corral de gallinas). O un rincón del granero bajo una pequeña claraboya. O una hamaca de lona a la orilla de un río. O un gran árbol al que trepaban siendo niños. Y hay quien llega a afirmar incluso, en un momento de entusiasmo, que lo daría todo por regresar ahí.

La memoria es innoble. Nos hiere por la espalda y nos hace ridículos. Nos seduce con imágenes doradas para herirnos mejor, y al final se supone que son esas imágenes las que acaban salvándonos. Pero no es cierto.

Un hombre es arrancado del mundo y arrojado a la nada. Le es arrebatado todo, su familia, su trabajo, su casa. Todas sus pertenencias, los objetos que había guardado desde siempre, sus fotografías, sus escritos. Toda clase de papeles y documentos que acreditaban su identidad y su trayectoria personal.

Todo desaparece un día, de repente, y él es abandonado en el límite del mundo, en la casa vacía de su infancia, con la única compañía de una mujer tan sola como él. Es arrojado ahí, digo, en la casa de su infancia, sólo porque alguien barrunta que no puede haber lugar más beneficioso para él que esa casa de la infancia: como si se tratara de la gran máquina de los buenos recuerdos.

Y un día ese hombre, esa especie de sonámbulo enajenado, empieza a hacer pequeños movimientos a favor de la vida, pequeños amagos nada más, simples tanteos de una torpeza insoportable, y entonces se supone, al parecer (parece que debemos suponer), que ha sido la memoria la que le ha devuelto al mundo de los vivos: la vieja chimenea encendida otra vez, la visión del camino que siendo niño recorría a diario para ir a la encantadora escuela del valle, sus imágenes doradas y toda esa clase de ideas asfixiantemente inasibles y falaces.

Yo ya no estoy seguro del valor que tiene todo eso. Quizá un recuerdo pueda en efecto abrir una puerta y mostrarnos de improviso el camino verdadero, pero eso nunca dura, lo sé perfectamente. Giramos la cabeza, sencillamente parpadeamos un par de veces, nos frotamos los ojos y al instante siguiente ya no hay nada. Ni recuerdo de luz, ni puerta que se abre, ni mucho menos camino verdadero.

Le di a entender más o menos lo que pensaba pero no se dio por aludida. Se inclinó para mirarme con una expresión ensimismada, entrecerrando los ojos como si pudiera leer dentro de mí, pero dibujando a la vez una escueta sonrisa, una especie de rictus profesional, el simple gesto del que ya lo sabe todo y no puede permitirse el lujo de mostrar la menor impaciencia.

—Puede que tenga razón —dijo—. Puede que la memoria no nos ayude demasiado, pero está ahí, ¿no es cierto?

—Eso es lo malo —dije.

—Sin embargo, a todo el mundo le gusta recordar —respondió.

Se puso los zapatos tranquilamente, con la misma familiaridad con que se los había quitado y me miró una vez más con cierta distancia.

—No lo creo —intervino entonces Levana—. No creo que sea cierto. No creo que a todo el mundo le guste recordar.

La doctora se volvió hacia ella y la miró con extrañeza.

—¿No lo cree? ¿Por qué no?

—A mí, por ejemplo, no me gusta —dijo Levana.

—Ya. Comprendo lo que quiere decir —dijo la doctora—. Pero yo me refería a los buenos recuerdos, no a las experiencias desagradables, ni a nada de eso.

Levana la miró a los ojos pero no contestó. No quiso añadir nada más. Se limitó a asentir y ahí quedó todo.

Luego la doctora se levantó de su asiento, se arregló el pelo y cogió el abrigo que había quedado echado sobre la mesa. Ya no sonreía, pero conservaba, pese a todo, una expresión amistosa en la cara. O por lo menos muy tranquila.

—Me gustaría poder quedarme más tiempo y seguir hablando con detenimiento de todo eso —dijo—. Pero no es posible.

Eran más de las seis. Estaba atardeciendo y todavía le quedaba un largo viaje por delante. Unas cinco horas de viaje.

Levana se acercó a ella y le estrechó la mano. Luego hice yo lo mismo y ambos la acompañamos hasta el coche y le dimos las gracias por todo.

Ella arrancó el motor y encendió los faros. Quedaba un leve resplandor en el cielo pero en la tierra la oscuridad era casi completa. Levantó el brazo para saludarnos por última vez y se puso en marcha.

Levana se quedó unos segundos apoyada en la tapia, mirando fijamente hacia el coche que se alejaba, y al final dijo:

—Pero yo no sé cómo son los buenos recuerdos. Eso es lo malo. Que no tengo ni la menor idea de ese asunto.

Hablando de buenos recuerdos: en el segundo piso hay una galería acristalada en la que da el sol de la tarde, y al final una terraza descubierta con baldosas rojas. En esa terraza mi madre solía tender la ropa. Todavía recuerdo la sensación de andar entre las sábanas mojadas. La humedad de las sábanas en la cara, sobre todo en verano.

Una noche de verano, Matías Ochoa y yo salimos a esa terraza cuando todos dormían y nos tumbamos sobre las baldosas para ver el cielo estrellado.

Las baldosas estaban frías al principio, pero eso no importaba. Lo importante es

que pasamos toda la noche allí, mirando las estrellas en silencio y escuchando todos los sonidos que llegaban del valle.

A los diez años Matías Ochoa era un niño silencioso. Ninguno de los dos éramos comunicativos, pero él lo era todavía menos que yo. Raras veces compartíamos nuestros juegos con nadie. Nos alejábamos de la casa, nos adentrábamos en caminos desconocidos, podíamos pasar mucho tiempo sin hablar. El silencio no nos preocupaba en absoluto. Se suponía que el silencio era la única señal de que había algo anterior. Algo anterior a las palabras, algo que ni siquiera podía nombrarse. Y en aquella época nosotros estábamos dispuestos a ser fieles a ese algo a costa de lo que fuera. Y lo éramos. De modo que podíamos caminar juntos durante todo el día sin decir una palabra y sin que eso estropeará las cosas. No es que fuera lo normal, pero pasaba a veces.

Aquella noche, en la terraza, Matías Ochoa dijo que él y yo siempre estaríamos juntos. Naturalmente, entonces no sonó como una maldición, y probablemente no hubiera vuelto a acordarme de esa frase si no fuera porque hace un par de días, en su última carta, volvió a mencionarla: «Tú y yo siempre estaremos juntos».

La diferencia es que esta vez no se trataba ya de formular un simple deseo inocente, sino de constatar más bien el cumplimiento de una condena. De alguna forma, toda su vida ha ido encaminada a eso, como ahora sé: a vaciar el mundo. De manera que no quede nadie más que nosotros dos. Solamente nosotros dos bajo el cielo estrellado.

Destruyó todo lo que yo tenía delante para que sólo pudiera verle a él. Y previamente lo había hecho consigo mismo. El uno frente al otro y nada más. Se cansó de mirarme y de seguirme a lo largo de los años y pensó que ya había llegado el momento de que también yo le viera a él. Que le viera, de hecho, sólo a él. Que no hubiera nada más en el mundo que él y yo. Él y yo bajo el cielo estrellado. Y por supuesto la «vieja y entrañable» y para siempre dolorosa y maldita casa de la infancia.

Cualquiera podría pensar que lo mejor sería destruir la casa de la infancia y largarse ahora mismo. Quemarla. Verla arder. Y no es ninguna mala idea. Lo he pensado un montón de veces y tal vez todavía lo haga. Destruir la máquina de los buenos recuerdos. Hacerla pedazos y alejarse de ella. Irse lejos. Claro que también hay otra opción (menos artística, por decirlo así): podría venderla. Vendérsela al alcalde Goñi, por ejemplo. Hacerle una oferta tentadora que no pudiera rechazar. Tendría gracia. Aunque por supuesto no sería lo mismo. No. Lo realmente bueno sería darle fuego. Unas bonitas llamas. Supongo que no hay nada como las llamas para zanjar definitivamente esta clase de asuntos.

De todas formas, hablando en serio, es ahora (me refiero a estos últimos meses, a los últimos cuatro o cinco meses) cuando verdaderamente le estoy empezando a coger apego a esta casa. Y no por lo que significa, sino por lo que realmente es.

Lo que quiero decir es que, de alguna manera, el hecho de que esta sea la casa de mi infancia tampoco tiene ya tanta importancia. Y cada vez va a tenerla menos. Lo que sí es importante es lo siguiente: primero: que es una magnífica casa, una de las mejores del valle. Y segundo: que he descubierto que me gusta vivir en ella. Que no quiero irme a ningún lado. Así de sencillo. Y que creo además que a Levana le pasa algo parecido. Creo que se encuentra bien aquí. A pesar de todo. A pesar de su situación ilegal y todo lo demás. Y yo quiero que se quede. Si de algo estoy seguro es de eso.

Cuando Levana y yo llegamos aquí, la casa era tan extraña para mí como para ella. O casi. Yo ni siquiera sabía dónde estaba. Miraba con extrañeza las cosas sin atreverme a tocarlas. Pero no porque las reconociera ni nada de eso, sino porque todo era extraño para mí. Al fin y al cabo la casa de la infancia también puede acabar siendo una casa extraña, lo sé perfectamente. Porque al final somos nosotros quienes portamos la extrañeza y a medida que lo miramos todo de nuevo vamos añadiendo extrañeza por todos los rincones y llenando la casa de la infancia con nuestra extrañeza.

Ahora es distinto. Ni ella ni yo tenemos ya otro sitio a donde ir. Y pensándolo bien, quizá debamos empezar a considerar la conveniencia de hacer algunas reformas. Pintar de malva el cuarto azul y pintar de amarillo el cuarto malva. Pintar la puerta y el alero y las tablas del balcón, pintarlo todo de cualquier color. Arreglar el tejado, tirar unos cuantos tabiques, cambiar algunos muebles, reformar la cocina y el jardín.

Dentro de poco llegará la primavera y no quedará otro remedio que volver a echar un vistazo a ese jardín. Ha estado abandonado durante mucho tiempo y ya es hora de empezar a hacer algo. Poner un pequeño huerto, por ejemplo. El terreno es llano y hay sitio de sobra.

Poner un pequeño huerto y aprender a cultivar la tierra, qué más se puede hacer. Cultivar la tierra es desde luego un asunto prestigioso. Y al parecer nadie pierde del todo la cabeza cultivando la tierra cabalmente, plantando cebollas o cualquier otra cosa. Además, según dice el guarda Etxauri (que en esto es un experto), el aroma de las rosas suele mejorar notablemente cuando en su proximidad hay plantadas unas cuantas cebollas.

Levana ha caído enferma, como había anunciado. Dijo que iba a caer enferma y así ha sido.

Durante los últimos días estuvo preparándose para ello. Limpió a fondo las

habitaciones, cambió la ropa de la casa, cortinas, manteles, sábanas, y llenó la despensa con todo lo necesario. Como si fuera a ausentarse durante una larga temporada y quisiera dejarlo todo en perfecto estado.

Cuando se levantaba para ir a la cocina a preparar el té de la tarde, me llamaba a su lado y me decía:

—Mira, aquí guardo la tetera y las tazas. Aquí guardo el azúcar. Aquí las galletas.

De esa manera, ha ido enseñándome la correcta ubicación de cada cosa, como si estuviera transmitiéndome una especie de sabiduría antigua. Como si se tratara de un orden inalterable y en su conocimiento radicara la clave para poner en marcha el movimiento de los días.

Respecto al médico, mejor no hablar. Le ha dado unas pastillas y le ha dicho que debe guardar reposo y estar tranquila. Pero no ha sabido aclararnos nada. No ha sabido dar ninguna explicación de lo que le ocurre. O no ha querido.

A ella, por otro lado, todo eso le trae sin cuidado. Sabe una cosa y eso le basta. Sabe que está enferma porque necesita estarlo. Y sabe que cuando llegue el momento se pondrá bien. La naturaleza de la enfermedad en cuestión le parece un detalle secundario.

Cuando se despidió de la doctora García Noriega hace ya más de una semana, le dijo lo mismo que me había dicho a mí días atrás:

—Ahora soy yo la que tiene que enfermar.

Pero tampoco la doctora comprendió por qué decía una cosa así. Se limitó a rechazar ese comentario y a sacudir negativamente la cabeza con el ceño fruncido mientras le tomaba las manos y le decía que lo que tenía que hacer de ahora en adelante era distraerse un poco y disfrutar de la vida. «Distraerse un poco y disfrutar de la vida», eso dijo. Más o menos lo mismo que podría decirse a todo el mundo, en cualquier circunstancia. Distraerse un poco y disfrutar de la vida: bonitas palabras.

Bien, lo que sí es cierto es que ahora han cambiado las tornas. Ahora es ella, Levana, la que necesita que le hagan todo. Y yo el encargado de hacerlo. Tiene fiebre. Tiene mucho frío. Está agotada. Prácticamente no tiene fuerzas ni para hablar y muchas veces se limita a responder con gestos a lo que le digo.

La enfermedad cambia el alma de las personas. Hay una lejanía insalvable en los enfermos, por eso tienden a hablar poco y a hacerse entender por medio de gestos. Con ese silencio, Levana trata de disculparse por su enfermedad. No soporta estar enferma y se esfuerza en fingir interés por las cosas cotidianas como una forma de agradecimiento. Siempre acaba elogiando la comida, pero lo cierto es que apenas la prueba. Dice que ya está acostumbrada a comer poco. Que durante su estancia en Inglaterra, al principio, pasó más de un año alimentándose exclusivamente de té y manzanas. Sólo eso, té y manzanas, y de vez en cuando un cierto tipo de galletas

especiales. Y no es que lo hiciera por falta de dinero, sino porque, al parecer, no podía tragar otra cosa. Dice que uno es más sabio cuando come poco. Por eso los enfermos son sabios. Pero tampoco en eso hay retorno.

Uno puede sobreponerse a una grave enfermedad y al cabo del tiempo, como ahora sé, volver a hacer fuerza por vivir. Pero uno no puede ya nunca dejar de comprender lo que ya ha comprendido. Ese es el retorno imposible. Uno no puede desprenderse de eso. Podremos desentendernos del gran dolor y olvidar incluso el gran dolor. Pero de lo que no podremos desentendernos nunca, lo que ya no podremos olvidar, es lo que el gran dolor nos hizo ver.

Levana se abandona fatigada sobre la almohada y yo le retiro al instante la bandeja y corro la cortina para que duerma un rato. Es cierto que está enferma porque no ha cogido un libro en los últimos tres días y a todas horas se recuesta para dormir.

No obstante, cuando ve que me alejo, me llama con un hilo de voz y me recuerda que tengo que subir a las cinco con el té. Eso no lo perdona de ninguna manera: su taza de té a media tarde. Además he prometido leerle algo en voz alta.

Hay una columna de libros junto a la cabecera de su cama. Son los libros que ella eligió. Antes de caer enferma, estuvo eligiendo cuidadosamente los libros que quería tener a mano. Pero hasta el momento no los ha tocado. Por eso he pensado en leerle algo.

—Tomaremos el té y te leeré algo —le he dicho.

Y su respuesta no ha podido ser más explícita: un leve giro de muñeca y una especie de suspiro casi inaudible.

Un paréntesis: he visto al alcalde Goñi, en la carretera, a las once de la mañana, sentado en una silla de ruedas, bien abrigado. La mañana muy fría y húmeda, y con esta niebla persistente que se adhiere a las cosas. Y a su lado Helena Huarte. Pero no empujando la silla como cabría esperar. Helena Huarte con las manos en los bolsillos y la mirada baja.

En realidad la silla tiene un pequeño motor y al parecer el alcalde Goñi puede gobernarla perfectamente con una sola mano. Los he visto a través de la ventana de la cocina y me he quedado observándolos hasta que han desaparecido. Él ha mirado hacia aquí un instante mientras hablaba. Ella no ha mirado. No decía nada. Parecía no hacerle mucho caso.

Yo antes nunca tomaba el té. De hecho odiaba el té. Me parecía una bebida insulsa, una ceremonia de pusilánimes. Todo ese protocolo del ir y venir con la bandeja, el pasearse con la taza en la mano, la jarrita de leche, los terrones de azúcar, todo eso me resultaba repulsivo. Un pretexto para reunirse y ensayar melindres con

aires de grandeza, una especie de consuelo para gente decrepita. Eso era lo que pensaba.

Sin embargo Levana adquirió la costumbre de tomar el té en los años de su juventud y según dice es la única certidumbre a la que podría asirse para asegurar que hay algo permanente en su vida. Algo a lo que poder aferrarse un día tras otro: su taza de té. Y desde entonces nunca dejó de tomarlo a media tarde.

Cuando llegamos aquí, al principio, empezó a tomarlo a solas en la cocina. Para ella suponía el mejor momento del día. Yo naturalmente no quería saber nada al respecto, pero poco a poco fue animándome a participar en su ritual y lo cierto es que ahora tampoco podría prescindir ya de mi taza de té.

De hecho, he acabado pensando que un ritmo de vida que no le permita a uno detenerse a eso de las cinco de la tarde, dar por terminado el trabajo y sentarse a tomar una taza de té humeante para asumir con tranquilidad la llegada del atardecer, una vida que no permita eso, digo, es una vida tristemente embrutecida. Todo el mundo debería tener ese derecho.

Estos últimos días, como digo, lo tomamos en su habitación. Las tardes están empezando a alargarse y a las seis todavía hay una cierta claridad. Aunque sigue siendo necesario encender las lámparas para leer.

Hasta hace no mucho, yo temía enormemente ese momento del día. El momento en que se hace necesario encender las lámparas. Contemplar en el cuadro negro de la ventana el reflejo de la habitación iluminada me producía ya una gran sensación de soledad. Levana, en cambio, tiene una inclinación natural hacia la noche. Para ella la llegada del atardecer supone el momento de máxima vitalidad. Incluso ahora, en medio de la enfermedad, parece encenderse al atardecer: recobra fuerzas, se le nota en la cara. Y no sólo eso: se incorpora sobre la cama, hojea el periódico que compro en el pueblo cada mañana, y a veces se levanta, da unos cuantos pasos, y trata de arreglarse el pelo y mejorar su aspecto ante el espejo.

Ayer empecé a leerle una de sus novelas. Ella sentada en la cama y yo a su lado, en una pequeña butaca, leyendo en voz alta.

La novela en sí, la historia que contaba, no tenía la menor importancia. Como ella dice, todas las historias están ya escritas y de hecho conocemos ya todas las historias. Además yo podía estar leyendo maquinalmente una página tras otra sin enterarme prácticamente de nada, fijándome nada más en la posición de sus manos, en si tenía los ojos abiertos o cerrados, o en si bostezaba o dejaba de bostezar.

Y estoy seguro de que a ella le ocurría lo mismo. Permanecía en silencio, eso sí, pero sin atender verdaderamente a la historia. Escuchando, no mis palabras, sino sólo mi voz, mis inflexiones de voz, la entonación que daba a las frases o mis pausas para coger aire. Como si lo importante realmente fuera la mutua observación, y no las desventuras de los pobres infelices que aparecían por allí.

Naturalmente, estoy seguro, el valor de la literatura (si es que, de hecho, la literatura tiene a la postre algún valor) no puede ser otro que el de servir para regular el ritmo de las respiraciones y crear en torno a uno las condiciones propicias para vislumbrarse a sí mismo.

A veces, tenemos la impresión de no hacer nada y de pasar las horas en la más absoluta desatención del mundo y de la vida. No es que nos lo propongamos, aunque tampoco sufrimos por ello. Otras veces, sin embargo, lo sé perfectamente, ser capaz de tomarse una taza de té sin derramar una gota y de leer unas cuantas páginas antes de dormir pueden ser motivos más que suficientes para sentirnos profundamente satisfechos y dar por terminado el día con cierta alegría.

A primera hora de la mañana, en la cocina, sentado a la mesa con la luz apagada. Ni siquiera ha amanecido del todo.

Acabo de hacer café y estoy ahí, con la taza en la mano, sin pensar en nada. La escasa luminosidad que entra por la ventana resalta la inmovilidad de las cosas y es en eso, en todo caso, en lo único que pienso. En lo quieto y callado que está todo a esa hora. Son aproximadamente las ocho y media y Levana todavía está dormida.

De repente se oye el ruido del todoterreno que se acerca por la carretera y a continuación el frenazo en la grava de la entrada, el golpe de la portezuela al cerrarse y el chirrido conocido de la verja de hierro.

Me levanto y me acerco a la ventana, esperando ver al guarda Etxauri (aunque sorprendido por lo temprano de la hora), pero a quien veo en realidad, parada ahí, mirando hacia arriba, es a su mujer, Iciar Beire, sola, con un bolso de plástico colgado del hombro y un gran ramo de flores en la mano, sonriente, quizá incluso excesivamente radiante, con sus ojos claros y su cabello rubio entre la maleza y la niebla del jardín. Como una aparición.

Le hago una seña con la mano desde detrás del cristal y ella responde enseguida agitando el ramo de flores.

—¡Buenos días! —dice levantando un poco la voz.

La hermosa Iciar Beire, la mujer que necesita causas. Cuando bajo a abrirle, ella se acerca a mí lentamente. El guarda Etxauri permanece sentado al volante con el motor encendido: me saluda con la mano, se disculpa con un gesto, dando a entender que no puede quedarse, y a continuación mete la marcha y se dirige hacia el pueblo.

—No puede quedarse —comenta Iciar Beire mirando el todoterreno que se aleja—, tiene mucha prisa.

Luego, volviéndose hacia mí, con los ojos muy abiertos, pregunta:

—¿Cómo está Levana?

Le digo que Levana sigue dormida. Que está bien, pero que todavía no se ha despertado, y acto seguido alzo la vista en dirección a la ventana de su habitación.

Ella mira también a la ventana cerrada y vuelve a sonreír.

—Hemos pensado que quizá necesiten ayuda —dice mostrando el bolso, en apariencia pesado, que lleva colgado del hombro—. He traído algunas cosas.

—No tenía que molestarse —digo.

—Quizá he venido demasiado temprano —se pregunta ella—. Quizá debíamos haber avisado antes de venir.

—No tiene importancia —digo.

—No teníamos su número —alega ella.

—No, claro —digo—. Nadie lo tiene. Ni siquiera figura en el listín.

Un momento después, en la cocina, deja las cosas y acepta tomar conmigo una taza de café. Me cuenta que su marido está muy ocupado estos días.

—Ni siquiera come en casa —dice encogiéndose de hombros.

—¿Hay algún problema? —pregunto entregándole su taza.

Ella coge la taza, se la acerca a la cara, sin llegar a beber, como si sólo quisiera sentir su aroma, y espera unos segundos antes de contestar.

—Hay lobos —responde con cierto misterio.

—¿Lobos?

—Han visto una manada de lobos merodeando por los alrededores —asegura—. Auténticos lobos.

Yo me limito a escucharla y a observarla con atención mientras nos sentamos a la mesa para tomar el café con tranquilidad.

Ella habla de una hambrienta manada de lobos, de las trampas que los ganaderos han diseminado por los bosques y de la legislación vigente que prohíbe toda clase de trampas y batidas contra los lobos. Sostiene la taza con las dos manos a la altura de la cara, los codos apoyados en la mesa y el cuerpo inclinado hacia adelante.

Entonces me fijo en una cosa: tiene los labios manchados de café y las uñas muy perfiladas y pintadas de un color dorado. Y eso me llama la atención. Al beber, lo hace con absoluta naturalidad, introduciendo los labios en la taza sin que le importe manchárselos. No los lleva pintados. De hecho, eso es algo que forma parte de lo que podríamos llamar su estilo personal. Tampoco se pinta los ojos. Por eso me llaman tanto la atención esas sofisticadas uñas doradas. Como si fueran cosas incompatibles: como si fuera imposible que alguien que bebiera así el café se pintara las uñas de ese modo.

—Su trabajo ahora consiste en confiscar todas esas trampas —dice refiriéndose al cometido del guarda Etxauri.

—Tiene que confiscar las trampas de los ganaderos —repito lentamente para hacerme una idea de lo que eso debe suponer en la práctica.

—Primero tiene que detectarlas una a una y luego confiscarlas e inutilizarlas.

—Parece muy peligroso —digo.

—¡Es un trabajo de locos! —exclama ella—. Lleva tres días buscándolas por el monte y hasta ahora no ha encontrado ninguna.

Hace un gesto de desaliento y luego niega repetidamente con la cabeza como queriendo expresar lo inútil y absurdo de esa clase de ocupación.

—Además, está completamente solo en esto —se lamenta—. Nadie quiere ayudarle. Más bien, todo lo contrario. Ya sabe.

—Sí —respondo—. Lo sé perfectamente.

—Un trabajo inútil y absurdo —repite negando con la cabeza.

—Pero también muy real —comento.

Ella se vuelve hacia mí y nos quedamos mirándonos a los ojos durante unos segundos.

—Supongo que sí —responde al final retirando la mirada y soltando un ligero suspiro—. Pero, cambiando de tema —añade con una nueva sonrisa—, ¿tiene un jarrón?

—¿Un jarrón?

—Sí, para las flores.

Me levanto rápidamente y busco con la mirada algo que pueda servir para poner las flores. Un jarrón o cualquier otra cosa.

—Hay que ponerlas en agua —dice.

—Por supuesto —respondo.

Y acto seguido, recogiendo las tazas vacías y llevándolas a la fregadera para lavarlas de inmediato, señala:

—Ya son casi las nueve. Es muy tarde. ¿No cree que Levana se habrá despertado ya?

La mujer que canta sola por la mañana, limpiando los cristales, aun sabiendo que por la tarde volverá a llover: Iciar Beire.

Sigue viniendo un día tras otro, a la misma hora. Y siempre trae flores. Pequeños ramos que va colocando por toda la casa.

—Son flores del invernadero —dice.

Pero no se contenta con eso: un día trae galletas hechas por ella misma. Al día siguiente trae mermelada o cualquier otra cosa. Y siempre tiene cosas que contar: pequeños sucesos, historias cercanas. Así es como empezamos los días. Nos juntamos en la habitación de Levana y compartimos una taza de café.

Luego respira profundamente y afirma que no ha venido en visita de cortesía sino a trabajar de verdad. Y enseguida se pone en pie, se frota las manos, y se quita la chaqueta de lana quedándose con una simple blusa de algodón, una blusa de manga corta, a pesar de que la temperatura en la casa a esta hora es todavía muy baja.

No obstante, empieza a trajinar en la cocina con la ventana abierta. Barre los

suelos, friega los platos y pone a hervir los alimentos que poco a poco va extrayendo de su bolsa.

A continuación vuelve al cuarto de Levana y nos demuestra en un par de minutos lo sencilla que puede resultar la operación de cambiar unas sábanas sin necesidad de obligar a la enferma a levantarse de su cama. Y todo ello riendo y cantando. E incluso silbando, pues de hecho, por extraño que parezca, Iciar Beire es una mujer que silba. Labios manchados de café, uñas de oro y silbidos.

Al principio no podía menos que sentirme un poco abrumado por la extraordinaria energía que esta mujer es capaz de desplegar a su alrededor. Constantemente está entrando y saliendo de una habitación a otra, y abriendo y cerrando todo tipo de puertas y ventanas. Yo intentaba moverme por la casa lo menos posible. O desplazarme en todo caso con pasos furtivos, tratando de escapar de su radio de acción. Pero al cabo de los días he acabado acostumbrándome a toda esta agitación.

Ventanas abiertas por la mañana, penetrantes olores de toda clase de productos de limpieza por las habitaciones, alfombras vueltas y voces femeninas surgiendo de cualquier parte. Tan pronto la encuentro descolgando unas cortinas o arrodillada ante la chimenea, como dando la vuelta a los colchones en una especie de trance jubiloso.

Iciar Beire, la portadora de la dicha doméstica. Se supone que la felicidad está en el delantal que ella ajusta a su cuerpo y en el bonito pañuelo con que se ata el pelo. Pero también, quizá, en el trapo viejo con que limpia la plata, en la cera para los suelos y en la cuchara de palo con que da vueltas al guiso.

A última hora de la tarde, llega de vuelta el guarda Etxauri, abatido y cansado, y se sienta con nosotros ante la mesa de la cocina. Nos cuenta que ha conseguido confiscar algunas trampas.

—Pero estoy seguro de que hay muchas más —dice con seriedad.

Su habitual melancolía, sin embargo, le impide precipitarse en un abatimiento aún mayor.

—Olvidemos ahora las trampas —dice Iciar Beire sirviendo unos vasos de vino.

Mientras prepara algo para cenar, me fijo nuevamente en esas afiladas uñas doradas. Ella se da cuenta y me acerca sus manos con una sonrisa misteriosa para que pueda verlas bien.

—La sensibilidad está en las uñas —dice con espontaneidad volviendo de inmediato a su labor.

El guarda Etxauri se gira para mirarla, como si no acabara de entender el sentido de esas palabras, pero de todas formas asiente con un gesto de extrañeza. Naturalmente, la mayoría de las veces asentimos con un gesto de extrañeza, incluso ante las personas más cercanas.

—Pero yo tengo los pies en el suelo —dice el alcalde Goñi desde su silla de ruedas—. Aunque esté aquí sentado. Aunque me quede aquí sentado el resto de mi vida. No he perdido la tierra, ni la perderé nunca. Porque la conozco. Y porque la comprendo a la perfección.

El alcalde Goñi habla con énfasis. Se escucha a sí mismo. Nos encontramos en la carretera a media mañana y me llama con tono autoritario para que me acerque. Helena Huarte está con él: nos saludamos con simpatía. A él le sorprende pero no dice nada.

Cuando le pregunto por su estado me responde que sigue siendo el mismo y que sigue teniendo los pies en el suelo a pesar de todo. Pero no creo que siga siendo el mismo. El accidente le ha cambiado la cara. Le ha cambiado completamente la expresión del rostro. La proximidad de la muerte no mejora a las personas. O no tiene por qué.

A él se le ha quedado una expresión de asombro. Como si todo le extrañara. Como si todo lo que ve y oye le exasperara. Visto a media distancia es casi gracioso porque esa mueca de estupor permanente mueve a risa. Los ojos muy abiertos, redondos, las cejas altas, como si fueran a salirse de la cara y la boca demasiado caída hacia abajo. Además alguien le peina hacia atrás y eso acentúa el efecto. Pero visto de cerca es temible: parece que en cualquier momento pudiera estallar. No sonrío en ningún momento y habla con virulencia. Y con un cierto didactismo aplastante:

—Para comprender la tierra hay que escucharla atentamente —dice con solemnidad, ralentizando su habitual mueca de asentimiento—. Hay que saber escucharla —recalca—. El que no escucha a la tierra no puede amarla.

Amar la tierra y querer lo mejor para la tierra: de eso se trata cuando es el alcalde Goñi el que habla. Siempre se trata de lo mismo. Amar la tierra es la gran coartada sentimental de todo político profesional. Hay casi una mística en eso.

—Y el que no ama la tierra, no puede amar la patria —sentencia al final.

Es un día gris, con niebla muy espesa. Estamos apenas a unos doscientos metros de casa y ni siquiera podemos verla. Le digo:

—Mi casa está ahí... —señalando con el dedo—, en la niebla. Esa es mi patria.

Me mira como si no me hubiera entendido y estuviera esperando una aclaración. Se le tuerce la boca. Helena Huarte se aparta unos pasos para que sepamos que no le interesa lo más mínimo nuestro asunto.

—Me refiero a la niebla —digo.

—¿Qué ocurre con la niebla?

—No ocurre nada —digo—. Usted escucha a la tierra y yo prefiero escuchar a la niebla, eso es todo.

—Pero la niebla no es nada —responde con desconfianza.

—Sin embargo, lo que yo amo es precisamente la niebla —digo—. Ese es el único lugar que estoy dispuesto a reconocer como mi patria: la niebla.

El alcalde Goñi endureció la expresión de su rostro y negó con la cabeza como si se sintiera ofendido en lo más hondo.

—¡La niebla! —exclamó con un hilo de voz.

No sabía cómo debía interpretar mi comentario. En realidad, ni yo mismo lo sabía. Porque lo más probable es que no debiera interpretarse de ninguna manera. Era un simple comentario sin mayor importancia. Una pequeña ironía en respuesta a la solemnidad de sus palabras, supongo. Nada más. Cualquiera otro se lo hubiera tomado como una broma y asunto concluido. Pero él no. Los políticos no pueden soportar la ironía.

—¿Qué está diciendo? —dijo—. ¿Se está burlando de mí?

—No me estoy burlando de nadie —respondí—. No saque las cosas de quicio. Sólo digo que me gusta la niebla.

—Se está usted burlando —insistió—. Y no sólo se está burlando de mí (que eso podría importarme más o menos), sino que se está burlando de esta tierra y eso no se lo consiento —me miró indignado y se irguió sobre su silla mientras Helena Huarte, con la mirada ausente, recogía del suelo y plegaba con cuidado la pequeña manta que se le había escurrido de las piernas—. Eso no puedo permitírselo de ninguna manera —repitió.

El alcalde Goñi se arrogaba el derecho a sentirse profundamente ofendido por mi comentario, al que acabó calificando de agravio a la comunidad. Otra actitud muy profesional: la de sentirse profundamente ofendido por cualquier presunto agravio a la comunidad.

—Le recuerdo que usted tiene una deuda pendiente con la comunidad —dijo—. Tarde o temprano tendrá que vérselas con los tribunales.

—Eso no me preocupa en absoluto. No temo a los tribunales —dije haciendo ademán de marcharme—. Ahora tengo que irme.

Entonces me cogió por la manga y me dijo que tenía previsto elaborar un nuevo censo del valle en las próximas fechas y que si no quería figurar en él ya sabía lo que tenía que hacer. «Largarme de aquí». Se refirió a Levana como esa mujer ilegal y al joven Iker como esa ruina humana y me dio a entender (aunque al llegar a este punto bajó el tono de voz y miró para otro lado) que si en el futuro no quería tener más problemas, convendría que me librara de ellos lo antes posible.

El encuentro con el alcalde Goñi pertenece a esa clase de sucesos desagradables que, una vez han pasado, tienen la virtud de ponerle a uno de un extraño buen humor.

Quizá porque entrevemos una ventaja en la estupidez ajena, no lo sé.

A menudo olvidamos quiénes somos e ignoramos qué es lo que nos sucede. Nos movemos a la deriva durante varios días (o semanas, o meses), como si no supiéramos qué hacer, cuál es nuestro sitio, adonde ir. Hasta que de pronto ocurre algo, surge una dificultad, nos topamos con un obstáculo imprevisto, y es precisamente ahí donde nos encontramos a nosotros mismos.

Eso fue lo primero que pensé en cuanto nos separamos. Me quedé mirando cómo se alejaba hacia el pueblo en compañía de Helena Huarte y de repente me di cuenta de que me resultaba imposible evitar que una sonrisa se dibujara en mi cara. Quizá (se me ocurre ahora) debería propiciar en el futuro esta clase de encuentros fortuitos con el alcalde Goñi. A veces, sólo lo más contrario a nosotros, lo más alejado de nosotros en todos los sentidos, puede recordarnos quiénes somos y señalarnos con exactitud cuál es nuestro lugar.

Otro paso adelante: hoy he arrojado al fuego la carta de Matías Ochoa. Sin leerla. Es la primera vez que lo hago y me he sentido muy bien.

Ha llegado puntualmente, como todas las semanas, la carta, pero esta vez la he cogido y la he arrojado directamente al fuego. Podría decirse que ha sido un impulso repentino. Lo había pensado muchas veces pero nunca me había decidido a hacerlo. Hoy, por fin, lo he hecho y, como digo, me he sentido extraordinariamente bien. No hace falta añadir más. Por supuesto, las próximas seguirán ya el mismo camino. Sabía que iba a llegar el día y ha llegado. No volveré a leer ninguna de esas cartas. Se acabó. Se lo he contado enseguida a Levana porque sabía que le alegraría saberlo.

Día veinte de febrero: amanece nublado pero se va despejando poco a poco, hasta que a eso de las doce sale el sol: un sol pálido y vulnerable en la mañana fría.

Me encuentro junto a la verja del jardín partiendo leña en trozos pequeños y Levana está en la cocina con Iciar Beire, preparando la comida. De repente oigo un susurro, me vuelvo y veo al joven Iker parado ahí, a mi espalda, mirándome en silencio con las manos en los bolsillos del tabardo impermeable. El joven Iker.

Nos hemos quedado un rato así, unos segundos, observándonos sin hablar. Como dándonos tiempo el uno al otro antes de decir nada.

No ha cambiado en absoluto. El mismo cráneo pelado, la misma mirada distante y la misma postura del que puede estar mucho tiempo sin moverse, con las piernas ligeramente flexionadas, los hombros echados hacia delante y una cierta indolencia inimitable en la inclinación de la cabeza.

—He vuelto —dice al final con una sonrisa.

«Seguramente habrás pensado que no iba a volver, pero aquí estoy, tal como prometí», eso es lo que me está diciendo en realidad. Y yo me alegro por ello. No sabía que iba a alegrarme tanto de volver a verle. Pero lo cierto es que esta vez hay

algo más, un pequeño detalle: no está solo.

No ha venido solo.

Junto a él, a su espalda, como si tratara de mantenerse en un segundo plano, hay una chica, una adolescente extraordinariamente delgada y pálida, con una melena lacia que le cae sobre la cara y una sonrisa extraviada difícil de interpretar.

—Se llama Vanesa —dice él, volviéndose.

La verdad es que no tiene muy buen aspecto. Parece aterida de frío y muy cansada, aunque ninguno de los dos dan muestras de preocuparse por eso.

—¿Cómo estáis? —les pregunto—, ¿estáis bien?

Ambos dicen que sí con la cabeza y me miran con una expresión similar.

—Estamos bien —responde el joven Iker—. Sólo estamos un poco cansados, sólo eso.

Hemos entrado en la casa y hemos subido directamente a la cocina. Levana no podía creer lo que estaba viendo. Le ha cogido totalmente por sorpresa. Se ha llevado las manos a la cara y ha soltado una especie de alarido jubiloso.

El joven Iker se ha acercado a ella, ha sacado una mano del bolsillo y le ha entregado un pequeño paquetito envuelto en papel de regalo que ella ha rasgado con rapidez. Eran unos pendientes de oro con una piedra roja.

—¡Oh, son muy bonitos! —ha exclamado Levana con un hilo de voz.

Inmediatamente se ha quitado los que llevaba y se ha puesto los nuevos. Luego se ha levantado para abrazarle y él se ha dejado abrazar sin sacar las manos de los bolsillos.

La pequeña Vanesa se mantenía junto a la puerta sin atreverse a entrar del todo. Su aspecto es de una fragilidad hiriente. No tiene cejas, ignoro la razón, y eso acentúa aún más su fragilidad. Aunque trataba de sonreír, pese a todo. Quizá estuviera asustada. Quizá, de hecho, estaba tan asustada que sólo podía hacer eso: intentar sonreír.

Iciar Beire les ha ofrecido algo caliente pero no querían comer nada. Sólo querían dormir un poco. De todas formas se han tomado un café con unas galletas y se han fumado un par de cigarrillos antes de acostarse.

Ahora son las ocho de la tarde. Desde hace un par de semanas escribo por las tardes. Ya no tengo tiempo para los relojes. Prácticamente hace un mes que no los toco. Y no es que ahora desprecie los relojes. No es difícil olvidarse del mundo montando y desmontando relojes día tras día, y naturalmente, de lo que en el fondo se trata es de eso: de olvidarse del mundo durante el mayor tiempo posible. Pero últimamente están ocurriendo muchas cosas.

Iciar Beire se ha quedado con nosotros hasta la hora del té. Luego ha cogido su bolso y se ha ido a su casa caminando.

—Quiero llegar antes de que anochezca —ha dicho.

Por alguna razón, el guarda Etxauri no iba a venir a buscarla.

Un instante después, se ha levantado el joven Iker y ha aparecido descalzo en la puerta de la habitación. Levana y yo estábamos hablando y probablemente ha oído nuestras voces y se ha animado a venir.

Quería decirnos algo y parecía tener prisa. Levana le ha pedido que se sentara a su lado y él lo ha hecho sin dudarlo. Y se ha encendido rápidamente un cigarrillo.

La pequeña Vanesa está sola en el mundo y él quiere ayudarla, eso ha dicho. Al parecer todos queremos ayudar a alguien. Aunque sólo sea para hacernos la ilusión de que merece la pena. Quieren quedarse aquí, vivir con nosotros. Y quizá más adelante arreglar el molino de Izarin, eso es más o menos todo lo que ha dicho.

Él miraba a Levana todo el tiempo y Levana, de vez en cuando, levantaba los ojos y me miraba a mí. Esperaba nuestro consentimiento y naturalmente se lo hemos dado.

—¿Le ocurre algo? —he preguntado luego refiriéndome a la chica.

—No. Está bien —ha dicho él.

—No tiene muy buen aspecto —ha dicho Levana con suavidad.

—Ahora está bien —ha asegurado el joven Iker—. Ha pasado una mala temporada, pero ya está bien. Está mucho mejor.

—Pero parece muy joven —ha insistido Levana—. ¿Cuántos años tiene?

—Tiene diecisiete —ha respondido el joven Iker arrugando el ceño mientras apuraba el cigarrillo con los ojos entrecerrados—. Pronto cumplirá dieciocho. Yo le paso un año.

—Parecía más joven —ha comentado Levana como pensando en voz alta.

—Nos conocemos desde que éramos niños —ha dicho—. Era muy rubia. Su madre se escapó una noche cuando todos dormían y ya nunca regresó.

Uno está empezando siempre. Es decir, uno siempre está en camino, pero iniciando el camino. Puesto que nunca se llega a nada. Puesto que no hay final, lo que hay es un eterno comienzo. Puesto que el camino no tiene un final (de hecho, el único final sería la muerte, pero para la muerte cualquier momento es bueno, la muerte no atiende a la idea de obra acabada), todo en el camino son inicios.

Cualquier árbol equivale al primer árbol. Un cuervo es siempre el cuervo, el primero. Lo que está ahí es lo que hay, eso con lo que uno cuenta para empezar. Una casa rodeada por la niebla, una mujer enferma y sin papeles, un joven hervido en abyección, una adolescente probablemente toxicómana y un alcalde hostil y enajenado; por no hablar de nuestro encantador monstruo sin entrañas y su lúgubre epistolario sentimental.

Eso es todo con lo que yo puedo contar ahora. Mi tesoro, mi viaje.

Por la mañana Levana se ha caído en el cuarto de baño. Al parecer ha sufrido un pequeño mareo y ha perdido el conocimiento durante unos minutos. Luego ha intentado incorporarse por sí sola pero no ha podido. Y ha esperado allí inmóvil a que alguien llegara. Ni siquiera había amanecido.

Cuando la he encontrado, llevaba ya más de una hora allí tirada. Pero no ha dicho nada. No le ha dado importancia. Levana, la mujer que ha recorrido los suburbios de las grandes ciudades europeas con un par de bolsitas de té en los bolsillos del abrigo y una vieja novela con las tapas gastadas, ha llegado hasta aquí, hasta esta especie de última estación del espíritu que es un cuarto de baño helado al borde de la nada, en una casa solitaria y aislada, en el fondo del valle más desesperadamente estrecho y sombrío. Ha llegado hasta aquí, digo, para caer exhausta a los pies del lavabo, una mañana, en pleno invierno, antes del amanecer, y con la única ayuda de un ser asilvestrado y huraño, que soy yo, y un par de adolescentes perdidos para el mundo.

A simple vista no parece una historia muy edificante. Y sin embargo, naturalmente, empezamos a sospechar si no será posible que todo ocurra, de algún modo, para bien. Vidas hechas pedazos, para bien. Abandonadas en el límite del mundo, en el valle de las nieblas perpetuas, para bien. Sin propósito alguno y sin esperanza alguna, para bien.

Empezamos a sospechar si no será ya todo para bien. La soledad del valle, para bien. La intransigencia del alcalde Goñi, para bien. El gran dolor, para bien. Porque, después de todo, sí podemos decir que hemos encontrado algo. Hemos encontrado un principio. Eso es. Una posibilidad. La posibilidad de iniciar algo. Algo así como el inicio de un viaje, por decirlo de algún modo.

Un poco después, por la mañana, mirando los almendros florecidos desde la ventana de su habitación, Levana me dice de repente:

—Mira los almendros, ¡qué maravilla!

Y ambos nos quedamos un instante contemplando el callado resplandor de los almendros. Nos quedamos contemplando los almendros como si fueran algo que viéramos por primera vez. Nos quedamos mirando la luz de los almendros como si fuera algo que ni ella ni yo hubiéramos visto nunca antes.

Marzo

Le digo a Levana que nadie va a sacarla de aquí por la fuerza. Sé que le obsesiona ese asunto y quiero que lo olvide.

—Nadie va a sacarte de aquí por la fuerza —le digo.

Ella junta las manos sobre la manta y sonrío sin despegar los labios.

Algunos rostros poseen una especie de belleza después del dolor. Hay algo, una sombra en la mirada que ya no se borra nunca, que añade serenidad y embellece los rostros de las personas que han soportado un gran dolor. Rostros marcados y al final tranquilos. Como el de Levana.

Su belleza no está en arreglarse, sino precisamente en no arreglarse demasiado. Lo adecuado de su pelo no está en llevarlo perfectamente peinado, sino en llevarlo, por decirlo así, un poco despeinado. La luz de su mirada procede naturalmente de la cantidad de sombra que hay en ella.

—Nadie va a sacarla de aquí por la fuerza —me digo una y otra vez.

Y ella siempre sonrío de igual modo, como dando a entender que ese asunto ya no le preocupa lo más mínimo, que lo ha olvidado por completo. Aunque yo sepa que no es cierto y que no lo ha olvidado en absoluto.

Su caída en el cuarto de baño hace unos días supuso una gran conmoción para todos, pero por fortuna no ha traído consecuencias graves y dentro de muy poco podrá andar de nuevo. Ya ha empezado a dar algunos pasos. Su estado de ánimo mejora de día en día.

A veces, para seguir viviendo es preciso no hacer nada. Saber estar sin hacer nada. Quedarse quieto. Permanecer sentado en una silla con los brazos cruzados, por ejemplo, sin volverse loco. Sentado en una silla, con los ojos cerrados (en una habitación por supuesto vacía), y con los brazos cruzados durante algunas horas.

Luego, naturalmente, también eso se acaba, puesto que todo se acaba en realidad. Y entonces hay que levantarse, abrir la puerta y salir a dar un largo paseo. Que llueva o nieve es lo mismo, eso no importa. Enseguida nos acostumbramos a las condiciones del camino.

Es el momento, entonces, de referirse al olor de la lluvia (o al olor de la nieve, si eso es posible) y a las líneas y colores de las cosas que nos rodean. El color oscuro de la carretera, el color rojo de los tejados, allá a lo lejos, el color pardo de los árboles o el color blanquecino del cielo y de la nieve. Pero con la máxima lentitud posible. Intentando en todo momento que ese empezar a hacer algo sea casi un no hacer. Que ese caminar sea casi un no caminar. Y que ese hablar del camino y describir el paisaje sea casi un no decir nada.

Con la máxima lentitud, como digo, y por supuesto sin propósito alguno, sin ninguna esperanza. A veces, para seguir viviendo, o mejor, para empezar a vivir, o para volver a vivir, lo sé perfectamente, es preciso carecer de propósitos y tratar de

moverse lo más despacio posible, nombrando las cosas con la máxima lentitud, y mirándolo todo, si eso fuera posible, con la máxima lentitud.

La pequeña Vanesa no teme las preguntas. No se oculta. Simplemente sonrío como si quisiera disculparse de antemano por no poder contar algo menos sombrío.

No sabemos mucho de ella, aunque probablemente no sea necesario saber más para hacerse una idea de la clase de vida que ha llevado. Tiene una hermana en Pamplona (cuatro o cinco años mayor que ella) con la que estuvo viviendo hasta hace un año, pero al parecer discutieron por algo y la echó de su casa. Desde entonces no ha vuelto a verla. Tiene también un hermano, pero no sabe dónde está. O quizá sí lo sabe y no quiere hablar de él. Su madre desapareció siendo ella una niña: se escapó de casa un buen día y no volvió a dar señales de vida. Y su padre también anda perdido por ahí desde hace bastante tiempo.

—En paradero desconocido —dice ella dando a entender que necesita esconderse por alguna razón.

Cuando su hermana la expulsó de su piso, se metió en un taller abandonado donde un grupo de jóvenes habían montado una especie de comuna urbana o algo por el estilo.

—Pero allí tampoco estaba bien —confiesa parpadeando—. No hacíamos nada en todo el día. Es decir, sólo hacíamos tonterías. Y eso está bien para un rato, pero la vida es algo más. No basta con no hacer nada para estar bien.

A veces parece una mujer formada: tiene respuestas de persona adulta, expresiones cargadas de una malévola astucia. Pero acto seguido nos damos cuenta de que en realidad es casi una niña.

Está a punto de cumplir los dieciocho años. Eso es, al menos, lo que ella dice. Y espero que sea así. Pero lo cierto es que no aparenta más de catorce. Está muy débil. O en todo caso muy mal alimentada. Su aspecto es el de alguien que puede quebrarse en cualquier momento. Alguien que puede derrumbarse en cualquier momento, caer de bruces, estallar en sollozos y no parar en varios días.

De hecho, lo que nos sorprende es que eso no ocurra. Que soporte, en el fondo, su vida con tanta indiferencia. Que sea capaz de sonreír con tanta indiferencia. Durante las mañanas se mueve ociosamente por la casa. El joven Iker siempre encuentra alguna ocupación misteriosa o alguna vaga excusa para alejarse y perderse de vista, y nunca sabemos muy bien dónde se oculta ni qué hace. Pero ella, por el contrario, busca constantemente nuestra compañía y tan pronto se acerca a Iciar Beire y se ofrece a ayudarlo en cualquier trabajo, como sube a estar con Levana o me acompaña espontáneamente en mis idas y venidas.

No obstante, hay algo en ella a lo que no podemos acceder. Un orden extraño, unas reglas extrañas, unos, digámoslo así, registros, o códigos de conducta, o claves

extrañas, que nos resulta difícil descifrar.

Dice que tiene que descansar y que ha venido aquí para descansar. Que tiene que cuidarse. Que está harta, pero que no tiene miedo a nada.

—A nada —recalca.

Y en efecto no parece que lo tenga. Ni tampoco el menor respeto hacia nada, ni el menor prejuicio por nada. De hecho, nunca se lamenta de nada, ni, en apariencia, sufre por nada. Pero está constantemente desasosegada y constantemente aburrida: aburrida de no hacer nunca nada, supongo. Y sin embargo, sonrío como si debiera contentarse con lo que le ocurre. Dice que no le preocupa el futuro porque nunca piensa en lo que pueda ocurrir. Pero a veces se mira a sí misma y piensa que le gustaría ser de otra manera, eso dice.

—A veces pienso que me gustaría ser de otra manera —dice sonriendo una vez más.

Lo que voy a contar ahora ha ocurrido hoy mismo, por la mañana, un poco antes del mediodía. Habíamos ido, ella y yo, al pueblo a comprar el pan y el periódico, y volvíamos a casa andando por la carretera. Yo llevaba el paraguas abierto porque estaba lloviendo y ella iba a mi lado escuchando música a través de sus pequeños auriculares. No hablábamos, íbamos, cada uno, pensando en nuestras cosas. Pero íbamos juntos, brazo contra brazo y con el paso acompasado.

De pronto me ha ocurrido algo muy curioso: he pensado en ella como si no estuviera ahí. Como si hubiera olvidado que estaba a mi lado y de repente algo me la hubiera traído a la memoria. He girado despacio la cabeza para observarla sin que se diera cuenta, y entonces he descubierto, con cierta alarma, que estaba sangrando profusamente por la nariz sin notarlo. He visto esa cara pálida y fría, con esos mechones de pelo mojado pegados en la frente y sobre los ojos, y la sangre cayéndole por la nariz, cayéndole por la boca y por el cuello y entrando ya, de hecho, por el interior de la blusa, he descubierto eso, digo, esa imagen verdaderamente penosa, mientras ella seguía encantada con su música, y he sacado rápidamente el pañuelo para acercarlo a su cara. Sólo entonces se ha dado cuenta de lo que pasaba. Ha vuelto la cara sorprendida, se ha quitado los auriculares y ha visto la sangre, su propia sangre, tiñendo de rojo todo el pañuelo.

Pero en vez de asustarse, como yo temía, en vez de alarmarse por eso, en vez de angustiarse y llorar, se ha limitado a sonreír una vez más. Se ha dejado limpiar sin hacer nada, quedándose completamente quieta, igual que una niña muy pequeña, y al final me ha dirigido una mirada muy dulce, como tratando de disculparse ante mí (una mirada completamente inocente, como asumiendo para sí todas las culpas que pudieran imputársele, incluida la culpa de haber nacido y estar ahí), mientras decía con tono alegre, abriendo y cerrando los ojos y negando con la cabeza una y otra vez:

—Me estoy hundiendo cada vez más en el hastío, me estoy hundiendo cada vez más en el hastío.

Probablemente, claro, no sepa muy bien el significado de la palabra hastío (o quizá sí, eso no importa), pero la facilidad con que sonrío causa vértigo. La facilidad con que, pese a todo, en las circunstancias más lamentables, es capaz de sonreír, quedarse quieta y sonreír, es algo que causa verdadero espanto. Porque esa sonrisa desvencijada, lo sé perfectamente, tiene en el fondo un significado muy sencillo. Lo que esa sonrisa desvencijada significa en realidad es: no hay nada que podáis hacer por mí.

No obstante, naturalmente, cometemos una y otra vez el mismo error. Creemos que para vivir es preciso amar la vida y no es así. Creemos que para no caer en la desesperación es necesario tener un montón de esperanzas y nos creamos siempre las más falsas esperanzas. Creemos que para ser felices es necesario creer en la felicidad y perseguir a toda costa esa dichosa felicidad, cuando lo cierto es que todo eso son palabras y nada más que palabras.

Mi padre amaba la vida y nunca fue feliz. Amaba los bienes de la vida pero esos bienes al parecer nunca le resultaron lo suficientemente buenos. Quizá esperaba demasiado de la vida al fin y al cabo. Quizá, en última instancia, amar la vida lleve indefectiblemente a engañarse respecto a ella, no lo sé. El caso es que siempre se sintió atrapado aquí.

Durante mucho tiempo, al principio, pensó en irse lejos, vender la casa y seguir el ejemplo de sus hermanos, cuyas noticias, cada vez más escasas, no tenían en realidad otro efecto que el de impacientarle todavía más. Pero cuando logró finalmente convencerse de que ya iba a ser incapaz de abandonar este lugar y aceptó con algún que otro autoengaño quedarse aquí hasta su muerte, intentó rodearse de toda clase de adelantos, adquirir todas las comodidades a su alcance y permitirse cualquier capricho que pudiera pagar con dinero.

Sin embargo, también en eso hay, al parecer, una especie de hastío. Se subía a su automóvil pero en el instante mismo de hacer girar la llave y encender el motor se daba cuenta de que tampoco el automóvil le bastaba. Coleccionó relojes, sólo por el placer de tenerlos, pero el tiempo le pesaba demasiado. Compraba libros que luego nunca abría, trajes que no llegaba a usar. Ambicionaba las cosas pero cuando las poseía las despreciaba o las arrinconaba sin prestarles atención. Porque en realidad no eran las cosas lo que quería sino otra vida.

Con los años se fue serenando. Quizá al final consiguiera incluso una cierta paz. Es posible. De lo que sí estoy seguro es de que, en cualquier otro lugar, hubiera sido una persona completamente distinta. Pero hablar así no sirve de nada. Quería vivir, es cierto, tenía esperanzas, por supuesto, pero la vida, la suya, no daba más de sí, eso es

todo.

Al final, miras de frente a un hombre como miro yo ahora a mi padre, lo tienes ahí delante: toda su vida, ahí delante (esa vida que has visto devanarse a lo largo de los años, día a día), incluso los gestos de su cara que todavía ahora, después de tanto tiempo, recuerdas con claridad, y de repente te das cuenta de lo fácil que resulta reducirlo a la nada, hacer que parezca ocioso y despacharlo con un par de frases. Es el momento de verlo en su absoluta soledad. A los padres, uno empieza a amarlos siempre demasiado tarde, sólo que a partir de ese momento ya no puede evitar verlos en su absoluta soledad. Mi madre le quiso siempre, es cierto. Le rodeaba de cuidados (probablemente le adulaba en exceso, y quizá eso mismo lo alejó de su mundo), pero ni siquiera ese amor logra redimir la absoluta soledad en que yo lo recuerdo ahora.

Ella, por el contrario, mi madre, fue haciendo su vida con la máxima despreocupación. Tejiendo su vida con tranquilidad. Como quien realiza un trabajo agradable y sencillo.

Mi recuerdo de ella está unido a ciertas escenas de la casa que en vez de aislarla, en vez de alejarla, la acercan y la sitúan entre las cosas: pasando la tarde en la galería (muchas veces acompañada por mujeres de su edad), preparando el desayuno en la cocina todas las mañanas, sentada en el jardín o cortando las rosas. O en el coche, justo antes de salir de viaje, saludando con la mano.

Supongo que nunca se cuestionó su vida, ni la felicidad, ni nada de eso. Aunque quién sabe. Las madres siempre guardan en secreto esa clase de asuntos. Nunca sabemos muy bien qué es lo que sienten en realidad. Tienen una especie de sonrisa que lo cubre todo. Una sonrisa que utilizan en todo momento para que nunca sepamos nada de ellas, y que tan pronto nos parece un signo de debilidad como de firmeza. Para mí, es una sonrisa incomprensible porque es absolutamente femenina. Los hombres carecen de ella. No sé por qué, pero es así. Sólo las mujeres son capaces de redimirse a sí mismas con esa sonrisa incomprensible.

También, al fin y al cabo, veo en Levana muchas veces esa sonrisa incomprensible. O en Iciar Beire. O incluso, ahora, en la pequeña Vanesa. Podría ser perfectamente la sonrisa de quienes carecen de esperanza, la sonrisa de quienes se han dado cuenta de que la esperanza es una estafa, un invento pernicioso, un veneno, y que hablar de la esperanza y poner el tiempo en manos de la esperanza, y entregar, en el fondo, la vida entera a la esperanza es igual que perderla.

Podría ser perfectamente que todas las mujeres, de algún modo (o incluso a su pesar), supieran esto, y que la maldita esperanza sólo fuera un pretexto que los hombres han inventado para ocultar otra cosa. Para ocultar una debilidad o algo así. Porque, en definitiva, mirándolo bien, ¿qué puede, de hecho, esperarse? ¿Hay realmente algo que, en última instancia, pueda en efecto esperarse?

Una última cosa sobre Matías Ochoa: puede que no tenga importancia, pero por si acaso no quiero pasarla por alto. El mes pasado hablé de mi decisión de no volver a leer ya ni una sola más de sus cartas. Dije que el cartero me había entregado su carta, como cada jueves, pero que en vez de abrirla la había arrojado directamente al fuego, y que acto seguido había tomado la determinación de hacer lo mismo con todas las que fueran llegando en adelante. Pues bien, no he podido hacerlo porque no ha habido ninguna carta más. Desde entonces no ha vuelto a escribir. De eso hace tres semanas y creo que son suficientes para entender que ya no volverá a hacerlo.

Supongo que no habrá ninguna relación entre mi decisión de no leer sus cartas y su decisión de no escribirlas. La casualidad es sorprendente, pero no quiero darle más vueltas. No quiero entrar en eso. Tal vez en la carta que quemé hubiera una explicación. Pero ahora ya no importa. Así ocurren las cosas.

Después de un día viene otro. Después del invierno llega la primavera, y parece que hubiera una especie de cansancio en ese sucederse las cosas y en ese repetirse siempre las mismas cosas. Pero de repente un día, no sabemos por qué razón, ocurre algo. Se desprende una pequeña piedrecita del camino y a partir de ese instante todo es ya completamente distinto para siempre. Lo que teníamos ya no lo tenemos. Lo que pensábamos ya no lo pensamos. Las tres o cuatro cosas que creíamos inalterables, esas tres o cuatro cosas a las que nos aferrábamos incluso angustiosamente para creer que había un orden (o algo, en todo caso, parecido a una especie de orden), desaparecen por completo de un día para otro. Y de improviso nos quedamos solos. Nos quedamos ya definitivamente solos. Y abandonados a nuestra suerte en este supuestamente entrañable límite del mundo. En el fondo de este idílico valle para convalecientes y extraviados. Rodeados de vacas y de niebla. De rudos ganaderos y de rudos leñadores. Rodeados, digo, por una gente humilde y recelosa y por un persistente olor a estiércol fermentado y a madera recién cortada. La doctora ya no quiere saber nada de nosotros y, de hecho, Matías Ochoa, nuestro monstruo particular, también se cansa ahora de escribir y nos abandona finalmente.

—Nos hemos quedado solos —le digo a Levana.

Ella me mira en silencio, se aclara la garganta.

—Hemos sido definitivamente abandonados en la niebla —le digo—. Hemos perdido todo contacto. Ya no tenemos a nadie. Ya no tenemos nada que nos vincule a nada. Ni demiurgo tutelar, ni monstruo sin entrañas —le digo, y ella sonrío con su sonrisa incomprensible y se apoya con la mano en la pared.

Levana se apoya en la pared, camina con cuidado. Cada pocos pasos se detiene para recuperar fuerzas aguantando el pie en el aire sin apoyarlo en el suelo. Pero ya es capaz de subir y bajar las escaleras sin necesidad de ayuda.

Hoy mismo, hemos vuelto a tomar el té ante la chimenea encendida. El tiempo

está cambiando, el invierno se acaba.

Algunas tardes, si la niebla se levanta antes de las doce, son claras y soleadas, y puede verse el pueblo desde la galería. Casas en las que se supone que hay alguien. Aunque hasta finales de junio no dejaremos de encender la chimenea, eso lo sabemos muy bien.

Ni demiurgo tutelar ni monstruo sin entrañas, qué hermoso puede ser.

El joven Iker acompaña al guarda Etxauri en su todoterreno. La pequeña Vanesa se sienta con Levana en la galería a escuchar sus historias. La hermosa Iciar Beire se anima muchas tardes a venir conmigo hasta el bosque de hayas o hasta el lago. Siempre estamos tratando de poner las cosas en orden y a la vez siempre estamos inevitablemente tratando de derrocar con todas nuestras fuerzas ese orden. Tan pronto queremos verlo todo, abarcarlo todo y controlarlo absolutamente todo, como, de repente, nos negamos a ver, nos negamos a saber y nos desentendemos hasta de las cosas más elementales.

El guarda Etxauri, cuando recorre las pistas forestales en compañía del joven Iker, no es naturalmente ese hombre meditabundo y pausado que yo conozco. De nada sirve la melancolía cuando hay que dar de comer a los buitres, o rastrear trampas para lobos durante horas. Ni el joven Iker es ya, por otro lado, ese ser abúlico y esquivo. De nada sirven unos ojos esquivos en mitad de la espesura de un bosque de hayas. La melancolía, al fin y al cabo, no es nada más que un pretexto. Solamente un pretexto para no sucumbir. Como, por otro lado, también los ojos helados y el silencio esquivo del joven Iker son solamente pretextos para no sucumbir. Al fin y al cabo, eso es lo que, en última instancia, todo el mundo necesita tanto como el aire que respira: pretextos para no sucumbir.

El guarda Etxauri no es, pues, como ahora sé, un hombre melancólico. O por lo menos, no es solamente un hombre melancólico. De hecho, cualquiera de nosotros podría ser, en un momento dado, tan melancólico como él. La única diferencia es que acaso nos falte destreza en el uso de la melancolía. Que acaso nos falte la técnica necesaria para sacarle a la melancolía, por decirlo así, el suficiente partido. Mientras que él, sin embargo, conoce a la perfección la técnica de la melancolía. Eso es todo. Por eso se aferra una y otra vez a la melancolía.

De la misma manera, la pequeña Vanesa se aferra desesperadamente a su fragilidad y a su extrema vulnerabilidad para no sucumbir y seguir pese a todo sonriendo un día tras otro.

El joven Iker se transforma en otra persona cuando sube en el todoterreno. Sus ojos helados ya no son unos ojos helados, ni su silencio esquivo es ya un silencio esquivo. Observa todos y cada uno de los movimientos del guarda Etxauri, sería capaz de reproducirlos a la perfección. El guarda Etxauri le enseña los nombres de las hierbas y los lugares donde pueden estar ocultas las trampas.

Levana, la discreta Levana, la mujer que domina la técnica de la discreción, la mujer que ha sabido enfrentarse con discreción y superar, con su íntima discreción, las mayores atrocidades, puede parecer incluso una animada actriz de comedia cuando la pequeña Vanesa se le acerca a escucharla. Levana conoce todas las historias y la pequeña Vanesa parece recuperar junto a ella una edad perdida. Le sigue por la casa, haciéndole toda clase de preguntas; atiende a todo lo que le enseña y obedece a todo lo que le manda.

Iciar Beire se muestra, por el contrario, insegura y dubitativa en mi compañía cuando tomamos, de improviso, el desvío hacia el lago. Insegura y nerviosa a veces hasta el extremo de no saber dónde pisar, dónde poner el pie a cada paso, qué hacer con sus manos. Ella que es precisamente una virtuosa en la técnica de la naturalidad. Con su anorak de color rojo y las manos a la espalda, de repente se transforma en una vacilante jovencita de veinte años.

Así pues, Levana rescata de nadie sabe qué profundidades una especie de tono divertido y hasta desvergonzado que subyuga a la pequeña Vanesa. El guarda Etxauri resulta ser de pronto un hombre activo, de movimientos ágiles y rápidos. Mientras yo mismo me veo actuar con una inusual ironía despreocupada.

Todos somos de todas las maneras y cambiamos constantemente dependiendo de la persona a la que tengamos delante. Nunca hablamos de nuestro gran dolor. Sabemos que está ahí. Lo cierto es que lo guardamos en silencio y lo tratamos con el máximo cuidado. Protegemos, de alguna manera, nuestro dolor y nos preocupamos constantemente por su buena salud. Porque en definitiva sabemos que de él procede nuestra única posibilidad de no sucumbir. Pero lo cierto es que también nos olvidamos constantemente de nuestro gran dolor. Lo cierto es que, como todo el mundo sabe, la vida sigue, los días pasan, y al final, para bien o para mal, tenemos que olvidarnos de nuestro gran dolor y tratar de respirar mientras sea posible.

Un día le digo a Levana que la amo y que quiero casarme con ella lo antes posible. Llevo algún tiempo pensando en ese asunto. Le he dado muchas vueltas y creo que es lo mejor. Creo que es bueno para ambos y por fin encuentro el modo de decírselo. Levana se me queda mirando sin decir nada.

Nunca lo habíamos hablado en voz alta, pero de alguna manera ella había adivinado que tarde o temprano acabaría proponiéndoselo. Lo sé perfectamente. Y por fin lo hago.

Estamos en la cocina, solos, a eso de las diez de la mañana.

Le digo que ya no podría entender la vida sin ella y que eso es amor. Ella se gira hacia la ventana y mira a la lejanía. Mira, en realidad, la niebla que sube por la montaña como si quisiera llegar a alguna parte. La niebla.

Le digo que naturalmente estoy curado y que no pienso en ella como en una

enfermera o una asistente, sino como en una compañera en todos los sentidos.

—Una compañera.

Entonces se vuelve para mirarme.

Pasan unos segundos. Quizá un minuto.

Al final coge aire, suspira y dice que lo hará: se casará conmigo.

Cierra los ojos y los tiene cerrados un momento. Luego los abre y dice:

—Sí.

Yo le pregunto si le gusta la vida aquí, en esta casa y ella responde que sí. Le pregunto si no aborrece la niebla, la humedad y el frío del invierno. Y ella se encoge de hombros y responde que ya está acostumbrada. Al frío y a todo lo demás.

Está sentada a mi lado, a la derecha, con las manos sobre la mesa y entonces me pregunto si debería hacer algo. Coger esas manos con las mías, por ejemplo. Cuando lo hago ella asiente y sonrío. No finge estar sorprendida. Ninguno de los dos tenemos que fingir nada.

Una constatación: de un tiempo a esta parte he empezado a recuperar las cosas. Durante mucho tiempo, la misma chaqueta que llevaba encima me resultaba extraña. El vaso en que bebía, el libro que tenía abierto entre las manos, todo igualmente extraño. A veces me quedaba mirando los objetos más cercanos como si una gran distancia me separara de ellos. Como si de ninguna manera pudiera llegar a comprender qué eran. Qué se suponía que hacían ahí, en mis manos. Qué era lo que trataban de demostrar con su insolencia. La extrañeza de un simple lápiz entre los dedos podía paralizarme durante minutos, lo recuerdo muy bien. No hace tanto tiempo. Pero ahora, como digo, todo eso ha cambiado por completo. Ahora es precisamente esa extrañeza lo que muchas veces echo en falta.

Rastrillo, layas, tabladas, siembra, abono, esquejes. Palabras que relucen en la conversación con el guarda Etxauri.

—Hay que empezar a arreglar el jardín lo antes posible —dice—. Es un buen momento.

Naturalmente, llega un momento en el que uno se da cuenta de que está haciendo fuerza a favor de la vida. Le guste o no. Y a ese respecto, un jardín puede facilitar mucho las cosas. Lo primero que hay que hacer es limpiarlo a fondo. Arrancar la maleza de estos últimos años, remover la tierra y alisarla. Luego habrá que plantar algo, una parte de césped y un pequeño huerto. Tomates, brécoles, cebollas. Todavía no sabemos muy bien qué sería lo más apropiado, pero el guarda Etxauri ha prometido ayudarnos.

En el taller había un par de hoces viejas y una guadaña herrumbrosa que ni siquiera en mi más temprana juventud vi jamás empuñar a nadie. El joven Iker y yo estuvimos intentado limpiarlas y afilarlas, pero nos resultó completamente imposible.

Ni siquiera sabíamos lo que debíamos hacer. Así que fuimos al pueblo y compramos unas cuantas cosas: herramientas de todo tipo, útiles de jardinería y finalmente una carretilla nueva.

El joven Iker lo puso todo en la carretilla y emprendimos el regreso. Por el camino, me contó que últimamente había estado buscando empleo en unas cuantas serrerías de la zona, pero que no había conseguido nada. Dijo que la gente le miraba como a un bicho raro y que en muchos casos se limitaban a contestarle con la cabeza y a mirar para otro lado. Su tono de voz dejaba traslucir una cierta amargura, como si creyera que nadie fuera a confiar jamás en él. Pero le agradecí que me hablara con franqueza. Quería darme a entender que le gustaría hacer algo, trabajar en algo y aprender un oficio. Para ocupar el tiempo y sentirse útil, pero también para poder contar con un poco de dinero.

—Antes de venir aquí solía manejar mucho dinero —dijo con cierto misterio.

Le contesté que, si realmente quería trabajar, yo podría ofrecerle un trabajo. Un trabajo y un sueldo, desde luego.

Le expuse mi intención de arreglar el tejado y pintar la casa. Pintar las paredes de todas las habitaciones, y quizá también la fachada exterior, la puerta y las contraventanas.

Él me escuchaba con atención y de vez en cuando asentía con la cabeza como si realmente se hiciera cargo de la verdadera magnitud del proyecto y estuviera dispuesto a aceptar el reto. Lo curioso es que, a medida que iba hablándole de eso, a medida que iba añadiendo detalles a la idea primera, se me ocurrían ideas nuevas que iba soltando sobre la marcha. Y también a él.

Empezamos considerando la posibilidad de abrir dos amplias claraboyas en el tejado y acondicionar los desvanes para montar una especie de invernadero, o una sala de música, o lo que fuera, y terminamos pensando seriamente en hacer una enorme hoguera en el jardín con todos los muebles y trastos viejos de la casa. La ocurrencia fue mía. Y no niego que la ponga en práctica algún día.

—Si mi antigua vida acabó con un incendio, la nueva bien podría comenzar con una hoguera —dije susurrando.

Él me miró con una sombra de duda, como si comprendiera que lo que decía tenía una cierta lógica, pero como si a la vez sospechara que en el fondo de mis palabras pudiera haber algo torcido. Algunos jóvenes del valle dicen que estoy loco. Y hay quien llama a esta casa «La casa del loco». Lo sé perfectamente. Pero no me preocupa. No tiene la menor importancia. Ni creo que cortándome el pelo y cambiando de aspecto fueran a mejorar las cosas.

Además, a lo único que ya puedo aspirar (si se me permite la expresión) es a alcanzar una especie de locura sutil. En oposición, por supuesto, a lo que podríamos llamar una cordura brutal.

De momento, en todo caso, hemos empezado a desbrozar el jardín y a escardar los hierbajos como buenamente podemos. Las herramientas nos resultan extrañas, ni siquiera sabemos cómo empuñarlas. Pero aprendemos de un día para otro. Y sobre todo aprendemos a apreciarlas. Hay algo ligeramente prodigioso, algo así como un poder dormido en las herramientas.

De vez en cuando Levana se asoma al balcón para ver cómo van las cosas. La nieve ha desaparecido casi por completo de las cumbres. El viento ya no es tan frío. Las mañanas se aclaran, las tardes se alargan. La primavera está a la vuelta de la esquina.

El empleado de correos deposita en mi mano la citación del juzgado. Al parecer, el alcalde Goñi se ha decidido finalmente a presentar la denuncia. La inmovilidad física parece conferirle una nueva energía.

La única correspondencia que recibimos ahora son informes bancarios y citaciones judiciales. La realidad se ha puesto en marcha, de eso no hay duda. De modo que lo más conveniente será ir pensando en contratar un buen abogado. La realidad y la vida. En cualquier caso, todo forma parte del mismo movimiento.

Recuerdo una frase que leí hace poco: «Oigo crecer las rosas debajo de la nieve». Procede de una de las últimas páginas escritas por mi abuelo que, de hecho, murió en febrero, poco antes de que la nieve se deshiciera, y por supuesto sabía perfectamente que ya no iba a poder ver con sus ojos esas rosas primeras. De modo que se contentó con oírlas acercarse.

Desde luego, para acceder a determinados sonidos es preciso hallarse en una, por decirlo así, disposición especial. A veces oímos por la noche sonidos que no oiríamos por el día. También la llegada de la primavera es algo que puede escucharse si se hace con la debida atención.

He ido nuevamente hasta el lago dando un paseo, en la primera hora de la tarde. La oscura superficie del agua inmóvil llama poderosamente la atención. Parece una plancha metálica. Me he sentado a la orilla, sobre una piedra, y me he quedado allí una media hora, observando el silencio y respirando ese aire quieto. Luego he sentido frío y he emprendido el regreso. En el camino he tenido el presentimiento de que iba a ver a alguien: de que, en un momento u otro, iba a encontrarme con alguien; pero no ha sido así. Sólo al final, poco antes de llegar a Basart, ha salido a mi encuentro el perro cojo. No sé de dónde ha salido pero allí estaba una vez más. Me ha mirado a los ojos con tristeza (como si quisiera decirme algo y se apenara por no poder hacerlo) y me ha acompañado en silencio hasta la misma puerta de casa, como sólo suelen hacer los buenos amigos.

Durante todo el día hemos estado intranquilos por la ausencia de la pequeña Vanesa. A primera hora de la mañana ha estado acompañando al joven Iker en el jardín, viendo cómo extendía el mantillo y abrigaba el terreno, pero luego, de pronto, ha desaparecido sin avisar y no hemos vuelto a saber nada de ella en todo el día.

El joven Iker se desentiende de ella. Le pregunto su opinión pero no sabe qué pensar al respecto: se encoge de hombros como si no fuera asunto suyo.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunto—. ¿Crees que se encuentra bien aquí?

—No lo sé. Nunca se encuentra bien en ningún sitio —responde.

La pequeña Vanesa aparece a media tarde como si nada hubiera ocurrido. Helena Huarte está con ella: han estado juntas todo el día. Ambas sonríen de un modo parecido. Adoptan el mismo aire huidizo.

Levana baja a recibirlas. Se acerca con cautela.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta—. ¿Ha ocurrido algo?

—No —dice la pequeña Vanesa.

—¿Hay algún problema? —pregunto directamente a Helena Huarte.

Helena Huarte mira a la pequeña Vanesa. Luego nos mira a Levana y a mí. Hay algo que quiere expresar. Algo que no le resulta fácil.

—No hay ningún problema —dice al final apartando la mirada—. No ha ocurrido nada.

Más tarde, en el comedor, Helena Huarte sostiene una taza de té en la mano derecha. Está sentada a la mesa pero no se ha quitado el abrigo. Luego deja la taza sobre el plato. Se frota los ojos. Se retira el pelo de la cara. Se enciende un cigarrillo. Dice que ya no soporta vivir aquí.

—No soporto esto —dice—. No podría vivir aquí ni un día más.

La pequeña Vanesa está sentada a su lado. Ignoramos cómo y cuándo se han conocido, pero de pronto parecen muy próximas. Helena Huarte le sonrío con dulzura.

—Yo tampoco quiero vivir aquí —dice la pequeña Vanesa.

El joven Iker está sentado frente a ellas, fumando tranquilamente. No quiere intervenir. Le dirijo una mirada rápida y él me la devuelve de inmediato.

—Hemos pensado irnos juntas —dice después Helena Huarte.

Levana le mira con curiosidad.

—Hemos pensado irnos mañana por la mañana —puntualiza la pequeña Vanesa.

Levana las mira alternativamente, como si creyera que deberían añadir algo más. Luego nos mira al joven Iker y a mí para cerciorarse de que ha entendido bien.

—¿Ya tenéis a dónde ir? —pregunta.

Helena Huarte tarda en contestar. Vacía la taza y se queda mirándola, jugueteando con ella entre las manos durante un instante. Luego vuelve a dejarla sobre la mesa.

—Sí —dice—. Eso no es problema. Me han ofrecido un trabajo y lo he aceptado. Está todo resuelto.

—¿En Pamplona? —pregunto yo.

Helena Huarte se vuelve hacia mí. Expulsa el humo y sonrío a la vez. Tiene una expresión triste, pero no se ha abandonado. Se nota que cuida su aspecto: la ropa que se pone, el peinado, todo eso.

—No —responde—. En Bilbao. En un restaurante.

Se dispone a apagar el cigarrillo. El joven Iker apaga su cigarrillo a la vez que ella. Sus manos coinciden sobre el cenicero. Ella le mira pero él no levanta los ojos.

—Supongo que llamaréis de vez en cuando para decir que estáis bien —dice al final Levana.

—Claro que estaremos bien —asegura la pequeña Vanesa—. Estaremos perfectamente bien.

Helena Huarte asiente con la cabeza. Se mira las uñas.

—Supongo que sí —dice levantando los ojos y desviando la mirada a continuación.

Helena Huarte y la pequeña Vanesa salen muy temprano. Helena Huarte viene en su coche, lo aparca junto a la verja y sube a despedirse. Acepta tomar una última taza de café con Levana y conmigo.

La pequeña Vanesa no quiere tomar nada.

Nos tomamos el café en la cocina, sin sentarnos, prácticamente sin hablar. Está demasiado caliente y tenemos que tomarlo a sorbos pequeños. No sabemos qué decirnos.

Helena Huarte no facilita las cosas con su actitud.

No trata de ser simpática. Quizá esté nerviosa. Quizá no esté muy segura de lo que va a hacer. Cuando acaba el café deja la taza en el fregadero y espera a que vaciemos nuestras tazas. Luego bajan las escaleras y suben al coche.

Todo se sucede con extraordinaria rapidez.

La pequeña Vanesa nos mira desde el otro lado de la ventanilla. Nos saluda con la mano. Su sonrisa lacerada está otra vez ahí, como flotando sobre su cara. Como un jirón de niebla sobre la ladera de la montaña.

Helena Huarte arranca el motor y nos hace un gesto de despedida con la mano.

Levana y yo les devolvemos el saludo y nos quedamos quietos hasta que se alejan. Hasta que el coche toma la curva y desaparece de nuestra vista.

Un momento después acompaño a Levana a su habitación. Nada más entrar, ella se quita la bata y se queda desnuda de cintura para arriba ante el espejo del armario. Ropa abandonada sobre una silla, la ventana abierta, libros por todas partes.

Yo me siento en la cama, todavía deshecha, y la observo vestirse sin ninguna prisa. Observo sus movimientos. La despreocupación con que se mueve a pesar de

que yo esté allí, mirando todo lo que hace.

Pienso en esa mujer. En Levana. Y pienso también en mí mismo. Pienso en nuestras vidas. En todo lo que nos ha ocurrido. En lo que ambos hemos tenido que pasar. Ella me dirige una mirada a través del espejo, como si supiera lo que estoy pensando.

—No sabía qué decirles —digo—. Me refiero a Helena Huarte y a la pequeña Vanesa. Me hubiera gustado tener algo que decirles, pero no sabía qué.

Levana se da la vuelta y se sienta a mi lado mientras se ata los botones de la blusa. Cuando acaba, alza la mirada y suelta un breve suspiro. Pasan unos segundos.

—A veces es mejor así —dice en voz baja—. A veces es mejor no decir nada.

Sin embargo, al final, uno no puede evitar tener la sensación de que falta algo. De que hay algo que no acabamos de ver. Algo que no acaba de quedar del todo claro. Como si ese algo fuera en verdad importante y nunca consiguiéramos verlo en su totalidad. Ni decirlo en su totalidad. Como si supiéramos que siempre está ahí, pero al final lo olvidáramos una y otra vez.

Ahora son las doce de la mañana del día veintitrés de marzo de mil novecientos noventa y siete. Hace un rato, el guarda Etxauri ha venido solo en su todoterreno, lo ha dejado parado en la puerta (con el motor en marcha, para que viéramos que no podía quedarse mucho tiempo) y ha subido las escaleras apresuradamente.

Levana y yo estábamos sentados en la cocina, y nada más verle nos ha sorprendido la expresión de su cara. Estaba alterado. Ni siquiera quería sentarse. Como si tuviera que darnos una noticia importante y de repente no supiera cómo hacerlo.

Levana ha traído una botella de vino y ha llenado unas copas, y entonces, apoyado en el marco de la puerta, con un tono bajo y aparentemente tranquilo, nos ha contado que acababa de encontrar el cadáver de un hombre en el monte, no lejos de aquí.

—Debía llevar muerto algunos días —ha explicado—. Tenía una pierna destrozada y había perdido mucha sangre.

Quería aparentar tranquilidad pero se notaba que seguía muy alterado. No hacía ni siquiera dos horas del hallazgo y en ese tiempo ha ido al pueblo a dar el aviso y ha tenido que conducir a la policía hasta el lugar y responder a todas sus preguntas.

Luego ha venido aquí.

—¿Se sabe quién es? —he preguntado.

—Todavía no —ha respondido—. Y probablemente no llegue a averiguarse nunca.

—¿Por qué?

—Porque no llevaba ninguna clase de documentación.

—¿No tenía nada?

—Tenía dinero. Una cantidad importante. Pero nada que pudiera identificarle.

Un hombre de mediana edad, sin documentación pero con dinero, con una pequeña bolsa de alimentos que al final dejó intactos, y unos prismáticos aferrados en la mano. Eso era todo.

—Lo único que se sabe es que no es nadie de por aquí. Que no se trata de nadie conocido —ha añadido al final.

Luego se ha encogido de hombros y ha negado un par de veces con la cabeza como dando a entender que era un asunto extraño y que de momento no podía decir nada más.

Ha paseado de un lado a otro de la cocina hasta que se ha parado frente a la ventana y se ha quedado unos segundos mirando hacia fuera.

Un instante después ha dejado la copa vacía sobre la mesa y ha dicho que tenía que marcharse.

—Tengo que hacerme cargo de algunas cosas —ha alegado.

Levana y yo nos quedamos en la cocina escuchando cómo el guarda Etxauri baja las escaleras, atraviesa el jardín y se aleja rápidamente en el todoterreno.

Luego Levaría abre la ventana y ambos nos asomamos al exterior.

El joven Iker está ahí, en el jardín. Levanta la cabeza y se queda mirándonos en actitud expectante, como si esperara que le dijéramos algo. Tiene una azada en la mano derecha, pero la otra mano, la mano izquierda, la tiene metida en el bolsillo del pantalón.

—Han encontrado a un hombre muerto en el monte —le explico.

Él deja caer la azada, se enciende un cigarrillo y expulsa el humo hacia arriba. Luego avanza unos pasos, acercándose a nosotros, con ambas manos metidas en los bolsillos.

—¿Quién es? —pregunta sin sacarse el cigarrillo de la boca.

La niebla ha desaparecido casi por completo. Sólo queda una pequeña franja medio deshecha que asciende pegada a la ladera y que no tardará en evaporarse.

—Aún no se sabe —respondo.

—Pero no es del valle —añade Levana—. No es de por aquí.

La mañana muy clara. El aire frío. El cielo completamente azul como si acabaran de pasarle un trapo húmedo.



FERNANDO LUIS CHIVITE. Poeta y escritor navarro, nacido en Cintruénigo el año 1959.

Licenciado en Pedagogía, ejerce de profesor en un colegio de Pamplona. Tiene en su haber numerosos premios, como el Max Aub 1988, Ciudad de Barbastro 1993, Pío Baroja 1995, Gerardo Diego 1996, etc. En 1986 obtuvo una Beca de Creación Literaria del Gobierno de Navarra y en 1989 una Ayuda a la Creación Literaria del Ministerio de Cultura para la realización y publicación de un libro de poesía.

Es autor de cinco libros de poemas y tres obras narrativas. Desde que en 1986 apareció publicado el poemario *La inmovilidad del perseguido* (Pamplona, Pamiela, 1986), ha ido alternando uno y otro género literario. Posteriormente publicó, junto a su amigo el escritor Santiago Beruete, una nueva obra poética titulada *Visión del último invitado* (Pamplona, Pamiela, 1987), galardonada con el Premio Arga de poesía 1987. Vendrá luego el poemario inédito *Las encrucijadas equívocas*, también en colaboración con Beruete, que quedaría finalista del Primer Premio de Narrativa Iberia 1988, y *Los furores inútiles* (Madrid, Torre Manrique, 1990), firmada de nuevo por ambos escritores y ganadora del Tiflos de la ONCE al mejor libro de relatos. En años posteriores suma a su producción poética los libros *El abismo en la pared* (Santander, UNATE, 1996, Gráficas Calima) y *Calles poco transitadas* (San Sebastián, Fundación Kutxa, 1999).

El abismo en la pared, V Premio Internacional de Poesía Gerardo Diego 1996, es, a decir de Ángel Raimundo Fernández, «como una serenidad dolorida ante el tiempo,

el destino, la vida misma y su acabamiento.» (A.R. Fernández 2002). *Calles poco transitadas* fue, por su parte, Premio de poesía Ciudad de Irún en 1988 y en él predomina el tono melódico y leve para poetizar lo cotidiano y lo próximo. Chivite ha sido miembro del consejo de redacción de Río Arga desde 1979 a 1984. Su poesía aparece por primera vez en el segundo número de esta revista, cuando el autor tenía sólo 17 años. En sus poemas habita el tiempo, el amor —casi siempre contemplado en la distancia—, un cierto cansancio de vivir, el hastío, el escepticismo, la duda, la inquietud, la sorpresa, lo íntimo y cotidiano... Desde el punto de vista formal, Tomás Yerro ha destacado la extraordinaria musicalidad y dominio del verso, su tendencia al preciosismo y a la sutileza verbal, a la cordialidad y a la implicación personal, a las paradojas e incertidumbres. (Fuentes y Yerro, 1988).

Chivite editó su primera novela en 1994 con el título *Los seres indefensos*, obra que había obtenido el premio Ciudad de Barbastro. El argumento gira en torno a Yanci, joven que llega a una ciudad universitaria con objeto de recabar la documentación necesaria para elaborar su tesis. Allí le recibe Leache, fervorosamente dedicado a la investigación en la universidad. Entre ellos se establece una relación que se estrecha paulatinamente al descubrir todo lo que tienen en común: ambos comparten una cierta desorientación emocional, los dos naufragan perdidos en lo absurdo y, curiosamente, ambos han compartido en el pasado su amor por la misma mujer: Helena.

Su segunda obra narrativa saldría al año siguiente con el título *La tapia amarilla* (Valencia, Pre-Textos, 1996), Premio Pío Baroja en 1995, novela de contenido lírico o poema de contenido narrativo.

En 2001 publicaba su tercera novela, *El viaje oculto* (Vitoria, Bassarai), de corte reflexivo, sobre el tema del «otro» —alguien que reúne en sí, características que nos son propias; el «doble» o el antagonista que posee las mismas cualidades, pero invertidas, al tiempo que el «otro yo» oculto, que guardamos en nuestro interior—. Un tema que ha sido tratado con habilidad en la literatura desde plumas tan notables como Dostoievsky en *El doble*, Joseph Conrad en *Los duelistas*, o el propio Stevenson en *Dr. Jekyll & Mr. Hyde*, y que en *El viaje oculto* Chivite aborda de una manera original. Un hombre llamado Matías Ochoa que, por tristes avatares, se convierte en el «alter ego» del personaje, acaba asesinando a su familia y entregándose luego a la policía. El protagonista se ve enfrentado a la necesidad de reconstruir su vida desde el dolor y la desesperanza de quien ha sido testigo de ello. La decisión de regresar a la casa de su infancia para reponerse del doloroso trauma, le llevará a recuperar el pasado y la propia vida pendiente, junto a una extraña mujer y un joven solitario.